

LA LECTURA DE CUENTOS COMO ESTRATEGIA DIDÀCTICA PARA
MEJORAR LA EXPRESION ORAL Y ESCRITA DE LOS ESTUDIANTES DEL
GRADO OCTAVO EN LA INSTITUCION EDUCATIVA AURELIO ARTURO
MARTINEZ

CAROLINA DELGADO MAYA

UNIVERSIDAD DE NARIÑO
FACULTAD DE EDUCACION
LIC.LENGUA CASTELLANA Y LITERATURA
SAN JUAN DE PASTO
2010

LA LECTURA DE CUENTOS COMO ESTRATEGIA DIDÀCTICA PARA
MEJORAR LA EXPRESION ORAL Y ESCRITA DE LOS ESTUDIANTES DEL
GRADO OCTAVO EN LA INSTITUCION EDUCATIVA AURELIO ARTURO
MARTINEZ

CAROLINA DELGADO MAYA

Proyecto de grado presentado como requisito parcial para optar el titulo de
licenciada en lengua castellana y literatura

CARMEN CECILIA GARCIA JEREZ

Asesora

UNIVERSIDAD DE NARIÑO
FACULTAD DE EDUCACION
LIC.LENGUA CASTELLANA Y LITERATURA
SAN JUAN DE PASTO
2010

**“las ideas y conclusiones aportadas en la Tesis de Grado, son
responsabilidad exclusiva de sus autores”**

**Artículo 1º del Acuerdo 324 de Octubre 11 de 1966 emanado por el
Honorable Concejo Directivo de la Universidad de Nariño**

Nota de Aceptación
85 puntos

Fecha de
Sustentación
15/06/10

María Eugenia Díaz Cotacio
(Jurado)

Mauro Teófilo Gómez Córdoba
(Jurado)

San Juan de Pasto, 15 Junio 2010

Después de un arduo trabajo y sacrificio, con profundo cariño quiero dedicar este gran esfuerzo a todas aquellas personas que me brindaron su apoyo para culminar este triunfo.

A **Dios** porque con su infinito amor supo guiar mis pasos por el camino del éxito.

A mi madre **Luz María Maya C.** por ser la luz en mi camino, por brindarme siempre su gran amor y apoyo incondicional, por creer en mis capacidades y sobre todo por ser ejemplo a seguir.

A mi hija **Samanta Bravo D** quien con paciencia entendió mi ausencia

A mi **familia** por brindarme su apoyo desinteresado, ya que de una u otra forma colaboraron para que mi sueño se hiciera realidad.

Carolina Delgado Maya

AGRADECIMIENTOS

A Dios por guiarme en el camino hacia la consecución de este sueño hecho realidad.

A la Universidad de Nariño por abrir sus puertas y brindarme la oportunidad de tener acceso al conocimiento para lograr un mejor mañana.

Un agradecimiento especial para la Magister Carmen Cecilia García, quien con su amistad, experiencia y capacidad intelectual apoyo la realización de este trabajo.

A todos los que hicieron parte del cumplimiento de este reto mil gracias

CONTENIDO		PÀG.
INTRODUCCIÒN		12
1. PRELIMINARES		13
1.1 Descripción y planteamiento del problema		13
1.2 Preguntas orientadoras		15
1.3 Objetivos		16
1.3.1 Objetivo general		16
1.3.2 Objetivos específicos		16
1.4 Justificación		17
2. REFERENCIAS		19
2.1 Marco teórico		19
2.2 Marco legal		21
2.3 Marco contextual		31
2.4 Marco conceptual		40
3. METODOLOGIA		45
3.1 Aspectos metodológicos		45
3.2 Población y muestra		46
3.3 Técnica de recolección de información		47
3.4 Instrumentos		47
4. Corpus		48
5. RESULTADOS		49
Resultado 1: caracterización		49

Resultado 2: Compendio de obras y autores seleccionados	69
Resultado 3: Actividades planeadas y desarrolladas	78
6. CONCLUSIONES	88
7. BIBLIOGRAFÍA	91
ANEXOS	

LISTA DE ANEXOS

**ANEXO 1: LISTA DE PREGUNTAS REALIZADAS PARA
CARACTERIZACIÓN CUENTOS PERTENECIENTES AL COMPENDIO DE
OBRAS**

ANEXO 2: CUENTOS PERTENECIENTES AL COMPENDIO DE OBRAS

ANEXO 3: ACTIVIDADES DESARROLLADAS POR LOS ESTUDIANTES

RESUMEN

En este trabajo se trata de despertar interés hacia la lectura de cuentos contribuyendo al fortalecimiento de la expresión oral y escrita; ya que en los y las estudiantes de los grados octavos de la Institución Educativa Aurelio Arturo Martínez se detectan problemas como deficiencias en comprensión de lectura, participación, creatividad y sobre todo agresividad; surgiendo la necesidad de abrir un espacio para propiciar lecturas que aporten en el diario vivir del educando, creando sentido de vida.

La lectura es una propuesta llevada a cabo, gracias a las indagaciones y proposiciones que nacieron mediante la interacción con los y las estudiantes, teniendo en cuenta que leer no es un acto mecánico, sino leer es un continuo aprendizaje, que mas tarde llevara a reflexionar sobre aspectos personales.

Es así, como todo este centro de interacción se logra realizar gracias a las teorías de Louis Rosenblat, Lía de Roux, la investigación cualitativa con el enfoque IAP (Investigación Acción Participativa), los movimientos literarios Mágico y Fantástico y los cuentos de autores como Isabel Allende, Gabriel García Márquez, Juan Rulfo y Juan José Arreola.

ABSTRACT

This paper tries to awaken interest in reading stories helping to strengthen oral and written expression, because in the and eighth grade students of the Educational Institution Aurelio Arturo Martínez problems are identified as deficiencies in reading comprehension , participation, creativity and above all aggressiveness with the need to open a space for promoting reading to provide in the daily lives of learners, creating a sense of life.

Reading is a proposal carried out, thanks to inquiries and proposals, which were born through interaction with the students, taking into account that reading is not a mechanical act, but reading is a continuous learning, which later moved to reflect on personal matters.

This is how this whole interaction center is achieved by making the theories of Louis Rosenblat, Lia de Roux, qualitative research with focus IAP (Participatory Action Research), the magical and literary movements and stories by authors such as Isabel Allende, Gabriel García Márquez, Juan Rulfo and Juan José Arreola.

INTRODUCCIÓN

Los estudiantes dejan notar que en la vida escolar imperan rutinas tradicionales con poco interés en brindar opciones de formación educativa mejores que las de los hogares. De esta manera, el currículo propuesto no es una invitación provocadora y motivadora para despertar en ellos y ellas el amor por el aprendizaje y el conocimiento.

La necesidad central, se enfoca entonces en refinar las prácticas de aula, con la idea de que los y las estudiantes se sientan sujetos de saberes que participan en la cualificación de su formación, con derecho de opinión y expresión acerca de sus intereses, necesidades y proyectos.

En relación con lo anterior, esta investigación pone especial énfasis en la valoración de lo subjetivo y lo vivencial, y en la interacción entre sujetos, privilegiando lo local, lo cotidiano y lo cultural para comprender la lógica, el significado y el curso que han de tomar las acciones de intervención respetando el contexto y los propios actores, que son quienes viven y producen la realidad sociocultural descrita en el problema.

Se desea que los y las estudiantes descubran mediante la lectura de cuentos que son seres capaces, únicos y maravillosos, que se acepten así mismo y a los demás, siendo seguros de lo que expresa, ya sea de manera oral o escrita. Los cuentos son la oportunidad de acercar la realidad de una manera diversa, construyendo otras opciones para esta comunidad educativa. Para lograrlo, es necesario que tanto el docente como el estudiante sean agentes activos en el proceso de mejoramiento.

1 PRELIMINARES

LA LECTURA DE CUENTOS COMO ESTRATEGIA DIDÀCTICA PARA MEJORAR LA EXPRESION ORAL Y ESCRITA DE LOS ESTUDIANTES DEL GRADO OCTAVO EN LA INSTITUCION EDUCATIVA AURELIO ARTURO MARTINEZ

1.1 Descripción y planteamiento del problema

Al entrar a la Institución Educativa Aurelio Arturo Martínez, a primera mirada, se observa estudiantes fríos, déspotas, en un ambiente lleno de conflicto, con presencia de insultos, sobre nombres, palabras soeces, y muchas más debilidades en las relaciones interpersonales. Al entablar charlas con los estudiantes narran sus anécdotas con profesores que también son inseguros, irritables e intolerantes, centrados en el rendimiento académico, olvidándose de lo más importante, que trabajan con personas con sentimientos, emociones, problemas familiares, de amistades, entre otros.

Específicamente, al realizar un acercamiento con los estudiantes de los grados octavos se identifican diversas debilidades en el desarrollo de la expresión tanto oral como escrita, ya que los estudiantes son tímidos, inseguros, indecisos, en casi todo lo que hacen y dicen, reflejando poco aprecio por sí mismos. No creen ser capaces, y tienen aprehensión de enfrentarse a una actividad propuesta.

Existen causas que influyen en los estudiantes, y en su comportamiento, entre estas se puede mencionar el maltrato físico y psicológico por parte de algunos maestros de la institución, haciendo a los estudiantes, víctimas de gritos, amenazas y hasta golpes, por no realizar actividades como ellos las desean. Además, los estudiantes expresan que han crecido en un ambiente poco afectuoso, debido a que sus padres tienen poco tiempo para dedicarles, por las dificultades económicas que atraviesan, lo que les obliga a permanecer fuera de sus hogares la mayor parte del tiempo. De esta manera, se afectan las relaciones familiares y la formación de sus hijos, así mismo, las costumbres ancestrales de crianza como son el castigo físico, la falta de estímulos afectivos y la escasez de diálogo, deterioran la sana convivencia en el hogar y por ende la convivencia comunitaria, haciendo que en algunos estudiantes las actitudes negativas como la agresión, el vocabulario soez, entre otros, sean notorias.

Por estas razones, el propósito de este proyecto es lograr que cada estudiante descubra mediante la lectura de cuentos que es un ser capaz, único y maravilloso, que se acepte así mismo y a los demás, siendo una persona segura de lo que expresa, ya sea de manera oral o escrita. Los cuentos son la oportunidad de acercar la realidad de una manera diversa, construyendo otras opciones para esta comunidad educativa. Para lograrlo, es necesario que tanto el docente como el estudiante sean agentes activos en el proceso de mejoramiento. Al involucrarse el maestro de manera directa, puede lograr que

los estudiantes se sientan realmente motivados, e interesados por mejorar la expresión en todos sus ámbitos.

¿Cómo la lectura de cuentos puede constituirse en estrategia didáctica para mejorar la expresión oral y escrita de los estudiantes de octavo grado de la Institución Educativa Aurelio Arturo Martínez?

1.2 Preguntas orientadoras

¿Cuáles son las dificultades que se les presentan a los estudiantes de octavo de la institución educativa Aurelio Arturo Martínez en la expresión oral y escrita, y en su desarrollo socio-afectivo?

¿Cómo pueden servir los cuentos para desarrollar procesos socio-afectivos encaminados a la construcción de sentido de vida?

¿Cuál puede ser el género literario apropiado para cualificar la expresión oral y escrita y favorecer el desarrollo socio-afectivo de esta población estudiantil?

1.3 Objetivos

1.3.1 Objetivo general

Propiciar que los estudiantes del grado octavo de la Institución Educativa Aurelio Arturo Martínez, a través de la lectura de cuentos, mejoren su expresión oral y escrita, y construyan sentido de vida, ampliando su visión de mundo.

1.3.2 Objetivos específicos

1. Caracterizar la población del colegio desde los factores socio-afectivos que inciden en sus dificultades de expresión oral y escrita.
2. Seleccionar un compendio de obras y autores que favorezcan una apertura de los estudiantes hacia una construcción más positiva de sentido de vida, a través de la lectura de cuentos
3. Proponer e implementar un plan de trabajo en aula, con el compendio de autores y obras seleccionado, relacionando la cotidianeidad con la narración literaria para expresarse con claridad, seguridad y fluidez, en forma oral y escrita.

1.4 Justificación

Desde la experiencia de práctica pedagógica realizada en la Institución Educativa Aurelio Arturo Martínez, se observa el abuso de poder de los docentes con prácticas de presión para obtener obediencia y respeto de los estudiantes, quienes por el miedo, no por voluntad propia, terminan haciendo, lo que los docentes les dicen, pues esa parece ser “la última palabra”, no hay lugar a opiniones, razones o excusas. Los docentes olvidan que la Institución Educativa es un lugar para el discernimiento, para la revaloración de los imaginarios, y para la inserción en la vida práctica y social con las “herramientas” que se ha aprehendido en esta. “a mayor autoridad y represión académica, mayor intensidad en el cumplimiento del deber, pero también mayor resguardo y resentimiento” (Arreola, 1998, p. 22).

Esta investigación es pertinente porque toma la lectura de cuentos como medio posible para ofrecer opciones a las limitaciones de la expresión oral y escrita, construyendo sentido de vida, ampliando la visión de mundo de esta población estudiantil, “la literatura trata la gama total de elecciones, aspiraciones y valores, con los cuales el individuo debe tramar su propia filosofía personal” (Rosenblatt, 2002, p. 48)

Los cuentos son elementos de vital importancia, dentro y fuera de la Institución Educativa, es un acontecimiento que se vive en el tiempo, y que es único e irrepetible. El papel que estos pueden jugar en el desarrollo personal de un estudiante es inmenso, ya que pueden ofrecer referentes que favorecen otros modos de mirar el mundo agresivo, del cual esta siendo víctima y

victimario, soñándolo de manera más creativa para superar las vivencias duras y ciertos valores que el medio familiar y educativo privilegia, afectando el modo propio de ser, su construcción del mundo y de sentido de vida. Puesto que los cuentos sensibilizan, leer buena literatura, involucra inevitablemente el refuerzo conciente o inconsciente de posturas éticas.

“la literatura puede contribuir al desarrollo de los valores cuando se permite al estudiante cobrar conciencia de sus propios sentimientos y emociones, de sus propias actitudes frente a la obra dada, estimulando su discusión” (Rosenblatt, 2002, p. 24), para la construcción de puntos de vista personales, y de esta manera se logra a la vez, mejorar la expresión de los estudiantes, los cuentos ofrecen no sólo valores literarios, sino también algunos enfoques sobre la vida, o alguna afirmación de que ciertas clases de experiencias, ciertos modos de sentimientos son valiosos.

Por estas razones, este proyecto pretende que los estudiantes recuerden que son personas con derecho a expresarse libremente, gozando de un horizonte inmenso que los invite a imaginar, soñar y crear. Y se espera aportar al conocimiento, mejorando la expresión oral y escrita de los estudiantes, en el proceso de enseñanza aprendizaje, apoyado en la construcción de mundo y sentido de vida.

1 REFERENCIAS

2.1 Marco teórico

Antecedentes empíricos

El rastreo se realizó con las tesis que se encuentran en el centro de documentación de la facultad de educación, universidad de Nariño, sede VIPRI, en donde se seleccionaron nueve tesis por su título semejante o relacionado al de este proyecto, pero al explorar a fondo cada una de las tesis en su mayoría los contenidos tratan muy poco lo relacionado con lectura de cuentos, expresión oral, expresión escrita y sentido de vida, por lo que se referencian puntualmente tres de estas:

Chapal y Díaz (2002) en su trabajo trataron de despertar el interés hacia el fomento de algunos valores humanos, para fortalecer una sana convivencia, por lo que se mira pertinente plantear el uso de la fábula y la parábola para que los estudiantes por medio de la moraleja se queden con un mensaje implícito y lo interioricen para el diario vivir. Concluyen resaltando que se tiene mejores resultados en el proceso de aprendizaje cuando el niño asimila y se apropia del conocimiento a través del aprendizaje significativo, además, afirman que las parábolas y las fábulas son material de agrado en el aprendizaje e interiorización del conocimiento del niño, demostrándolo en las actividades realizadas

Esta tesis trabajó con unos estudiantes víctimas y victimarios del maltrato y falta de valores, por lo que se mira la necesidad de cambiar esta situación por medio de diferentes estrategias, con el objetivo de buscar alternativas de

solución a estas falencias. No comparto que se recurra a un medio moralizador como son las fábulas y las parábolas para cambiar esta realidad, porque lo que requieren estos estudiantes es “extender sus alas” e imaginación y no cortarlas con la reflexión moralista

Rosero y Zúñiga (2003) en su trabajo se ocuparon de estudiantes con falencias en la expresión oral y escrita encontraron estudiantes con poco interés para realizar sus trabajos, poca participación en clase y dificultades para expresar lo que piensan o sienten, pues afirman que los alumnos tienen temor para hablar en público, se enredan a la hora de hablar y no pueden expresar sus emociones. Las autoras de esta tesis expresan que la causa para que los estudiantes tengan bajo rendimiento educativo es su familia, porque es en ella en donde se inicia el proceso de la formación de la personalidad y si se presentan dificultades en el desarrollo de la expresión oral y escrita. Por lo cual, debe ser la escuela la encargada de abrir nuevos espacios para propiciar aprendizajes lúdicos, creativos, autónomos y significativos, desarrollando las potencialidades humanas. Concluyen afirmando que las técnicas metodológicas y pedagógicas a aplicarse promueven un aprendizaje de carácter formativo teórico-práctico y creativo, desarrollando conceptos, habilidades, valores aplicables a la solución del problema del entorno.

Este trabajo pretende contribuir a una educación diferente, abierta y flexible, un aprendizaje placentero en un ambiente agradable, en donde se trabaje con “interés” mas que con “obligaciones” y “deberes”.

Benavides y Chaves (2001) en su trabajo, plantean que toda persona tiene en su interior sentimientos que según su personalidad pueden manifestarlos de diferentes maneras. Muchas veces estas manifestaciones dependen de otros factores según el lugar físico, sentimental o emocional, los cuales pueden influir positiva o negativamente. Sugieren además, un pre-test para identificar qué tanta autoestima poseen los estudiantes, obteniendo como resultado que la mayoría tenía una autoestima baja; por lo que plantean talleres, buscando elevar la calidad del desarrollo humano, y argumentan que es deber de la institución favorecer personas integrales, participativas, críticas y creativas. Concluyen diciendo que ante los continuos cambios de la vida, la autoestima también cambia, se enriquece o empobrece. Es por esto; que, los educadores deben intervenir en el fortalecimiento de la autoestima, por ser cultivadores en el desarrollo integral de sus estudiantes.

2.2 Marco legal

A continuación se citan los documentos de legislación educativa que sirven de fundamento a esta propuesta en relación con los puntos específicos del objeto de estudio sugerido: de la Constitución política de Colombia 1991, Ley general de educación febrero 8 de 1994, Lineamientos curriculares de la lengua castellana y Estándares de la lengua castellana

Constitución política de Colombia 1991

Artículo 20. Se garantiza a toda persona la libertad de expresar y difundir su pensamiento y opiniones, la de informar y recibir información veraz e imparcial, y la de fundar medios masivos de comunicación.

Ley general de educación, febrero 8 de 1994

Artículo 20. Objetivos generales de la educación básica. Son objetivos generales de la educación básica:

b) Desarrollar las habilidades comunicativas para leer, comprender, escribir, escuchar, hablar y expresarse correctamente

Artículo 22. Objetivos específicos de la educación básica en el ciclo de secundaria.

b) La valoración y utilización de la lengua castellana como medio de expresión literaria y el estudio de la creación literaria en el país y en el mundo.

Lineamientos curriculares de la Lengua Castellana

a. Currículo y proyecto educativo institucional

De este apartado de los lineamientos curriculares se toma diferentes apartes que hacen referencia a diversos aspectos del objeto de estudio

“El currículo como puesta en marcha del PEI

El trabajo por proyectos como alternativa de desarrollo curricular

“(…) Tal vez uno de los logros del constructivismo de corte cognitivo es haber mostrado que la construcción de conocimientos consiste en la construcción de redes de relaciones; que aprender significativamente consiste

en establecer vínculos entre los saberes con los que cuenta un sujeto y las nuevas elaboraciones, a través de procesos de discusión, interacción, confrontación, documentación; en fin, construcción del significado. Bajo estos supuestos, es claro que la integración tiene sentido si la realiza el sujeto del proceso de conocimiento, es decir, el estudiante, en atención a sus intereses y expectativas.” (Lineamientos curriculares de la lengua castellana, 1998, p. 39)

b. Concepción de lenguaje

De este aparte de los lineamientos curriculares referido a Lengua Castellana hay algunos puntos que entroncan con el proyecto

“Leer, escribir, hablar, escuchar...”

(...) En una orientación de corte significativo y semiótico tendríamos que entender el acto de leer como un proceso de interacción entre un sujeto portador de saberes culturales, intereses deseos, gustos, etcétera, y un texto como el soporte portador de un significado, de una perspectiva cultural, política, ideológica y estética particulares, y que postula un modelo de lector; elementos inscritos en un contexto: una situación de la comunicación en la que se juegan intereses, intencionalidades, el poder; en la que está presente la ideología y las valoraciones culturales de un grupo social determinado.

En este sentido, el acto de leer se entenderá como un proceso significativo y semiótico cultural e históricamente situado, complejo, que va más allá de la búsqueda del significado y que en última instancia configura al sujeto lector. Esta orientación tiene grandes implicaciones a nivel pedagógico ya que las prácticas de lectura que la escuela privilegia deben dar cuenta de esta

complejidad de variables, de lo contrario estaremos formando decodificadores que desconocen los elementos que circulan más allá del texto.

Es claro que desde esta perspectiva, “leer” resulta ser un proceso complejo y, por tanto, la pedagogía sobre la lectura no se podrá reducir a prácticas mecánicas, a técnicas instrumentales, únicamente. En una perspectiva orientada hacia la significación, la lengua no puede entenderse sólo como un instrumento, como un medio para...; la lengua es el mundo, la lengua es la cultura.

En esta orientación, respecto a la concepción sobre “escribir”, ocurre algo similar. No se trata solamente de una codificación de significados a través de reglas lingüísticas. Se trata de un proceso que a la vez es social e individual en el que se configura un mundo y se ponen en juego saberes, competencias, intereses, y que a la vez está determinado por un contexto socio-cultural y pragmático que determina el acto de escribir: escribir es producir el mundo.” (Lineamientos curriculares de la lengua castellana, 1998, p. 49)

Desarrollo de competencias

“(...) Una competencia literaria entendida como la capacidad de poner en juego, en los procesos de lectura y escritura, un Ministerio de Educación Nacional saber literario surgido de la experiencia de lectura y análisis de las obras mismas, y del conocimiento directo de un número significativo de éstas.” (Lineamientos curriculares de la lengua castellana, 1998, p. 51)

c. Ejes alrededor de los cuales pensar propuestas curriculares

De este aparte de los lineamientos curriculares de la lengua castellana se selecciono unos títulos, subtítulos que se relacionan con el proyecto

Un nivel de uso

“De estos sistemas en contextos comunicativos. Este proceso está asociado con las prácticas de lectura, escritura, oralidad, el lenguaje de la imagen...; y las funciones que se les asigna a estas prácticas como espacios de significación. Para el caso del lenguaje verbal, por ejemplo, este nivel de uso supone el desarrollo de unas competencias sintáctica, semántica, pragmática, enciclopédica presentes en los actos de comunicación y significación. También tiene que ver con la posibilidad de usar y producir diferentes tipos de textos en atención a finalidades definidas. En este sentido, la escuela debe ocuparse de trabajar sistemáticamente las habilidades para comprender y producir diferentes tipos de textos, tanto orales como escritos, con sus características particulares: texto descriptivo, texto argumentativo, texto narrativo, texto periodístico, texto poético, etcétera; y sus usos en situaciones de comunicación y significación, resultan prioridad en este eje” (lineamientos curriculares de la lengua castellana, 1998, p. 54-55).

Un eje referido a los procesos de interpretación y producción de textos

...“la comprensión textual se basa en la comprensión contextual... los componentes cognitivos, morales y expresivos del acervo cultural de saber a partir del que el autor y sus contemporáneos construyeron sus interpretaciones, pueden alumbrar el sentido del texto...”(lineamientos curriculares de la lengua castellana, 1998, p. 55)

Conceptualización del proceso lector

“Ambas muestran, entre otros aspectos, las serias dificultades de los niños y los jóvenes en lectura y escritura; además una cierta aversión frente a la cualificación de las habilidades comunicativas, posiblemente porque no comprenden lo que el Ministerio de Educación Nacional les propone leer y por las sensibles limitaciones para expresar por escrito sus pensamientos y sentimientos. Ante una hoja en blanco, los niños se bloquean y cuando se atreven a escribir, sus textos presentan diferentes fallas que van, desde la incapacidad de mantener una lógica en el discurso, hasta limitaciones serias con la ortografía y la sintaxis.

Estas carencias y dificultades tienen graves implicaciones, pues es imposible pensar y ejecutar una educación de calidad al margen de unas competencias que faciliten una mejor comprensión de la vida, la ciencia y la cultura, pues la lectura nos permite enriquecer nuestros esquemas conceptuales, nuestra forma de ver y comprender el mundo, y es requisito esencial para el desarrollo cultural y científico de los estudiantes

Cada uno de estos factores aporta en el proceso de construcción de los significados, los cuales, como afirma Lerner, son relativos, es decir, cada lector comprende un texto de acuerdo con la realidad interior, con su experiencia previa, con su nivel del desarrollo cognitivo, a su situación emocional, etcétera. Pero esta relatividad no significa que no se puedan lograr niveles cada vez mayores de objetividad sobre el texto. La relatividad de la comprensión alude a

que distintos lectores comprenden de forma diferente un mismo texto, lo cual se explica por la singularidad de los sujetos...

Ésta es la primera fase del proceso lector, y si se logra que los estudiantes se apropien de ella y la terminen con rigor, contribuirá sensiblemente a mejorar la calidad de la educación, en la medida que permitirá garantizar una apropiación de las redes conceptuales presentes en los textos. Con un desarrollo adecuado de esta primera fase del proceso lector se superaría el acercamiento superficial a los textos, en el que los estudiantes se conforman con la idea general de los mismos, sin dar cuenta de los detalles que los enriquecen.

La creación es una segunda fase en el proceso lector, y depende de la comprensión porque no es posible crear en el vacío, siempre se crea a partir de algo. Crear, en esta perspectiva, significa aportarle al texto, enriquecerlo y recrearlo.”(Lineamientos curriculares de la lengua castellana, 1998, p. 62).

“Situación emocional: La realidad afectiva del lector en el momento de la lectura condiciona la comprensión de un texto. Los significados se construyen a partir de la interacción entre la realidad interior del sujeto que lee y la realidad exterior en la que habita el texto. Un mismo texto puede movilizar en lectores diferentes, asociaciones e interpretaciones disímiles, esto dependiendo de la situación emocional en la que se encuentren los lectores al interactuar con el texto; una mujer en embarazo podrá comprender un texto sobre la gestación y el embarazo en forma diferente a un hombre que al azar se encuentra con el

mismo texto y lo lee” (lineamientos curriculares de la lengua castellana, 1998, p 72)

Estándares básicos en competencias en lenguaje, mayo 2006

De este libro se ha tomado diferentes capítulos, títulos, subtítulos, apartes de los cuales se relacionan y dan fundamento al contenido y desarrollo del proyecto

a. Las grandes metas de la formación en lenguaje en la Educación Básica y Media

La representación de la realidad

“El lenguaje permite organizar y darle forma simbólica a las percepciones y conceptualizaciones que ha adelantado el individuo, pues a través del lenguaje – y gracias a la memoria-puede construir y guardar una impronta conceptual de la realidad, organizada y coherente, que constituye el universo del significado y del conocimiento que tiene de la realidad

Ha de ser meta de la formación en lenguaje crear las condiciones que le permitan al individuo desarrollarse capacidad de organizar y estructurar, de forma conceptual, su experiencia, y en consecuencia, elaborar complejas representaciones de la realidad para utilizarlas y transformarlas cuando así lo requieran” (estándares básicos en competencias de lenguaje, 2006, p.22)

La expresión de los sentimientos y las potencialidades estéticas

“Como se dijo, el lenguaje permite la creación de una representación conceptual de la realidad, y a la vez, ofrece la oportunidad de darle forma concreta a dicha representación, ya sea de manera tendiente a la “objetividad”

como, por ejemplo, en el discurso técnico y científico, o de manera “subjetiva”, con lo cual surgen entre otras, las expresiones emotivas y artísticas. Así diversas manifestaciones del lenguaje le brindan al individuo la posibilidad de expresar sus pensamientos más personales, en modalidades como el diario íntimo, la literatura, la pintura, la música, la caricatura, el cine, la escultura” (estándares básicos en competencias de lenguaje, 2006, p. 22)

El ejercicio de una ciudadanía responsable

Este ejercicio es viable a través del lenguaje, porque con el los seres humanos expresan la visión que han construido del mundo, del entorno, de su forma de relacionarse con este y con sus congéneres, lo cual supone usos del lenguaje en los que una ética de la comunicación propicia la diversidad, el encuentro y el dialogo de culturas, a la vez que se constituye en cimientos de la convivencia y del respeto, pilares de la formación ciudadana.

Es apremiante que los estudiantes desde una perspectiva ética de la comunicación, desarrollen su capacidad de emplear el lenguaje para construir nuevos acuerdos, a partir de dar a todos los involucrados en la actividad comunicativa la oportunidad de expresar sus opiniones, sus posturas, sus argumentos

b. *Cómo orientar la formación en lenguaje en la Educación Básica y Media*

La pedagogía de la literatura

“Por su parte, la pedagogía de la literatura obedece a la necesidad de consolidar una tradición lectora en las y los estudiantes a través de la generación de procesos sistemáticos que aporten al desarrollo del gusto por la

lectura, es decir, al placer de leer poemas, novelas, cuentos y otros productos de la creación literaria que llenen de significado la experiencia vital de los estudiantes y que, por otra parte, les permitan enriquecer su dimensión humana, su visión de mundo y su concepción social a través de la expresión propia, potenciada por la estética del lenguaje. Pero, al mismo tiempo que se busca el desarrollo del gusto por la lectura, se apunta a que se llegue a leer entre líneas, a ver más allá de lo evidente, para poder así reinterpretar el mundo y, de paso, construir sentidos transformadores de todas las realidades abordadas. Se busca entonces desarrollar en el estudiante, como lector activo y comprometido, la capacidad de formular juicios sustentados acerca de los textos, esto es, interpretarlos y valorarlos en su verdadera dimensión. Según lo expuesto, la formación en literatura busca también convertir el goce literario en objeto de comunicación pedagógica para incidir en el desarrollo de competencias relacionadas con lo estético, lo emocional, lo cultural, lo ideológico, lo cognitivo y lo pragmático. *Según lo expuesto, la formación en literatura busca también convertir el goce literario en objeto de comunicación pedagógica para incidir en el desarrollo de competencias relacionadas con lo estético, lo emocional, lo cultural, lo ideológico, lo cognitivo y lo pragmático.* En tal sentido, se requiere abordar la obra literaria en la escuela, de tal suerte que se generen lectoras y lectores críticos de su propia cultura, creativos y sensibles ante el lenguaje poético, con un amplio conocimiento cultural y con la disposición necesaria para disfrutar la ficción literaria y la libertad expresa de poder leer cuando y como se desee.

De allí que se propenda por una pedagogía de la literatura centrada básicamente en la apropiación lúdica, crítica y creativa de la obra literaria por parte del estudiante; es decir, se espera que conozca el texto, lo lea, lo disfrute, haga inferencias, predicciones, relaciones y, finalmente, interpretaciones. Pero también se espera que ese contacto con la literatura le permita explorar, enriquecer y expresar la dimensión estética de su propio lenguaje. Para ello, se parte del criterio de leer todo tipo de textos, de cualquier época, región, autor, género y temática, pues lo más importante en este campo es lo que, desde el papel del docente, se pueda hacer con la obra literaria, y no tanto “qué tipo de texto leer”; es decir, se pretende que se lea la obra con una perspectiva de análisis que favorezca el desarrollo de procesos psicológicos superiores como los implicados en el pensamiento, la creatividad y la imaginación. Si bien el objetivo apunta al desarrollo de una tradición lectora que aporte a la comprensión, interpretación y disfrute del texto literario, también se debe estimular la capacidad productiva de los estudiantes, es decir, estimular y propiciar la escritura con intención literaria: cuentos, socio-dramas, poemas, ensayos, etc. De tal forma que puedan expresar sus formas particulares de sentir, ver y recrear el mundo, a la vez que desarrollen su producción escrita, teniendo en cuenta que el texto literario aporta al mejoramiento de las capacidades expresivas, imaginativas y cognitivas de los estudiantes.” (estándares básicos en competencias de lenguaje, 2006, p.25-26)

2.3 Marco contextual

Reseña Histórica de La Institución Educativa Municipal Aurelio Arturo Martínez.

El P.E.I de la institución Educativa Municipal Aurelio Arturo Martínez (2003) señala que en el Barrio Pandiaco hasta el año de 1.980 se carecía de un establecimiento de educación secundaria oficial. A iniciativa de la Señora Bertha Martínez de Rodríguez y Mariana R. De Vallejo. Aura B. De Benavides. Ruby Padilla J. Martha Izquierdo V. Carmen López de Aguilar. Gloria Arellano. Florida de Insuasty. Leonor Enríquez S. Luís Antonio Aguilar T. Ramiro Salcedo. Luís Morillo. Socorro Bolaños. Gerardo y Ana Lucia Mesías y profesores de la Concentración Escolar “Juan XXIII” se empezó a trabajar para lograrlo

Se alcanzó crear un Colegio cuyo nombre fue el del insigne historiador José Rafael Sañudo. Se designó como Rector al licenciado Jorge Miranda y un grupo de profesores en comisión. Fue creado en la administración del Doctor Luís Avelino Pérez. Siendo Secretario de Educación el Doctor Vicente Pérez Silva.

El mencionado centro educativo funcionó por corto lapso en las instalaciones de la Concentración Escolar Juan XXIII. El cual desapareció por disposición de la Secretaría de Educación dejando sin derecho a cursar estudios secundarios a un gran sector popular.

Sin escatimar esfuerzo alguno la Directora y Seccionales de la Concentración Escolar Juan XXIII; teniendo en cuenta la urgente necesidad de que la población escolar de nivel primario continúe sus estudios secundarios,

siguieron motivando a toda la comunidad para rescatar un derecho adquirido y fue de esta manera como se efectuaron una serie de contactos con todos los estamentos y se elevó la correspondiente petición.

En el mes de abril de 1.981 la Secretaria de Educación comisionó a los Señores Supervisores: Edgar Mejía y Carlos Insuasty, para practicar la visita para esto se realizó una asamblea de Padres de Familia, Juntas de Acción Comunal de Pandiaco, Juanoy, San Rafael y el Barrio Figueroa; dirigió la reunión la Señora Bertha Martínez de Rodríguez, quién hizo un amplio y detallado informe sobre la necesidad de volver a crear un colegio y en nombre de toda la comunidad se comprometió a trabajar incondicionalmente por este propósito. En igual sentido hicieron uso de la palabra los presidentes de las Juntas de Acción Comunal Señores: Fidencio Mera, Francisco Paz y Jorge Díaz.

El informe rendido por los Señores licenciados que practicaron la visita fue verdaderamente positivo y se inició de inmediato la programación de varias asambleas de Padres de Familia y Profesores, conjuntamente con las directivas de acción comunal.

Para sacar adelante la iniciativa se comisionó a los profesores Luís Morillo y Luís Antonio Aguilar T. Para elaborar un proyecto de ordenanza el cual se hizo con todos los requisitos para tal fin que exige la Ley.

La sustentación ante la Honorable Asamblea Departamental, le correspondió al distinguido diputado Jaime Ordóñez Ricaurte, proyecto que llevaba el visto bueno de la Secretaría de Educación con la firma del doctor

Modesto Rivas Montenegro, quién le dio el nombre de “AURELIO ARTURO MARTÍNEZ”.

Cumplidos los tres debates reglamentarios sin objeción alguna, pasó para su sanción por parte del Señor Gobernador Doctor Carlos Albornoz Guerrero y mediante Decreto No. 0363 del 26 de agosto del año 2.003, se otorga el reconocimiento oficial a la INSTITUCION EDUCATIVA MUNICIPAL AURELIO ARTURO MARTINEZ

Filosofía institucional

Una de las características de la Sociedad actual es la que corresponde a una Sociedad Pluralista que valora y acepta la diversidad personal y cultural pertinente a esta nueva Sociedad Global además de la Humanización que respeta al sujeto, tiene en cuenta su contexto y la complejidad del ser humano y todas sus dimensiones y aspectos.

El aprendizaje de las competencias se constituye en función básica de la Institución Educativa.

El aprender a conocer se fundamenta en el desarrollo de habilidades en los diferentes procesos de pensamientos: análisis, comprensión, memoria, interpretación, clasificación y síntesis.

Aprender a hacer vinculando el pensamiento y la acción en un proceso significativo a través de procesos pedagógicos, en los cuales el que aprende puede validar la teoría y avanzar mediante el análisis crítico de la realidad para transformarla.

Aprender a hacer vinculando el pensamiento y la acción en un proceso significativo a través de procesos pedagógicos y productivos en los cuales el que aprende puede validar la teoría y avanzar mediante el análisis crítico de la realidad para transformarla.

Aprender a ser: la educación debe estar orientada a la formación integral del ser humano; descubriendo las aptitudes naturales que tiene cada uno y de guiarlo a ocupar el puesto que le corresponde en su comunidad como un individuo integro, transformador y creador del cambio.

Según J. Hessen “La filosofía es un intento del espíritu humano para llegar a una concepción de universo, mediante la autorreflexión sobre sus funciones valorativas, teóricas y prácticas.

Esta consideración, posibilita a la Institución escolar llegar al objeto de la filosofía mediante el desarrollo de disciplinas

Los conceptos comerciales y de la informática encaminan al estudiante al conocimiento actual de la economía moderna y su globalización influenciada por el desarrollo científico tecnológico.

Las teorías científicas abordadas a través del estudio de la lógica y la teoría del conocimiento que permiten visualizar nuevos y mejores horizontes y participar en la transformación de su entorno.

La teoría de valores a través del estudio de la ética, la estética y la religión que le permitan interiorizarlos y vivenciarlos a lo largo de un proceso de socialización favoreciendo la supervivencia y la convivencia.

La teoría de la concepción del universo, a través del estudio de la metafísica y las distintas teorías sobre el universo, para definir su ubicación en el universo y comprender su papel en el cosmos.

Visión

La Institución Educativa Municipal: AURELIO ARTURO MARTINEZ proyecta brindar excelente servicio educativo con principios académicos, éticos y técnicos que contribuyan al desarrollo cultural, social y económico de la región; procura innovar estrategias educativas y administrativas para entender las necesidades básicas fundamentales en el desarrollo de la niñez y juventud, preparándolos para enfrentar con éxito los retos del nuevo milenio.

Misión

La INSTITUCION EDUCATIVA MUNICIPAL: AURELIO ARTURO MARTINEZ, ofrece a la comunidad de sectores populares los niveles de educación preescolar básica y media en la modalidad técnica de Comercio e Informática. La formación académica y técnica facilita el acceso al mercado laboral y al mejoramiento de su calidad de vida.

Promueve la formación integral fundamentada en valores que permiten al estudiante ser reflexivo, crítico y competitivo para lograr transformaciones en la sociedad actual, tanto a nivel local, regional y nacional.

Principios Básicos

Son principios básicos de la educación de los jóvenes

- a.** Desarrollo Humano Integral, según el cual el joven, independientemente del nivel educativo alcanzado o de otros factores como edad, género, raza, ideología o condiciones personales es un ser en permanente evolución y perfeccionamiento, dotado de capacidades y potencialidades que lo habilitan como sujeto activo y permanente al mejoramiento de su calidad de vida.
- b.** Pertinencia, según el cual se reconoce que el joven posee conocimientos, saberes, habilidades, y prácticas, que deben valorarse e incorporarse en el desarrollo de su proceso formativo.
- c.** Flexibilidad, según el cual las condiciones pedagógicas y administrativas que se establezcan deberán atender al desarrollo físico y psicológico del joven así como las características de su medio cultural, social y laboral.
- d.** Participación, según el cual el proceso formativo de los jóvenes debe desarrollar su autonomía y sentido de responsabilidad que les permita actuar creativamente en las transformaciones económicas, sociales, políticas, científicas y culturales, y ser partícipe de las mismas.

Además de los anteriores principios, consideramos como principio de toda persona, a la satisfacción de sus “Necesidades Básicas de Aprendizaje”. Estas comprenden conocimientos, capacidades, actitudes, valores y abarcan el conjunto de elementos formativos necesarios para que los seres humanos puedan subsistir, desarrollar plenamente sus capacidades, vivir y trabajar con dignidad, participar plenamente en su desarrollo, mejorar la calidad de su vida, tomar decisiones fundamentales y seguir aprendiendo. Estas necesidades

básicas de aprendizaje son el punto de partida y no el objetivo final de la meta educacional.

Esta premisa central la desarrollamos a través de los siguientes principios filosóficos de la educación de jóvenes.

Principios Filosóficos

- Está concebida en función de las necesidades de los jóvenes, aprovechando sus diversas experiencias y asignando la más alta prioridad a los grupos menos favorecidos en los social, económico y educativo, dentro de una perspectiva de educación colectiva.

- Confiar en las posibilidades y en la voluntad de todo ser humano, de progresar en el transcurso de su vida, tanto en el plano personal como en el colectivo.

- Motivar el interés de los jóvenes en su formación recurriendo a su experiencia cotidiana, para reforzar su confianza en si mismo y facilitar su participación activa en el proceso educativo.

- Adaptarse a las condiciones concretas de la vida cotidiana, escolar y de trabajo, teniendo en cuenta sus características personales como: edad, medio familiar, social y residencial y de las relaciones que les vincule.

- Lograr la participación de jóvenes en la toma de decisiones en todos los niveles del proceso educativo, en particular en la determinación de necesidades, en las propuestas de: programas de estudio, manual de convivencia, gobierno escolar, proyectos de aula e investigación; procesos

de ejecución y evaluación y en determinación de actividades educativas tendientes a la transformación del medio laboral y la calidad de vida de los estudiantes.

- Llevar a la práctica y de manera flexible los valores sociales, culturales, económicos e institucionales del país y del Departamento de Nariño.
- Contribuir al desarrollo económico, político y social de su comunidad.
- Reconocer como parte integrante del proceso educativo las formas de organización colectiva creadas por los jóvenes y adultos que les posibilite enfrentar y resolver sus problemas familiares y laborales.

- Reconocer en cada joven y adulto, en virtud de su experiencia vivida es portador de unos saberes y de una cultura que les permiten ser simultáneamente educando y educador como también educando y trabajador.

Perfil del Estudiante

Un estudiante cumplidor de sus labores cotidianas, constante, solidario, cooperador, respetuoso, disciplinado y con gran sentido de pertenencia, abierto al cambio, sano emocional y sexualmente, reflexivo, crítico dispuesto mejorar su proyecto de vida.

Perfil del Egresado

El estudiante egresado de la Institución se caracteriza por respetar y resaltar el nombre de la Institución, es colaborador con todos los proyectos, se

caracteriza por ser un líder en su hogar, en su trabajo y en su comunidad, con criterio de servicio y convivencia pacífica,

Perfil del Docente

Es una persona, que en su condición humana es capaz de reflejar en todos sus actos, principios éticos, morales y profesionales, abierto al cambio y al diálogo con gran sentido de pertenencia, valora al estudiante sin prejuicios con sus potencialidades y limitaciones, es comprensivo, alegre, comunicativo, afectuoso, capaz de aceptar los desafíos como oportunidades de mejoramiento profesional.

Perfil del Padre de Familia

Debe ser responsable, comprometido con la Institución, la familia y la sociedad, que acompañe a su hijo en los diferentes procesos.

Perfil de Administrativo y Personal de Servicios Generales

Deben ser personas responsables, leales e idóneos con su trabajo con gran sentido de pertenencia y superación personal que fomenten excelentes relaciones humanas con la Comunidad Educativa.

2.4 Marco conceptual

Introducción:

La expresión oral y escrita constituyen las formas comunes de comunicación entre los seres humanos pues mediante estas se observa el

conocimiento, el estado de ánimo, el punto de vista con respecto a un tema determinado, de ahí la importancia de que los estudiantes lo usen de manera adecuada, pues al hacerlo se facilitara muchos aspectos a lo largo de su vida, habrá respeto de opiniones, se lograra acuerdos, se hablara con conocimiento, se dará buenos fundamentos de un tema determinado y se tendrá la intención de lograr consensos; además les permitirá enriquecer su dimensión humana, su visión de mundo y su concepción social a través de la expresión propia.

¿Por qué talleres y lectura de cuentos?

Leer es una facultad maravillosa que nos permite ampliar nuestros conocimientos, además, constituye un dialogo entre el lector y el escritor, es un acto de comunicación de encuentro de mundos que son recreados por la mente que nos lleva a despertar y revalorar la escritura; “leer no es solo un simple acto de interpretar signos, es un proceso integral de conocimiento, que busca que todo niño desarrolle todas las habilidades de comunicación que son: hablar, escuchar, leer y escribir. De esta forma a través de los procesos anteriores se puede llegara transmitir o recibir diversos significados” (Venegas María Clemencia.)

Al lograr que los estudiantes pasen sus ojos entre líneas en un principio, y después lleven la lectura de cuentos a hacer parte de su vida, les orienta a comparar cada situación con sus vivencias, les enseña a ver más allá de lo evidente, para poder así reinterpretar el mundo y, de paso, construir sentidos transformadores de la realidad abordada. Se busca entonces desarrollar en los estudiantes, un lector activo y comprometido, la capacidad de formular juicios

sustentados acerca de los textos, esto es, interpretarlos y valorarlos en su verdadera dimensión, porque se toma a los cuentos como medio posible para ofrecer opciones a las limitaciones de la expresión oral y escrita, construyendo sentido de vida, ampliando la visión de mundo, pues los cuentos tratan la gama total de elecciones, aspiraciones y valores, con los cuales el individuo debe tramar su propia filosofía personal. Carolina Torres y Lía de Roux (2005) señalan que la lectura se constituye en un medio primordial que desarrolla en el ser humano habilidades, capacidad crítica y reflexiva frente a la información y el conocimiento.

Por otra parte, el vincular la lectura de cuentos con la expresión sirve como instrumento para que los estudiantes se comuniquen de manera adecuada, con efectividad, expresando sin barreras lo que se piensa, claro, sin excederse ni dañar a terceras personas, pues hablar en público es primordial para dar a conocer nuestras ideas y opiniones, correspondiéndoles utilizar un lenguaje claro, preciso y correcto, el vocabulario variado, y la fluidez, coherencia y emotividad necesaria.

Se escogió los cuentos porque son estos los que se fijan en un momento o circunstancia significativa, representando situaciones con una finalidad inmediata, además es el cuento el género narrativo por excelencia.

Igualmente el cuento da lugar a la reflexión y análisis, otorga oportunidad a los estudiantes de expresar sus pensamientos, despejar dudas y comparar con realidades.

Mantilla Lizette (2008) asegura que después de realizar una lectura de cuentos hay que ejecutar diferentes preguntas que motiven a los estudiantes a analizar y pensar sobre el cuento: ¿Qué te enseña el cuento?, ¿Cuál es el mensaje del cuento?, ¿Qué fue lo que más le gustó del cuento? ¿por qué?, ¿Qué fue lo que menos le gustó? ¿Por qué?, ¿le cambiarías el final?, ¿Cuál final inventarías?, etc.

¿Por qué realismo mágico y fantástico?

Para desarrollar este proyecto se escogieron dos movimientos literarios el realismo mágico y el realismo fantástico porque “lo fantástico es una transgresión a las leyes naturales, pero no por causas mágicas, ni míticas, ni automáticas, ni mezcla de un orden real y uno fantástico. En él se presta una arbitrariedad cuyo fin es producir asombro, entretenimiento o una enseñanza predeterminada. Desde luego, lo fantástico parte de imágenes reales solo que se conciben dentro de un orden irreal para la razón”. (Peña 1987, p. 223); y el realismo mágico se define como la preocupación estilística y el interés de mostrar lo irreal o extraño como algo cotidiano y común. No es una expresión literaria mágica, su finalidad no es la de suscitar emociones sino más bien expresarlas y es, sobre todas las cosas, una actitud frente a la realidad, pretende dar verosimilitud interna a lo fantástico e irreal.

La ficción y la magia suscitarán en los estudiantes interés para leer, investigar, comparar y reflexionar sobre aspectos de su vida cotidiana y su futuro, tentativamente se podría decir que por medio de estos movimientos, los autores y cuentos seleccionados los estudiantes cambiarán su sentido de vida y

visión de futuro, además mejoraran su expresión oral y escrita. “el escritor de cuentos atrapa algún momento significativo, un sentimiento, un esclarecedor choque de voluntades en la vida de un individuo o de un grupo” (Rosenblatt 2002, p. 31)

¿Por qué se incluye en el compendio de obras la biografía de autores?

Para ejecutar las anteriores ideas se realizó un compendio de autores literarios como Isabel Allende, Juan José Arreola, Gabriel García Márquez y Juan Rulfo, incluyendo la biografía de cada uno, para que de esta manera los estudiantes observen detalladamente su vida y de esta forma reflexionen sobre el camino que esta tomando la suya.

Se abordará en los referentes teóricos, autores como Louis Rosenblat (2002), Fabio Jurado Valencia y Guillermo Bustamante (1998), Arreola y Reyes (1998), quienes piensan que por medio de la literatura los docentes están en el deber de lograr que los estudiantes construyan su sentido de vida.

3 METODOLOGÍA

3.1 Aspectos metodológicos

Para el desarrollo del proyecto se aborda la investigación cualitativa con el enfoque IAP (Investigación Acción Participativa) con el propósito de explorar las relaciones sociales que se construyen en el contexto escolar sugerido, describiendo lo observable y perceptible, para proponer algunas estrategias de intervención a las necesidades identificadas, con la actuación protagónica de los actores principales que para el caso son los y las estudiantes.

Con el problema planteado se compone el panorama de organización institucional, reflejado en el aula, dejando notar que en la vida escolar imperan rutinas tradicionales con poco interés en brindar opciones de formación educativa mejores que las de los hogares de donde proceden los y las estudiantes. De esta manera, el currículo propuesto no es una invitación provocadora y motivadora para despertar en ellos y ellas el amor por el aprendizaje y el conocimiento. La necesidad central, se enfoca entonces en refinar las prácticas de aula, con la idea de que los y las estudiantes se sientan sujetos de saberes que participan en la cualificación de su formación, con derecho de opinión y expresión acerca de sus intereses, necesidades y proyectos.

En relación con lo anterior, esta investigación pone especial énfasis en la valoración de lo subjetivo y lo vivencial, y en la interacción entre sujetos, privilegiando lo local, lo cotidiano y lo cultural para comprender la lógica, el significado y el curso que han de tomar las acciones de intervención respetando

el contexto y los propios actores, que son quienes viven y producen la realidad sociocultural descrita en el problema.

Para el desarrollo óptimo del trabajo, la investigadora se dio a la tarea de recoger notas en diario de clase, con seguimiento permanente a los grupos de estudiantes en las reacciones, situaciones, desarrollos de las sesiones de práctica y con notas precisas para algunos actores relevantes, algunas reacciones y acontecimientos que favorecieron la identificación de las acciones a seguir en la propuesta pedagógica de intervención: la construcción de la caracterización poblacional, el compendio de obras y autores pertinentes y el plan de acción.

En el desarrollo del proyecto prevaleció una dialéctica constante que tomó como eje de la reflexión el trabajo de aula y su impacto en los y las estudiantes, con el fin de contribuir a la transformación, el cambio y el desarrollo de pensamiento crítico.

El proyecto, como se dijo antes, mantuvo la pretensión de que los y las estudiantes de la institución Educativa Aurelio Arturo Martínez a través de la lectura de cuentos mejoren su expresión oral y escrita, reflexionando sobre sus procesos de aprendizaje sustentados en la lectura, procesos transversales a todas las áreas, y en los que la literatura, puede convertirse en fuente de saberes.

3.2 Población y muestra

La población en la que se va a llevar a cabo la aplicación del presente proyecto es la Institución Educativa Aurelio Arturo Martínez, tomando como muestra los grados 8-1 y 8-2 con 70 estudiantes 40 mujeres 30 hombres a cargo de la docente Marleny Zambrano Zambrano, las edades oscilan entre los 13 y los 16 años

3.3 Técnica de recolección de información

Información primaria: Ya que es una investigación que requiere de un contacto inmediato con el objeto de estudio y se obtendrá la información mediante el trabajo realizado en el aula con los estudiantes.

3.4 instrumentos

Observación directa: Permitirá reconocer, lo que verdaderamente repercute en la falta de expresión, por lo tanto, es indispensable que los estudiantes, sean el principal objeto de estudio, durante todo el proceso de observación.

Tipo de observación:

Observación Sistemática: Ya que en ella el investigador tiene como propósito principal, lograr un conocimiento exploratorio y aproximado de un fenómeno, además este tipo de observación tiene una estructura flexible y adaptable a las diferentes facetas que presente el fenómeno en estudio.

4. Corpus

En el desarrollo del proyecto LECTURA DE CUENTOS COMO ESTRATEGIA DIDÀCTICA PARA MEJORAR LA EXPRESION ORAL Y ESCRITA DE LOS ESTUDIANTES DEL GRADO OCTAVO EN LA INSTITUCION EDUCATIVA AURELIO ARTURO MARTINEZ se realizaron dieciséis (16) talleres escritos para la caracterización, nueve (9) actividades ejecutando el compendio de obras y autores, una (1) entrevista escrita con la docente Marleny Zambrano Zambrano, todas las actividades y talleres fueron realizadas en los grados 8-1 y 8-2 con un total de 70 estudiantes, se desarrollaron demasiados acercamientos directos con los estudiantes, aunque con los docentes no fue igual, solo existió aproximación con la docente encargada.

5. RESULTADOS

A continuación se presenta los resultados obtenidos en el desarrollo del proyecto con los estudiantes de grado octavo, en atención a los objetivos específicos.

Resultado 1: caracterización

Después de revisar el PEI de la Institución Educativa Aurelio Arturo Martínez y realizar una serie de talleres y charlas con los estudiantes de grado octavo, se obtuvo numerosa información acerca de cómo es la vida de estos estudiantes tanto dentro como fuera de la institución

“Los lugares en que viven los estudiantes son: Barrio Pandiaco, Barrio Juanoy alto, Barrio juanoy bajo, EL Polvorín, Juan XXIII, Figueroa, Universitario, La Victoria, Briceño, Briceño Alto, San Francisco de Briceño, San Francisco de la Victoria, Villa María, Seminario, San Vicente, La Playa, El Centro, San Antonio, Daza, Genoy, Mapachico.

Aspecto Socioeconómico

La población estudiantil proviene en un 95% de un estrato económico bajo y un 5% medio bajo, de orígenes de obreros (recicladores, empleadas de servicio, carretilleros, albañiles) o en trabajos independientes con ingresos inferiores al salario mínimo.

Aspectos de Salud y Nutrición

- La mayoría de estudiantes en un 95% tienen servicio de seguridad social, a través del SISBEN y algunos tienen seguridad social particular, afiliados a diferentes EPS de la ciudad.

- En el aspecto nutricional y mediante convenio con el Instituto Colombiano de Bienestar Familiar y la Alcaldía de Pasto, La Institución Educativa Municipal Aurelio Arturo Martínez brinda el servicio de Restaurante Escolar, del cual se benefician estudiantes del Grado: PREESCOLAR hasta el Grado: SEPTIMO más o menos 850 estudiantes son usuarios de este servicio.

Para caso de emergencia, la institución cuenta con la cercanía del puesto de salud del Barrio Pandiaco”

Detalles de la caracterización

La información que a continuación, se da a conocer se realizó con participación de los estudiantes (Martes grado 8-2 entre las 12:45 y 2:25 y grado 8-1 entre las 4:40 a 6:30 p.m), en los meses de Agosto a Diciembre de 2008 y Febrero de 2009, con preguntas abiertas y en su mayoría de manera escrita, para construir una aproximación conjunta de la mirada institucional.

La investigadora en diferentes conversaciones con los docentes pudo notar que los docentes que tienen en cuenta los distintos comportamientos de los y las estudiantes, lo hacen a nivel escolar, saben que estos tienen comportamientos poco normales, o de rebeldía e indisciplina, pero no buscan mas allá, no les preguntan, ni indagan, lo único que se hace es llamar la atención, cuando los estudiantes tienen muchos conflictos notorios con compañeros o compañeras, entonces, interviene una psicóloga a tratar de unir lasos de amistad de nuevo, o simplemente advierte que no se vuelva a dar otro escenario de golpes y maltratos.

Se realizó una entrevista dentro del plantel educativo con una de las docentes de la Institución Educativa Aurelio Arturo Martínez, el día viernes 15 del mes de Mayo, en donde la investigadora ejecutó diferentes preguntas abiertas a la docente Marleny Zambrano Zambrano quien era la responsable del desarrollo del proyecto dentro de la Institución

1. ¿Usted sabe porque la Institución tiene este nombre?

RTA: "En homenaje al poeta Nariñense Aurelio Arturo Matinez, poeta del siglo"

2. ¿Qué población atiende la Institución?

RTA: "Atiende una población de sectores como: Pandiaco, la Playa, Briseño, Chachatoy, Juanoy....."

3. ¿Cuántos docentes laboran?

RTA: "contando los docentes de las dos jornadas laboramos 42 profesores, en la jornada de la tarde somos 16, de los cuales son 7 hombre y 11 mujeres "

4. ¿Qué opinión tiene sobre su trabajo?

RTA: "es un medio de vida, me gusta la docencia, me gusta mi carrera, me gusta mi profesión y me agradan los adolescentes"

5. ¿Qué opina sobre los estudiantes?

RTA: "son personas con quienes se puede trabajar, se esfuerzan a pesar de sus limitaciones"

6. ¿Cómo es su relación con ellos?

RTA: "buena de amistad"

7. ¿en sus clases tiene en cuenta la parte emocional de los estudiantes?

RTA: “lógicamente”

8. ¿Usted se preocupa por saber como es la vida de los estudiantes fuera del aula de clase?

RTA: “hice un estudio el año pasado en este campo con estudiantes del grado 8 y 9”

9. ¿Qué hace cuando un estudiante comete un error?

RTA: “se llama la atención, claro que existen alumnos bastante necios que no les preocupa el llamado”

El trabajo directo realizado con los y las estudiantes de grado octavo, ha sido arduo pues en un principio se opto por dirigir varias clases a captar su atención, ya que estos estaban acostumbrados a atender las clases con una metodología diferente. Por tanto hubo la necesidad de explicarles en reiteradas ocasiones cual era la metodología y que tan importante seria contar con la atención de todos y todas para el desarrollo armónico de cada una de las clases.

Pero esto no fue lo único, para lograr que los datos recolectados fueran fieles la investigadora recogía información tanto dentro como fuera del aula de clases. Gracias a lo anterior se entabló una relación de confianza, honestidad, respeto y tolerancia.

Inicialmente al tocar aspectos como el de su “futuro”, o con que soñaban, la mayoría de estudiantes no tenía respuesta definida, afirmaban con frecuencia “lo que Dios tenga designado”.

A continuación se citara fielmente cómo los y las estudiantes lo hicieron de manera escrita en diferentes talleres el punto de vista de algunos de ellos.

“Despues de graduarme no se lo que haré, de pronto me valla a trabajar en el carro con mi papá”

Ángel Rubén Basante 8-1

Con el pasar del tiempo realizando diferentes tipos de talleres y lecturas, empiezan a responder y escribir de tal manera que proyectan un futuro, empiezan a mirar más allá del presente “¿después del colegio que?”:

“Cuando salga del colegio seré una doctora porque me encanta la medicina y quiero ayudar a la gente”

Maritza Delgado 8-1

Fue difícil habituarlos a leer pues manifestaban pereza y mucho desánimo frente a pequeñas lecturas que se realizaba en clase, pero al observar la atención que prestaban algunos y la manera con que estos respondían a diferentes preguntas no querían quedarse atrás, y aunque muchas veces quisieron sabotear las lecturas, muchos de ellos pidieron respeto e interés por continuar en la clase.

Se pudo identificar que a pesar de lo agresivos que en un principio parecían, eran personas que querían demostrar y recibir cariño, buen trato, ternura, respeto, amor, entre otros.

“Me siento bien cuando con toda mi familia estamos unidos sin peleas”

Diana Carolina Tupue.

“Me hace feliz estar con mis amigas, con mis padres, cuando salgo a pasear, cuando me dicen que me quieren, cuando me dan una caricia, cuando me demuestran que me aman”

Jennifer Pachajoa 8-1

“No me gusta que me traten mal, porque mis padres me tratan con unas palabras muy fuertes”

Ángel Rubén Basante 8-1.

“Me hace feliz que mi familia me brinde todo su apollo, porque así me siento bien al saber que para lograr lo que quiero se que tengo el apoyo de mi familia”

Diana Ximena Mejia Botina 8-2.

“No me gusta que cuando doy una opinión mal el profesor me regañe mucho”

Carolina Cuatusmal 8-2.

“Mis amigos me hacen sentir bien cuando en algunos trabajos me integran en los grupos y respetan mis opiniones”

Norely Julieth Zambrano 8-2

“Me gusta que me expliquen los profesores cuando yo no entiendo sin que ellos me hagan quedar en ridículo”

Mónica Pejendino Paz 8-2

“Quiero que mi familia me de cariño porque no me dan tanto como el que yo quiero, además quiero que mis profesores me respeten porque algunos no respetan”

Claudia Mena 8-2

Pero solo el deseo de querer amor, respeto, ternura, entre otros, no es suficiente, pues el entorno les brinda agresividad, palabras soeces, a lo que ellos responden con rabia de la misma manera, por este trato hasta llegan a comparar el amor con el dolor:

“El amor es muy bonito y muy bello porque las personas se quieren y se respetan, pero también es doloroso porque la persona que uno quiere le dice malas palabras”

Melisa Ortega 8-2

Los estudiantes manifiestan que en sus hogares no encuentran el afecto necesario, siendo la mayor causa la causa la falta de tiempo e ingresos, pues sus padres o al menos uno de ellos se encuentra trabajando para así poder darles lo necesario a ellos y sus hermanos

“lo triste cuando yo era pequeña era que mi mami trabajaba acá en Pasto y yo vivía en Tunja no la podía ver pues solo iba a veces los Domingos”

Daniela Ortega Ortega

“solo logro recordar de los 6 años en adelante mi mamá me consentía hasta los 6 años a los siete mi mamá me dejó donde mi tía y se vino a trabajar yo me sentía muy sola porque a mis primos siempre los consentían, les daban gusto en todo mientras que yo recibía desprecio, golpes y sobras de mis primos o me daban solo lo que mi mamá me dejaba. Mi mamá venía cada mes si acaso hasta que me fue a traer cuando tenía 11 años y me trajo a vivir con ella, pero cuando yo llegué ella tenía otro marido y tengo otra hermana así que las cosas nunca volvieron hacer las mismas”

Paula Andrea Marin 8-2

Otros, por el contrario tienen que trabajar para así poder solventar sus necesidades, y asumir los gastos de estudio, alimentación, vestido, en algunos casos no solo de ellos sino también de sus hermanos

“Tuve que retirarme tres años del colegio porque mi mamá se murió porque no tenía quien me gaste el estudio, volví porque ahora estoy trabajando por las mañanas y los domingos en un parqueadero del centro”

William David 8-1

En algunos estudiantes es tan notoria la falta de amor, y el ansia de sentirse querido y apreciado por alguien que empiezan a buscarlo en brazos de sus parejas, llegando a refugiarse en estos, obligando a la razón a creer que este es el mas sincero y verdadero amor, omitiendo toda clase de insultos, golpes, ultrajes, entre otras agresiones, con tal de tener al lado a alguien que dice quererlos.

Aunque la mayoría de estudiantes no se demuestran cariño ni existen palabras de afecto hacia los demás, y sí de ofensa, en uno de los primeros talleres realizados, en donde los estudiantes tenían que escribir su pensamiento acerca de sus compañeros frente a diferentes aspectos, se logró que los estudiantes hicieran hincapié a diferentes cualidades y valores que poseían sus compañeros, aunque, no se dieron a la espera algunas ofensas y estudiantes que no se sentían conformes con lo que sus compañeros pensaban, pues creían proyectar una apariencia distinta. Sin embargo, la mayoría de estudiantes se sintió muy bien con el pensamiento de sus compañeros hacia ellos:

“con lo que mis compañeros me dijeron me sentí bien porque lo que dicen es lo que soy”

Heiner Ceballos 8-2

“es hermosa, juiciosa, agradable, estudiosa, respetuosa, risueña, inteligente, sencilla a veces un poco brava”

Alejandra Álvarez

“haciendo la actividad me sentí extraño porque no estoy enseñado a decir las cosas buenas que tienen mis compañeros”

Juan Camilo de la Cruz Botina.

“El es amigable, social, amistoso, aburrido”

Cristian G

“si estoy de acuerdo con lo que me pusieron porque con esas cualidades me identifico”

Julieth Zambrano

“yo me siento muy mal apenado con mis amigos porque no pensé que ellos en mi miraban cosas tan feas”

William David

Los y las estudiantes en su mayoría comparan su pasado con pureza, inocencia creatividad; el presente con dolor y mucho estudio y el futuro de trabajo, y en varios casos ya sueñan con una vida universitaria.

“Me gustaría salir bien del colegio y seguir una carrera para ser ingeniera de sistemas”

Diana Magdalena Aranda 8-1

“Yo quisiera ser medico porque me gusta la medicina y porque me gusta ayudar a la gente”

Oscar Hernando Huertas 8-1

“En un futuro quiero trabajar muy duro para poder tener un techo y poder vivir dignamente”

Diego Santa Cruz 8-2

“Mi pasado fue muy duro de mucho trabajo para poder llevar algo a casa y mi familia tenga que comer”

Andrés Geovany Inchima 8-1

Estos escolares tienen un concepto en la mayoría agradable de su cuerpo, de su nombre por lo que realizaron un graffiti, dando los primeros pasos a una expresión escrita coherente, fluida, sin timidez.

“Siempre he pensado que mi nombre es muy bonito, y también me han dicho que mi nombre es muy tierno porque tiene sentido de vida”

Alejandra Álvarez López 8-2

Siempre alegre

Inspirando ternura

Llena de esperanza

Viviendo feliz y

Armoniosa como nunca,

Nada me detiene pues

Alzando mis alas siempre voy

Silvana urbano 8-2

Justo, amable y responsable

Optimista para llevar el ritmo de mi vida como una melodía loca

Sentimientos sensibles dentro de mi corazón

En amor, amistad, paciencia y conectividad

José López 8-2

Humildad con todo mi corazón

E inocencia, hermosura y sencillez dentro de mí

Inteligencia y distintos sentimientos son

Naturales dentro de mi corazón puro.

Esperanza música de mi vida

Risa de ternura es toda mi vida

Heiner Ricardo Ceballos 8-2

Jarra llena de amor

Uva, la buena fruta

Amor, cariño y tolerancia

Nada de fracaso

Pan de cada día

Aristocracia para el mañana

Bondad en la clase

Longitud de comprensión

Oración para cada día

Juan Pablo Ruano M 8-2

Maravillosa llena de valores

Orgullosa de ser quien soy

Nada desalentadora, con mucha

Ilusión de encontrar mi propio

Camino para triunfar y

Alcanzar el éxito que tanto sueño

Mónica 8-2

Cariño hay en mi alma

Armonía en mi ser

Reír es mi diversión

Orgullo de mi existir

Luz de mi pensamiento

Ilusión en mi corazón

Nacer fue el mejor regalo para

Amar y proteger

Carolina 8-1

El educando identifica que tiene en su comportamiento distintos malestares, sus causas y consecuencias, de la misma manera distinguen las situaciones que les origina enfado e ira y los pensamientos que estos les produce; para cambiar su conducta, en la mayoría admiten jugar en clase, no hacer tareas, ser bulliciosos, vengativos, teniendo como causas el mal rendimiento académico, suspensiones y mas maltrato

“mi malestar es jugar en clase y no hacer tareas, es porque a veces meda ganas de jugar porque estoy desanimado porque no se mas que hacer, porque muchas clases son aburridas y tengo pereza y desentusiasmo, las consecuencias son que me ponen mala nota y me4 llaman la atención, mi compromiso es ser mas responsable y atender en clase”

Carlos Isandara 8-1

“soy molesto en clase porque quiero ser llamativo, las consecuencias son llamadas de atención por eso me comprometo a no molestar en clase, a atender a mis profesores a no molestar a mis compañeros y cumplir con mis tareas y lecciones”

Deiran Sebastian Martínez Timana 8-1

“tengo el malestar de poner apodosos y los pongo porque ellos me molestan o me insultan entonces yo por eso les digo cosas que los ofenden”

David Alejandro Saavedra 8-1

“soy grosero porque me molestan por peleas, por insultos, aunque me comprometo a portarme bien con las demás personas para que ellos también respeten y así nos respetamos”

Jhon Alexander Ruales 8-1

“la situación que me produce enfado es cuando quedo solo, cuando nadie quiere escucharme, cuando nadie me quiere y por supuesto se olvidan de mi no me hacen caso y no me hablan”

Andrés Caicedo 8-2

“cuando estoy de mal genio me desquito de los demás haciéndoles y diciéndoles cosas malas, como consecuencia siempre vivo mal con los demás”

Diana Ximena Mejía 8-2

“me da mucha ira de mi mamá porque ella me separo de la única persona que me ha amado y yo amo”

Fernanda Villota 8-2

“a la persona que me hace enfadarme siempre pienso como vengarme para que reciban su castigo”

Karolayn Viviana Zambrano Puetaman 8-2

“cuando las cosas no me salen bien me produce ira y trato a todas las personas muy mal y las insulto”

“la situación que me produce enfado es cuando mis amigos me hacen una broma de mal gusto les pego y los insulto”

José David Puetaman 8-2

“cuando las cosas no me salen bien me produce ira y trato a todas las personas muy mal”

José Luis Córdoba

“me da ira cuando me buscan pelea y hay conflicto en mi familia”

Tatiana carrasco 8-1

“cuando me pongo a discutir con mis hermanas me da mucha ira y digo cosas sin pensar y las ofendo y después me doy cuenta de que hice mal”

Kelly Burbano 8-2

Todo lo anterior lo desean cambiar ya que saben que es perjudicial para su vida familiar, académica y social, por lo que enuncian acciones para potenciar sentimientos positivos los cuales les traigan alegrías a ellos y a todas las personas que se encuentran en su entorno

“voy a lograr metas que me he propuesto para que me hagan feliz a mi a mi familia”

Kevin Portilla 8-2

“me comprometo a intentar reírme de cosas que no ofendan a los demás”

Wiston Darío Rosero 8-1

“voy animar a las demás personas a realizar las cosas con agrado y amor”

José Luis Córdoba

“me hace feliz amar y ser querido, ser tolerado y tolerar”

Juan Pablo Ruano 8-2

“voy a potenciar mi felicidad estudiando para así el día de mañana ser alguien mejor y de bien y hacer feliz a mi familia”

Jonathan Ricaurte 8-2

“a mí me hace feliz ver a la persona que amo, ver a mi familia unida, tratarse bien con los compañeros”

Yudy Narváez 8-2

“quisiera estar en paz y en tranquilidad para que en mí fluya la alegría”

Tatiana Carrasco 8-1

“alegría es un sentimiento que debemos tener todas las personas del mundo para poder estar en paz y unidos con nuestros semejantes, para poder vivir bien y sin tanta guerra”

Sebastian Martínez 8-1

“seré feliz cuando mi papá regrese a la casa con mi mamá, cuando mi familia se perdone y no se pelee, cuando mis compañeros dejen de ser groseros e irrespetuosos, cuando mis sueños se hagan realidad”

En el momento que se da inicio a involucrar la literatura en las clases, los y las estudiantes empiezan a manifestar desánimo y pereza, a pocos les llama la atención y desean empezar con la actividad.

Al grupo lo motiva las actividades que se proponen acerca de las lecturas, no quieren quedarse atrás dan a conocer diferentes puntos de vista y empiezan a comparar las historias con su vida, pues aunque algunos no tienen el impulso para seguir la lectura si ponen toda su atención al desenlace de la vida de cada uno de los personajes. Les llama mucho la atención cuentos de Gabriel García Márquez y Juan José Arreola, al leer realizan comentarios rechazando o alabando diferentes decisiones de los personajes, al mismo tiempo reflexionan y se hacen la pregunta ¿yo que haría si estuviera en su lugar?

En cuentos como “el rinoceronte” son las estudiantes quienes se identifican con los personajes, y se escucha diferentes comentarios

“Leonora nunca se hizo respetar”

Diana Ximena Mejia 8-2

“Quisiera ser como Pamela, saber dominar ”

Fernanda Villota

“las mujeres debemos ser así, no mostrar tanto amor ni hacer todo lo que los hombres quieren”

Karolayn Viviana Zambrano Puetaman 8-2

“yo voy a buscar una mujer que me quiera, que este conmigo por amor no por conveniencia”

José David Puetaman 8-2

“Leonora se parece a mi mamá, hizo todo lo que mi papá quería y al final termino con otra”

José Luis Córdoba

En el cuento un pacto con el diablo de Juan José Arreola los y las estudiantes manifestaron el amor que le profesan a su familia, que tanto esta les importa

“yo hubiera hecho lo mismo que el protagonista, pues aunque a uno le falte muchas materiales no hay nada mas que tenga mas valor que la familia y la tranquilidad ”

Andrés Caicedo 8-2

“no importa lo que uno tenga, pues con dedicación y esmero lo puede lograr sin necesidad de poner en riesgo la vida ni la seguridad”

Jhon Alexander Ruales 8-1

En el cuento la prodigiosa tarde de Baltazar existieron muchos comentarios dando hincapié al interés, la violencia y el valor de la palabra

“para mi Baltazar actuó bien, pues muchos se equivocan cuando no tienen en cuenta la opinión de los niños”

Kelly Burbano 8-2

“Baltazar evito la violencia al no vender la jaula al medico, pues si lo hacia se podían enfadar entre amigos porque uno tenia algo que los demás no lo tenían”

Kevin Portilla 8-2

En el cuento un señor muy viejo con las alas enormes los y las estudiantes dieron a conocer que tan alto grado de solidaridad tenían

“este cuento me hizo reflexionar sobre como muchas veces pasamos por encima de los demás, los ofendemos y mostramos mala cara sin saber cuanto ellos están sufriendo al no poder expresarse talvez por temor a nuestros mismos comentarios”

Wiston Darío Rosero 8-1

“muchas veces tratamos mala los demás sin saber el bien que estos nos pueden llegar hacer”

Jonathan Ricaurte 8-2

En el cuento la Santa de Gabriel García Márquez se escucho comentarios acerca de la persistencia y el buen corazón

“yo hubiera hecho lo mismo que el papá de la Santa, pues por el bien de mi familia soy capaz de hacer cualquier cosa”

Juan Pablo Ruano 8-2

Resultado 2: Compendio de obras y autores seleccionados.

En atención al objetivo específico número dos, se presenta el compendio con los siguientes escritores pertenecientes al realismo mágico y fantástico.

Los cuentos completos se encuentran en el anexo A

BIOGRAFIA	OBRA O CUENTO SELECCIONADO
<p>Allende Isabel: Nació en Perú mientras su padre se desempeñaba como embajador de Chile en este país. En Bolivia frecuentó una escuela estadounidense y en Beirut estudió en un colegio normal privado <u>inglés</u>. A partir de <u>1967</u> tomó parte en la redacción de la revista <u>Paula</u>, al tiempo que publicó una gran cantidad de artículos sobre diversos temas. Posteriormente realizó diversas colaboraciones para la revista infantil <u>Mampato</u> y publicó dos cuentos para niños (La abuela Panchita y Lauchas y lauchones) y una colección de artículos titulada Civilice a su troglodita. En <u>1973</u> estrenó su obra de teatro El embajador. En <u>1975</u> se autoexilió</p>	<p>Eva Luna (1987) La novela retoma muchos elementos del <u>realismo mágico</u>. Este cuento es una cascada de relatos en donde el amor, el odio, la venganza, lo grotesco y lo sublime se superponen y se empujan unos a otros en su afán por completar todo el registro de sentimientos posibles en el alma humana.</p> <p>De este libro de cuentos se escogió el cuento siete</p>

<p>con su familia en <u>Venezuela</u>. Allí permaneció 13 años trabajando en el diario <u>El Nacional</u> de <u>Caracas</u> y en una escuela secundaria hasta <u>1982</u>, y publicó su primera obra teatral, <u>La casa de los siete espejos</u> (1975). En <u>1981</u> escribió <u>La casa de los espíritus</u> (1982), En <u>1984</u>, publicó <u>De amor y de sombra</u>. En <u>1990</u>, fue distinguida con el premio Gabriela Mistral por el presidente <u>Patricio Aylwin</u>. Tras la muerte de su hija Paula, Allende publicó el libro de memorias <u>Paula</u> (1994). Actualmente reside en <u>San Rafael</u>, (<u>California</u>). Ha sido distinguida en la Academia de Artes y Letras de Estados Unidos.</p>	
<p>Arreola Juan José Zapotlán el Grande; <u>21 de septiembre</u> de <u>1918</u> - fue un <u>escritor</u>, <u>académico</u> y <u>editor</u> <u>mexicano</u>. Premio Jalisco en Literatura.</p>	<p>1 El rinoceronte: En este cuento el factor temporal es importante. Cuando empieza el relato todo ha pasado ya, la voz que relata los acontecimientos es autodiegética Como consecuencia la focalización es</p>

<p>En 1955 fue galardonado con el Premio del Festival Dramático del Instituto Nacional de Bellas Artes. En 1963, año en que recibió el Premio Xavier Villaurrutia, salió a la luz pública otra de sus grandes obras, la novela <i>La feria</i>. En 1964 dirigió la colección "El Unicornio", y se inició como profesor en la Universidad Nacional Autónoma de México, en 1969, recibió Presea de Reconocimiento de parte del Grupo Cultural "José Clemente Orozco", de Ciudad Guzmán. En 1972 se publicó la edición de <i>Bestiario</i>, que completaba la serie iniciada en 1958, con <i>Punta de plata</i>, en 1979 recibió el Premio Nacional en Letras, en la Ciudad de México. Diez años más tarde, se hizo acreedor al Premio Jalisco en Letras (1989). En 1992, recibió el Premio de</p>	<p>interna fija y las variantes principales del estilo están subrayadas por el empleo verbal, se observa la utilización de verbos en pretérito, copretérito y presente, todos ellos del modo indicativo, pero empleados con diferentes grados de insistencia y reiteración.</p> <p>2 En verdad os digo: Caracterizado por el estilo realista y fantástico marcado por la ironía y la imaginación. Y a que redujera su extensión, practicando la minificción en una época en que los textos <i>cortos</i> solían superar las diez página</p> <p>3 Un pacto con el diablo: este cuento narra un hecho; sumando ficción más ficción en una formula que solo puede tildarse de original; el autor nos introduce en el mismo, con ostentando la prisa de espectador que llega atrasado a una función cinematográfica. Nuestro protagonista asiste a un film de título homónimo, encontrándose con otro personaje con el cual empieza a comentar el mismo... Este relato amalgama dentro de su simpleza el virtuosismo de la forma y</p>
---	--

<p>Literatura Latinoamericana y del Caribe Juan Rulfo, que se concede al conjunto de una producción literaria. En 1997, recibió el Premio Alfonso Reyes; y en 1998, el Premio Ramón López Velarde. En 1999, con motivo de su ochenta aniversario, el Ayuntamiento de Guadalajara, le entregó reconocimiento y lo nombró hijo preclaro y predilecto, en Su corriente literaria fue el realismo, en 1995 recibe el Premio Internacional Alfonso Reyes</p>	<p>el contenido en proporciones iguales, El cuento en si es una glorificación de la virtud de la humildad más allá de los valores materiales y posesiones económicas, sin llegar a ser la apología de la pobreza. Sorprende la agilidad y aparente simpleza de su desarrollo hasta llevarnos a un final feliz, pero completamente creíble y coherente con el mismo relato; durante el desarrollo del mismo, trasciende la buena relación entre el personaje y su esposa, la cual se confirma en el final de esta narración.</p>
<p>García Márquez Gabriel: es un novelista colombiano, escritor de cuentos, guionista y periodista. Nacido en la Región Caribe, en el municipio de Aracataca (Magdalena), el 6 de marzo de 1927. Es conocido familiarmente como "Gabo" Es considerado uno de los autores más</p>	<p>La increíble y triste historia de la cándida erendira y su abuela desalmada:</p> <ul style="list-style-type: none"> • Un señor muy viejo con alas enormes: contiene todos los elementos que hacen una narración fantástica, tiene enredo por la llegada de un personaje profundo y complejo a un pueblo; el personaje es mas metafórica que literalmente un ángel, es un ser

<p>significativos del siglo XX. Obtuvo el Premio Nobel de Literatura en 1982, según la laudatoria de la Academia Sueca "por sus novelas e historias cortas, en las que lo fantástico y lo real son combinados en un tranquilo mundo de imaginación rica, reflejando la vida y los conflictos de un continente".</p>	<p>que se mueve en el desarraigo que no tiene ningún punto de referencia. Causa rechazo lo que refleja anulación de la comunicación,</p> <ul style="list-style-type: none"> • el ahogado mas hermoso del mundo: Es una historia llena de fantasía, en donde demuestra cuanto puede valer la apariencia física de una persona • La increíble y triste historia de la cándida erendira y su abuela desalmada <p>Los doce cuentos peregrinos:</p> <ul style="list-style-type: none"> • La santa: en esta historia un padre demuestra perseverancia, paciencia y lealtad a su hija muerta • el avión de la bella durmiente: • espantos de agosto: El inicio del cuento habla de la llegada al castillo del autor con su esposa y sus tres hijos, en el nudo se refleja el deseo de conocer aquel castillo sin temer a nada y en el
---	--

	<p>desenlace se cuenta el momento de terror que vivieron en aquel Castillo</p> <ul style="list-style-type: none">• el verano feliz de la señora Forbes: este cuento relata como una imposición o una orden puede causar rencor y odio en otras personas.• la luz es como el agua: El cuento relata la inocencia de los niños y su afán por alcanzar lo que desean <p>Los funerales de la mama grande:</p> <ul style="list-style-type: none">• Los funerales de la mama grande: Esta historia es una representación irónica de la historia que se ha repetido por muchos años, donde los matrimonios se realizan por conveniencia económica y no por amor, además muestra la hipocresía que muchos muestran tener a la persona que ejerce el
--	---

	<p>poder.</p> <ul style="list-style-type: none"> • la prodigiosa tarde de Baltazar: este cuento hace hincapié a la generosidad
<p>RULFO JUAN: Apulco, Jalisco, 16 de mayo de 1918 - Ciudad de México, 7 de enero de 1986), escritor y fotógrafo mexicano , perteneciente a la generación del 52. La reputación de Rulfo se asienta en dos pequeños libros: El llano en llamas, compuesto de diecisiete pequeños relatos publicado en 1953, y la novela Pedro Páramo, publicada en 1955. Se trata de uno de los escritores en español de mayor prestigio del siglo XX, a pesar de que fue un autor muy poco prolífico. Fue considerado el mejor escritor en lengua española de este periodo, junto a Jorge Luis Borges. Nacido en Sayula, en el estado de</p>	<p>El llano en llamas: gira alrededor de la vida rural en la época de la Revolución Mexicana y los conceptos que van unidos a ésta, como la desigualdad social, la lucha por la tierra, la religión y la política entre otros. Esta breve, pero tan intensa creación narrativa, está poblada de campos áridos, paisajes desolados, clima abrasador, pueblos deshabitados, violencia, revolución, venganza y muerte; El pesimismo y el fatalismo inundan toda la obra literaria de Rulfo sin que nadie pueda escapar del destino que les persigue despiadada e inexorablemente. Pero esta terrible y concreta realidad es trascendida al convertirse en profunda meditación sobre los grandes temas humanos universales: la muerte y la incomunicación, el dolor, la violencia y el destino y, en definitiva, la soledad del hombre y la desolación del mundo en el que ha</p>

<p>Jalisco, quedó huérfano de padre a los seis años. Poco tiempo después, falleció su madre. Vivió con sus abuelos y posteriormente en un orfanato.</p>	<p>sido arrojado</p> <ul style="list-style-type: none">• Acuérdate, diles que no me maten, Luvina
---	---

Resultado 3: Actividades planeadas y desarrolladas

Matriz del plan de acción

En atención al objetivo específico número tres se proponen las siguientes estrategias de trabajo en aula con el compendio de cuentos seleccionado con el fin de mejorar la expresión oral y escrita

LOGRO	AUTOR	CUENTO	ACTIVIDADES	TECNICAS	INSTRUMENTO
Acercarse a los estudiantes para determinar como inciden los factores socio-afectivos en su expresión oral y escrita.	Juan José Arreola, Gabriel García Márquez	el rinoceronte un pacto con el diablo la prodigiosa tarde de Baltazar	Los estudiantes escribirán lo que el cuento le aporta a su personalidad	Se realizara lectura con texto, en donde intervendrán cada uno de los estudiantes, mientras uno	Fotocopias

				lee, los demás compañeros siguen la lectura de manera silenciosa.	
Originar que los estudiantes asemejen su vida cotidiana con la literatura	Isabel Allende	siete (Eva Luna)	Comentar las semejanzas que presenta el cuento con la vida familiar, escolar y social.	Lectura silenciosa en clase, en casa investigar	Fotocopias
los estudiantes realicen sus creaciones, imaginen	Juan José Arreola	en verdad os digo	Realizar una hipótesis fantástica: ¿que	Lectura en voz alta, en donde intervendrán	Hojas, fotocopias

y sueñen por medio de cuentos, para luego poderlos expresar a sus compañeros	Gabriel García Márquez	un señor muy viejo con alas enormes la santa	pasaría si....?; una vez terminado socializar.	todos los estudiantes	
Que los estudiantes se den cuenta cuales son los actos violentos	Gabriel García Márquez Juan Rulfo	La increíble y triste historia de la cándida Erendira y su abuela desalmada diles que no me maten	De las historias escuchadas comentar que momentos te desagradaron y que actos de los personajes no compartes.	leer el primer cuento y llevar la atención a escuchar y leer el otro	Grabadora Fotocopias Hojas
que los estudiantes encuentren	Gabriel	el ahogado mas hermoso	en casa investigar,	realizar lectura en clase con	Periódicos Revistas

semejanzas entre su vida cotidiana y la fantasía	García Márquez	del mundo	recortar... noticias o comentar sobre relatos que tengan similitud con la historia escuchada en clase	intervención de todos los estudiantes, mientras los demás realizan lectura silenciosa	Noticias televisivas Relatos de familiares Hojas
Que los estudiantes se enfrenten a un publico	Gabriel García Márquez Juan Rulfo	el avión de la bella durmiente acuérdate	Escoger una de las lecturas realizadas y con ella realizar una dramatización. Después realizar un comentario escrito	leer el primer cuento y Llevar la atención a escuchar y leer el otro	Grabadora Fotocopias Hojas

Que los estudiantes desarrollen su creatividad.	Gabriel García Márquez Juan Rulfo	Espantos de agosto. Luvina.	realizar una ensalada de cuentos (mezcla de historias)	Escuchar atentamente el cuento mientras se hace seguimiento de lectura en silencio	Grabadora Fotocopias Hojas
Que los estudiantes recreen aspectos de su vida cotidiana	Gabriel García Márquez	el verano feliz de la señora forbes la luz es como el agua.	Escoger el cuento que mas allá llamado la atención y realizar una historieta, relacionándolo con aspectos de	Realizar lectura en clase	Colores Hojas Fotocopias

			la cotidianidad		
Que los estudiantes reflexionen sobre su vida y el medio	Gabriel García Márquez	los funerales de la Mama Grande	realizar un análisis psicológico de los personajes, cambiales su nombre por otro mas "sugestivo" y realiza juicios de valor critico frente al cuento	Realizar lectura en clase y en casa	Hojas fotocopias

Resultado 3: Actividades en aula

A continuación se describen las actividades realizadas por los estudiantes del grado octavo en atención al desarrollo del objetivo específico número tres, se anexan los trabajos de los estudiantes (ver anexo C)

ACTIVIDAD No 1

Al desarrollar esta actividad los y las estudiantes en una hoja empezaron a plasmar lo que estos tres cuentos les aportaban a su personalidad; además aportaron diferentes comentarios relacionados con el comportamiento de los personajes.

Los y las estudiantes se pusieron en el lugar de los personajes, tomaron decisiones teniendo en cuenta no solo el bien de ellos, sino también de todos los personajes que hacen parte de la historia.

Además, reflexionaron sobre diferentes aspectos como el valor que tiene el trabajo bien elaborado y realizado con dedicación, el valor de la familia, el amor propio, entre otros.

ACTIVIDAD No 2

Los educandos se identifico mucho con este cuento, algunos hablaron del amor que reflejan los personajes y como de la misma manera, ellos luchan diariamente por encontrar ese amor, otros expresaron como en todos lados se observa el odio, la maldad y la venganza, lo compararon con su barrio, en

donde a cada momento se da lugar a diferentes rencillas entre vecinos y compañeros.

ACTIVIDAD No 3

Al realizar esta actividad los y las estudiantes dejaron volar su imaginación, varios le dieron a las historias en verdad os digo, un señor muy viejo con alas enormes y la santa un final diferente al que le dio su autor, otros por el contrario cambiaron la trama de la historia, todo según sus sentimientos, pensamientos e ilusiones.

ACTIVIDAD No 4

Los y las estudiantes gracias a esta historia se dieron cuenta que tan importante son las decisiones que se toman, cuanto importa los sentimientos. Hicieron hincapié en que nadie puede obligarlos a que su vida tome el rumbo que ellos no desean.

ACTIVIDAD No 5

Con el cuento el ahogado más hermoso del mundo de Gabriel García Márquez los educandos encontraron muchas similitudes con lo que sucede en su entorno. Describieron como en la sociedad existen varias personas de buen corazón que refugian en sus hogares a personas que con el pasar del tiempo llegan hacer parte de su familia.

Otros, narraron que nunca se habían encontrado con una historia similar, sin embargo, la historia hizo que pensaran que pasaría si encontrarán a una persona abandonada, que decisión tomarían.

ACTIVIDAD No 6

Al desarrollar esta actividad el educando en un principio estaba nervioso y a la expectativa de los comentarios de sus compañeros, ninguno de los grupos quería arriesgarse a salir, por lo que hubo la necesidad de sortear la apertura, después de esta se dieron cuenta que sus compañeros aplaudían la buena actuación, por lo que perdieron la timidez y cada momento que pasaba eran mas espontáneos.

ACTIVIDAD No 7

Los estudiantes con los cuentos Espantos de agosto de Gabriel García Márquez y Luvina de Juan Rulfo jugaron e imaginaron, los combinaron de tal manera que con los dos construyeron la historia perfecta. Cada estudiante teniendo diferente punto de vista, pero cada una de las historias construidas fueron fantásticas

ACTIVIDAD No 8

Al desarrollar esta actividad los y las estudiantes interpretaron las historias para después recrearlas con historietas, al comentarlas hicieron alusión a muchos actos que se realizan sin tener en cuenta la opinión de adultos responsables, que muchas veces no se escuchan porque se toman como regaños.

ACTIVIDAD No 9

Con el cuento los funerales de la Mama grande el educando reflexiono sobre aspectos como la avaricia, el interés, el amor fingido. Ellos se pusieron en el lugar de quienes en la historia eran los familiares de la Mama grande criticaron sus acciones y sentimientos.

Catalogaron a los personajes como avaros, codiciosos, sin sentimientos. Hicieron hincapié en que si ellos pasaran por una situación similar no les importaría los bienes materiales con los que cuentan, sino sus sentimientos

6. CONCLUSIONES

Con los y las estudiantes de grado octavo se cumplieron a cabalidad los objetivos específicos que se trazaron, se logró realizar la caracterización gracias a varios talleres y acercamientos; además se quiso fomentar buenos lectores logrando mayor acercamiento a la costumbre de leer, comentar, proponer e indagar.

Lo anterior en atención a que la literatura es un factor muy importante en la vida de un escolar, ya que ofrece no solo conocimiento, sino también distintos parámetros para forjar un sentido de vida. Por lo tanto, Se hace necesario que los docentes tengan mayor contacto con esta, es una necesidad solicitada por los estudiantes, debido a que se dieron cuenta de todo lo que pueden aprender.

Una reafirmación que se logró con el trabajo es que el proceso de enseñanza-aprendizaje necesita revisar y ajustar continuamente la estrategia pedagógica aplicada en el aula para fomentar de los estudiantes mayor atención, e interés por la lectura como proceso formativo tanto dentro como fuera de la Institución Educativa. En consecuencia es preciso y muy importante sea un docente especializado quien atienda el desarrollo pedagógico de la lengua y la literatura en cada institución educativa.

De lo observado es perceptible que la aceptación de los estudiantes hacia la lectura de cuentos es mejor, y cada vez les gusta leer más cuando se involucra en el proceso lector sus gustos, intereses y problemáticas, logrando conjuntamente por esta vía un status para la literatura, decaído entre la población adolescente por la concepción adulta de que se “debe leer” sin más argumento.

La intervención de la escuela, en el acompañamiento de la población adolescente requiere ser más efectiva y personalizada, en relación con el desarrollo adolescente en la exploración de identidades y subjetividades. Este tipo de población estudiantil, vulnerable por su condición social y económica necesita poder ver la escuela como un espacio inclusivo y de oportunidades, en lugar de sentirse más excluidos. Igualmente los docentes que atienden éste tipo de poblaciones requieren de mayor apoyo y formación.

Es claro que lo desarrollado con el trabajo de grado en un contexto como el descrito sugiere seguir profundizando acerca de nuevas preguntas:

¿El proceso de enseñanza aprendizaje, con la población estudiantil descrita favorece que tengan mejor perspectiva y proyección de su futuro,

con una organización escolar menos centrada en la visión estricta de la disciplina?

¿Desarrollar los procesos de lectura y escritura como ejes del PEI transversales a todas las áreas del conocimiento podría mejorar los resultados de los estudiantes en cuanto a nivel académico y desarrollo personal y convivencial?

¿A mayor formación para el compromiso y el ejercicio docente y el gusto por el trabajo en aula, se puede elevar paralelamente con los estudiantes el gusto por aprender y el interés por el conocimiento. La responsabilidad que recae entonces muchas veces en los docentes no tiene que ver más con la estructura, planeación y asignación de recursos al sistema educativo?

BIBLIOGRAFIA

ALLENDE, Isabel (1987). Eva Luna. Bogotá: editorial la oveja negra

DESLAURIERS, Jean-Pierre (2004). La investigación cualitativa: Guía Práctica. Pereira: Editorial papiro.

GARCIA MARQUEZ, Gabriel. cuentos 1947 – 1992: Bogotá: editorial norma

GIANNI, Rodari (1999) Gramática de la fantasía: introducción al arte de inventar historias, traducción Alessandra Merlo. Edición Rendón López. Santa fe de Bogotá: Panamericana editorial

INSTITUCION EDUCATIVA MUNICIPAL, Aurelio Arturo Martínez (2003). Proyecto educativo institucional. San Juan de Pasto

MANTILLA SANCHEZ, Lizette. (2008) Animando a leer. Técnicas para animar la lectura. Bogotá: Magisterio

MINISTERIO DE EDUCACION NACIONAL (1998). Lineamientos curriculares de la lengua castellana. Santa fe de Bogotá: Editorial Nomos impresores

PENNAC, Daniel. Como una novela (2004). Bogotá: Grupo Editorial Norma

PEÑA Gutiérrez, Isaías (1987). Manual de la literatura latinoamericana.

Bogotá: educar editores

ROSENBLATT, Louis (2002) La literatura como exploración. México: Fondo

de Cultura Económica

ROUX, Lía de y TORRE, Carolina. (2005) Mil maneras de leer. Bogotá:

Editorial Cerlalo

<http://www.ciudadseva.com/textos/cuentos/esp/arreola/jja.htm>

<http://www.ciudadseva.com/textos/cuentos/esp/rulfo/jr.htm>

ANEXO 1

PREGUNTAS REALIZADAS A LOS ESTUDIANTES PARA LA CARACTERIZACION

1. Haz una lista de las cosas que te hacen feliz o te guste hacer en las áreas de tu vida (familia, amigos, colegio)
2. haz una lista de las cosas que te hacen sentir mal y no te gustan hacer
3. Realiza un dibujo que para ti represente tu pasado, tu presente y tu futuro. Explica porque.
4. Dibuja el contorno de tu mano, cada dedo pertenecerá a una parte de ti la mente, el cuerpo, lo social, tu emoción y tu identidad. Pasa la hoja a tus compañeros quienes escribirán que cualidades tienes tu frente a estos aspectos. Cuando tengas la hoja otra vez en tus manos responde a las siguientes preguntas:
 - A. ¿Cómo te sentiste describiendo a otras personas?
 - B. ¿estas de acuerdo con las cualidades que tus amigos te pusieron?
5. Enumera las partes de tu cuerpo que mas te gustan y valoras
6. cuenta los bloqueos y tensiones que tienes en tu vida
7. define el sentimiento de alegría
8. escribe como vas a potenciar sentimientos de alegría
9. Que situaciones, acciones y pensamientos te produce alegría
10. define el sentimiento de enfado o ira
11. que situaciones y pensamientos te producen enfado
12. visualización
(hacer que los estudiantes se relajen, cierren los ojos, respiren, se olviden de sus problemas, se coloca música de fondo y se empieza a dirigir diciendo que imaginen todo lo que escuchan)

Te encuentras en un lugar apartado, tranquilo lejos de la bulla de la ciudad, es de noche, el cielo esta muy estrellado, quiero que veas ahí arriba, por encima de tu cabeza, una

estrella muy bonita que esta llena de una luz blanca, una luz blanca preciosa, brillante y resplandeciente. Quiero que veas como esta luz baja hacia ti, como un río hasta que llega a la parte mas alta de tu cabeza. Y ahora, quiero que dejes ingresar esa luz dentro de tu cabeza y la bajes por todo el cuerpo hasta que todo tu cuerpo se llene de esa hermosa luz blanca, siente la luz bajando por tus brazos, hasta el final, hasta que notes que llega a tus manos y que te llena todos los dedos uno a uno. Siente esa luz como te baja por el pecho, por el estomago por el vientre, hasta abajo, y llena tus piernas, y cuando notes que ha llegado, sigue bajándola hasta que llegue a tus pies, siente la luz que inunda los dedos de los pies uno a uno

Gracias a esa luz puedes ver a tu corazón, quiero que mires dentro de él y lo llenes de amor por toda la gente y los animales del mundo. Son amigos tuyos, tonto los pequeños como los grandes. ¿vez como tu corazón se hace cada vez mas grande? Se agranda porque lo tienes lleno de amor, por la gente, por los animales y por ti

Ahora alza la mirada, miras, allá lejos ahí un jardín, camina hacia él, despacio, mientras lo haces observa las cosas que hay a tu alrededor, respira ese aire puro, fresco, vamos, el jardín esta cerca, pero, antes de entrar quiero que mires ese árbol que esta hay fuera, ese árbol se llama árbol de los problemas. Míralo, párese que te saluda, mueve sus hojas suavemente, el es tu amigo, quiero que cuelgues en el árbol cualquier cosa que te preocupe... vamos hazlo, cuelga tus problemas del colegio y de tu vida personal. El árbol los guardara por pequeños o grandes que seanle árbol acepta todo lo que quieres colgar en sus ramas, háblale, tranquilo, el no te juzgara, cuéntale tus aciertos, pero también tus caídas.

Ahora, mira a esa persona sabia que te ha estado esperando pacientemente, el siempre te cuidara y te protegerá. ¿Notas el amor tan especial que esa persona emana hacia ti? O tal vez sea un ángel de la guarda que te envuelve en sus alas doradas y te protege antes de llevarte al jardín. Si es un ángel mira que tiene unas alas muy grandes y suaves, como las plumas todo el mundo tiene un ángel de la guarda cuídalo

- A. ¿que sentimientos despertó en ti el taller?
 - B. ¿como te sentiste a lo largo de la actividad?
 - C. ¿logro vaciar sentimientos o energías negativas?
13. identifica claramente dos malestares en tu vida
14. describe causas que los provocan y cuales son sus consecuencias

15. realiza un graffiti con tu nombre en donde resaltes cualidades y valores de tu personalidad
16. realiza una biografía emocional, para lo que tienes que recordar los momentos de tu vida que creas son los mas significativos

ANEXO 2

EL RINOCERONTE

Juan José Arreola

Durante diez años luché con un rinoceronte; soy la esposa divorciada del juez McBride.

Joshua McBride me poseyó durante diez años con imperioso egoísmo. Conocí sus arrebatos de furor, su ternura momentánea, y en las altas horas de la noche, su lujuria insistente y ceremoniosa.

Renuncié al amor antes de saber lo que era, porque Joshua me demostró con alegatos judiciales que el amor sólo es un cuento que sirve para entretener a las criadas. Me ofreció en cambio su protección de hombre respetable. La protección de un hombre respetable es, según Joshua, la máxima ambición de toda mujer.

Diez años luché cuerpo a cuerpo con el rinoceronte, y mi único triunfo consistió en arrastrarlo al divorcio.

Joshua McBride se ha casado de nuevo, pero esta vez se equivocó en la elección. Buscando otra Elinor, fue a dar con la horma de su zapato. Pamela es romántica y dulce, pero sabe el secreto que ayuda a vencer a los rinocerontes. Joshua McBride ataca de frente, pero no puede volverse con rapidez. Cuando alguien se coloca de pronto a su espalda, tiene que girar en redondo para volver a atacar. Pamela lo ha cogido de la cola, y no lo suelta, y lo zarandea. De tanto girar en redondo, el juez comienza a dar muestras de fatiga, cede y se ablanda. Se ha vuelto más lento y opaco en sus furores; sus prédicas pierden veracidad, como en labios de un actor desconcentrado. Su cólera no sale ya a la superficie. Es como un volcán subterráneo, con Pamela sentada encima, sonriente. Con Joshua, yo naufragaba en el mar; Pamela flota como un barquito de papel en una palangana. Es hija de un pastor prudente y vegetariano que le enseñó la manera de lograr que los tigres se vuelvan también vegetarianos y prudentes.

Hace poco vi a Joshua en la iglesia, oyendo devotamente los oficios dominicales. Está como enjuto y comprimido. Tal parece que Pamela, con sus dos manos frágiles, ha estado

reduciendo su volumen y le ha ido doblando el espinazo. Su palidez de vegetariano le da un suave aspecto de enfermo.

Las personas que visitan a los McBride me cuentan cosas sorprendentes. Hablan de unas comidas incomprensibles, de almuerzos y cenas sin rosbif; me describen a Joshua devorando enormes fuentes de ensalada. Naturalmente, de tales alimentos no puede extraer las calorías que daban auge a sus antiguas cóleras. Sus platos favoritos han sido metódicamente alterados o suprimidos por implacables y adustas cocineras. El patagrás y el gorgonzola no envuelven ya el roble ahumado del comedor en su untuosa pestilencia. Han sido reemplazados por insípidas cremas y quesos inodoros que Joshua come en silencio, como un niño castigado. Pamela, siempre amable y sonriente, apaga el habano de Joshua a la mitad, raciona el tabaco de su pipa y restringe su whisky.

Esto es lo que me cuentan. Me place imaginarlos a los dos solos, cenando en la mesa angosta y larga, bajo la luz fría de los candelabros. Vigilado por la sabia Pamela, Joshua el glotón absorbe colérico sus livianos manjares. Pero sobre todo, me gusta imaginar al rinoceronte en pantuflas, con el gran cuerpo informe bajo la bata, llamando en las altas horas de la noche, tímido y persistente, ante una puerta obstinada.

EN VERDAD OS DIGO

Juan José Arreola

Todas las personas interesadas en que el camello pase por el ojo de la aguja, deben inscribir su nombre en la lista de patrocinadores del experimento Niklaus.

Desprendido de un grupo de sabios mortíferos, de esos que manipulan el uranio, el cobalto y el hidrógeno, Arpad Niklaus deriva sus investigaciones actuales a un fin caritativo y radicalmente humanitario: la salvación del alma de los ricos.

Propone un plan científico para desintegrar un camello y hacerlo que pase en chorro de electrones por el ojo de una aguja. Un aparato receptor (muy semejante en principio a la pantalla de televisión) organizará los electrones en átomos, los átomos en moléculas y las moléculas en células, reconstruyendo inmediatamente el camello según su esquema primitivo. Niklaus ya logró cambiar de sitio, sin tocarla, una gota de agua pesada. También ha podido evaluar, hasta donde lo permite la discreción de la materia, la energía cuántica

que dispara una pezuña de camello. Nos parece inútil abrumar aquí al lector con esa cifra astronómica.

La única dificultad sería en que tropieza el profesor Niklaus es la carencia de una planta atómica propia. Tales instalaciones, extensas como ciudades, son increíblemente caras. Pero un comité especial se ocupa ya en solventar el problema económico mediante una colecta universal. Las primeras aportaciones, todavía un poco tímidas, sirven para costear la edición de millares de folletos, bonos y prospectos explicativos, así como para asegurar al profesor Niklaus el modesto salario que le permite proseguir sus cálculos e investigaciones teóricas, en tanto se edifican los inmensos laboratorios.

En la hora presente, el comité sólo cuenta con el camello y la aguja. Como las sociedades protectoras de animales aprueban el proyecto, que es inofensivo y hasta saludable para cualquier camello (Niklaus habla de una probable regeneración de todas las células), los parques zoológicos del país han ofrecido una verdadera caravana. Nueva York no ha vacilado en exponer su famosísimo dromedario blanco.

Por lo que toca a la aguja, Arpad Niklaus se muestra muy orgulloso, y la considera piedra angular de la experiencia. No es una aguja cualquiera, sino un maravilloso objeto dado a luz por su laborioso talento. A primera vista podría ser confundida con una aguja común y corriente. La señora Niklaus, dando muestra de fino humor, se complace en zurcir con ella la ropa de su marido. Pero su valor es infinito. Está hecha de un portentoso metal todavía no clasificado, cuyo símbolo químico, apenas insinuado por Niklaus, parece dar a entender que se trata de un cuerpo compuesto exclusivamente de isótopos de níquel. Esta sustancia misteriosa ha dado mucho que pensar a los hombres de ciencia. No ha faltado quien sostenga la hipótesis risible de un osmio sintético o de un molibdeno aberrante, o quien se atreva a proclamar públicamente las palabras de un profesor envidioso que aseguró haber reconocido el metal de Niklaus bajo la forma de pequeñísimos grumos cristalinos enquistados en densas masas de siderita. Lo que se sabe a ciencia cierta es que la aguja de Niklaus puede resistir la fricción de un chorro de electrones a velocidad ultracósmica.

En una de esas explicaciones tan gratas a los abstrusos matemáticos, el profesor Niklaus compara el camello en tránsito con un hilo de araña. Nos dice que si aprovecháramos ese hilo para tejer una tela, nos haría falta todo el espacio sideral para extenderla, y que las estrellas visibles e invisibles quedarían allí prendidas como briznas de rocío. La madeja en

cuestión mide millones de años luz, y Niklaus ofrece devanarla en unos tres quintos de segundo.

Como puede verse, el proyecto es del todo viable y hasta diríamos que peca de científico. Cuenta ya con la simpatía y el apoyo moral (todavía no confirmado oficialmente) de la Liga Interplanetaria que preside en Londres el eminente Olaf Stapledon.

En vista de la natural expectación y ansiedad que ha provocado en todas partes la oferta de Niklaus, el comité manifiesta un especial interés llamando la atención de todos los poderosos de la tierra, a fin de que no se dejen sorprender por los charlatanes que están pasando camellos muertos a través de sutiles orificios. Estos individuos, que no titubean en llamarse hombres de ciencia, son simples estafadores a caza de esperanzados incautos. Proceden de un modo sumamente vulgar, disolviendo el camello en soluciones cada vez más ligeras de ácido sulfúrico. Luego destilan el líquido por el ojo de la aguja, mediante una clepsidra de vapor, y creen haber realizado el milagro. Como puede verse, el experimento es inútil y de nada sirve financiarlo. El camello debe estar vivo antes y después del imposible traslado.

En vez de derretir toneladas de cirios y de gastar dinero en indescifrables obras de caridad, las personas interesadas en la vida eterna que posean un capital estorbo, deben patrocinar la desintegración del camello, que es científica, vistosa y en último término lucrativa. Hablar de generosidad en un caso semejante resulta del todo innecesario. Hay que cerrar los ojos y abrir la bolsa con amplitud, a sabiendas de que todos los gastos serán cubiertos a prorrata. El premio será igual para todos los contribuyentes: lo que urge es aproximar lo más que sea posible la fecha de entrega.

El monto del capital necesario no podrá ser conocido hasta el imprevisible final, y el profesor Niklaus, con toda honestidad, se niega a trabajar con un presupuesto que no sea fundamentalmente elástico. Los suscriptores deben cubrir con paciencia y durante años, sus cuotas de inversión. Hay necesidad de contratar millares de técnicos, gerentes y obreros. Deben fundarse subcomités regionales y nacionales. Y el estatuto de un colegio de sucesores del profesor Niklaus, no tan sólo debe ser previsto, sino presupuesto en detalle, ya que la tentativa puede extenderse razonablemente durante varias generaciones. A este respecto no está de más señalar la edad proyectada del sabio Niklaus.

Como todos los propósitos humanos, el experimento Niklaus ofrece dos probables resultados: el fracaso y el éxito. Además de simplificar el problema de la salvación personal, el éxito de Niklaus convertirá a los empresarios de tan mística experiencia en accionistas de una fabulosa compañía de transportes. Será muy fácil desarrollar la desintegración de los seres humanos de un modo práctico y económico. Los hombres del mañana viajarán a través de grandes distancias, en un instante y sin peligro, disueltos en ráfagas electrónicas.

Pero la posibilidad de un fracaso es todavía más halagadora. Si Arpad Niklaus es un fabricante de quimeras y a su muerte le sigue toda una estirpe de impostores, su obra humanitaria no hará sino aumentar en grandeza, como una progresión geométrica, o como el tejido de pollo cultivado por Carrel. Nada impedirá que pase a la historia como el glorioso fundador de la desintegración universal de capitales. Y los ricos, empobrecidos en serie por las agotadoras inversiones, entrarán fácilmente al reino de los cielos por la puerta estrecha (el ojo de la aguja), aunque el camello no pase.

UN PACTO CON EL DIABLO

Juan José Arreola

Aunque me di prisa y llegué al cine corriendo, la película había comenzado. En el salón oscuro traté de encontrar un sitio. Quedé junto a un hombre de aspecto distinguido.

-Perdone usted -le dije-, ¿no podría contarme brevemente lo que ha ocurrido en la pantalla?

-Sí. Daniel Brown, a quien ve usted allí, ha hecho un pacto con el diablo.

-Gracias. Ahora quiero saber las condiciones del pacto: ¿podría explicármelas?

-Con mucho gusto. El diablo se compromete a proporcionar la riqueza a Daniel Brown durante siete años. Naturalmente, a cambio de su alma.

-¿Siete nomás?

-El contrato puede renovarse. No hace mucho, Daniel Brown lo firmó con un poco de sangre.

Yo podía completar con estos datos el argumento de la película. Eran suficientes, pero quise saber algo más. El complaciente desconocido parecía ser hombre de criterio. En tanto que Daniel Brown se embolsaba una buena cantidad de monedas de oro, pregunté:

-En su concepto, ¿quién de los dos se ha comprometido más?

-El diablo.

-¿Cómo es eso? -repliqué sorprendido.

-El alma de Daniel Brown, créame usted, no valía gran cosa en el momento en que la cedió.

-Entonces el diablo...

-Va a salir muy perjudicado en el negocio, porque Daniel se manifiesta muy deseoso de dinero, mírelo usted.

Efectivamente, Brown gastaba el dinero a puñados. Su alma de campesino se desquiciaba. Con ojos de reproche, mi vecino añadió:

-Ya llegarás al séptimo año, ya.

Tuve un estremecimiento. Daniel Brown me inspiraba simpatía. No pude menos de preguntar:

-Usted, perdóneme, ¿no se ha encontrado pobre alguna vez?

El perfil de mi vecino, esfumado en la oscuridad, sonrió débilmente. Apartó los ojos de la pantalla donde ya Daniel Brown comenzaba a sentir remordimientos y dijo sin mirarme:

-Ignoro en qué consiste la pobreza, ¿sabe usted?

-Siendo así...

-En cambio, sé muy bien lo que puede hacerse en siete años de riqueza.

Hice un esfuerzo para comprender lo que serían esos años, y vi la imagen de Paulina, sonriente, con un traje nuevo y rodeada de cosas hermosas. Esta imagen dio origen a otros pensamientos:

-Usted acaba de decirme que el alma de Daniel Brown no valía nada: ¿cómo, pues, el diablo le ha dado tanto?

-El alma de ese pobre muchacho puede mejorar, los remordimientos pueden hacerla crecer -contestó filosóficamente mi vecino, agregando luego con malicia-: entonces el diablo no habrá perdido su tiempo.

-¿Y si Daniel se arrepiente?...

Mi interlocutor pareció disgustado por la piedad que yo manifestaba. Hizo un movimiento como para hablar, pero solamente salió de su boca un pequeño sonido gutural. Yo insistí:

-Porque Daniel Brown podría arrepentirse, y entonces...

-No sería la primera vez que al diablo le salieran mal estas cosas. Algunos se le han ido ya de las manos a pesar del contrato.

-Realmente es muy poco honrado -dije, sin darme cuenta.

-¿Qué dice usted?

-Si el diablo cumple, con mayor razón debe el hombre cumplir -añadí como para explicarme.

-Por ejemplo... -y mi vecino hizo una pausa llena de interés.

-Aquí está Daniel Brown -contesté-. Adora a su mujer. Mire usted la casa que le compró. Por amor ha dado su alma y debe cumplir.

A mi compañero le desconcertaron mucho estas razones.

-Perdóneme -dijo-, hace un instante usted estaba de parte de Daniel.

-Y sigo de su parte. Pero debe cumplir.

-Usted, ¿cumpliría?

No pude responder. En la pantalla, Daniel Brown se hallaba sombrío. La opulencia no bastaba para hacerle olvidar su vida sencilla de campesino. Su casa era grande y lujosa, pero extrañamente triste. A su mujer le sentaban mal las galas y las alhajas. ¡Parecía tan cambiada!

Los años transcurrían veloces y las monedas saltaban rápidas de las manos de Daniel, como antaño la semilla. Pero tras él, en lugar de plantas, crecían tristezas, remordimientos.

Hice un esfuerzo y dije:

-Daniel debe cumplir. Yo también cumpliría. Nada existe peor que la pobreza. Se ha sacrificado por su mujer, lo demás no importa.

-Dice usted bien. Usted comprende porque también tiene mujer, ¿no es cierto?

-Daría cualquier cosa porque nada le faltase a Paulina.

-¿Su alma?

Hablábamos en voz baja. Sin embargo, las personas que nos rodeaban parecían molestas. Varias veces nos habían pedido que calláramos. Mi amigo, que parecía vivamente interesado en la conversación, me dijo:

-¿No quiere usted que salgamos a uno de los pasillos? Podremos ver más tarde la película.

No pude rehusar y salimos. Miré por última vez a la pantalla: Daniel Brown confesaba llorando a su mujer el pacto que había hecho con el diablo.

Yo seguía pensando en Paulina, en la desesperante estrechez en que vivíamos, en la pobreza que ella soportaba dulcemente y que me hacía sufrir mucho más. Decididamente, no comprendía yo a Daniel Brown, que lloraba con los bolsillos repletos.

-Usted, ¿es pobre?

Habíamos atravesado el salón y entrábamos en un angosto pasillo, oscuro y con un leve olor de humedad. Al trasponer la cortina gastada, mi acompañante volvió a preguntarme:

-Usted, ¿es muy pobre?

-En este día -le contesté-, las entradas al cine cuestan más baratas que de ordinario y, sin embargo, si supiera usted qué lucha para decidirme a gastar ese dinero. Paulina se ha empeñado en que viniera; precisamente por discutir con ella llegué tarde al cine.

-Entonces, un hombre que resuelve sus problemas tal como lo hizo Daniel, ¿qué concepto le merece?

-Es cosa de pensarlo. Mis asuntos marchan muy mal. Las personas ya no se cuidan de vestirse. Van de cualquier modo. Reparar sus trajes, los limpian, los arreglan una y otra vez. Paulina misma sabe entenderse muy bien. Hace combinaciones y añadidos, se improvisa trajes; lo cierto es que desde hace mucho tiempo no tiene un vestido nuevo.

-Le prometo hacerme su cliente -dijo mi interlocutor, compadecido-; en esta semana le encargaré un par de trajes.

-Gracias. Tenía razón Paulina al pedirme que viniera al cine; cuando sepa esto va a ponerse contenta.

-Podría hacer algo más por usted -añadió el nuevo cliente-; por ejemplo, me gustaría proponerle un negocio, hacerle una compra...

-Perdón -contesté con rapidez-, no tenemos ya nada para vender: lo último, unos aretes de Paulina...

-Piense usted bien, hay algo que quizás olvida...

Hice como que meditaba un poco. Hubo una pausa que mi benefactor interrumpió con voz extraña:

-Reflexione usted. Mire, allí tiene usted a Daniel Brown. Poco antes de que usted llegara, no tenía nada para vender, y, sin embargo...

Noté, de pronto, que el rostro de aquel hombre se hacía más agudo. La luz roja de un letrero puesto en la pared daba a sus ojos un fulgor extraño, como fuego. Él advirtió mi turbación y dijo con voz clara y distinta:

-A estas alturas, señor mío, resulta por demás una presentación. Estoy completamente a sus órdenes.

Hice instintivamente la señal de la cruz con mi mano derecha, pero sin sacarla del bolsillo. Esto pareció quitar al signo su virtud, porque el diablo, componiendo el nudo de su corbata, dijo con toda calma:

-Aquí, en la cartera, llevo un documento que...

Yo estaba perplejo. Volvía a ver a Paulina de pie en el umbral de la casa, con su traje gracioso y desteñido, en la actitud en que se hallaba cuando salí: el rostro inclinado y sonriente, las manos ocultas en los pequeños bolsillos de su delantal. Pensé que nuestra fortuna estaba en mis manos. Esta noche apenas si teníamos algo para comer. Mañana habría manjares sobre la mesa. Y también vestidos y joyas, y una casa grande y hermosa. ¿El alma?

Mientras me hallaba sumido en tales pensamientos, el diablo había sacado un pliego crujiente y en una de sus manos brillaba una aguja.

"Daría cualquier cosa porque nada te faltara." Esto lo había dicho yo muchas veces a mi mujer. Cualquier cosa. ¿El alma? Ahora estaba frente a mí el que podía hacer efectivas mis palabras. Pero yo seguía meditando. Dudaba. Sentía una especie de vértigo. Bruscamente, me decidí:

-Trato hecho. Sólo pongo una condición.

El diablo, que ya trataba de pinchar mi brazo con su aguja, pareció desconcertado:

-¿Qué condición?

-Me gustaría ver el final de la película -contesté.

-¡Pero qué le importa a usted lo que ocurra a ese imbécil de Daniel Brown! Además, eso es un cuento. Déjelo usted y firme, el documento está en regla, sólo hace falta su firma, aquí sobre esta raya.

La voz del diablo era insinuante, ladina, como un sonido de monedas de oro. Añadió:

-Si usted gusta, puedo hacerle ahora mismo un anticipo.

Parecía un comerciante astuto. Yo repuse con energía:

-Necesito ver el final de la película. Después firmaré.

-¿Me da usted su palabra?

-Sí.

Entramos de nuevo en el salón. Yo no veía en absoluto, pero mi guía supo hallar fácilmente dos asientos.

En la pantalla, es decir, en la vida de Daniel Brown, se había operado un cambio sorprendente, debido a no sé qué misteriosas circunstancias.

Una casa campesina, destartada y pobre. La mujer de Brown estaba junto al fuego, preparando la comida. Era el crepúsculo y Daniel volvía del campo con la azada al hombro. Sudoroso, fatigado, con su burdo traje lleno de polvo, parecía, sin embargo, dichoso.

Apoyado en la azada, permaneció junto a la puerta. Su mujer se le acercó, sonriendo. Los dos contemplaron el día que se acababa dulcemente, prometiendo la paz y el descanso de la noche. Daniel miró con ternura a su esposa, y recorriendo luego con los ojos la limpia pobreza de la casa, preguntó:

-Pero, ¿no echas tú de menos nuestra pasada riqueza? ¿Es que no te hacen falta todas las cosas que teníamos?

La mujer respondió lentamente:

-Tu alma vale más que todo eso, Daniel...

El rostro del campesino se fue iluminando, su sonrisa parecía extenderse, llenar toda la casa, salir del paisaje. Una música surgió de esa sonrisa y parecía disolver poco a poco las imágenes. Entonces, de la casa dichosa y pobre de Daniel Brown brotaron tres letras blancas que fueron creciendo, creciendo, hasta llenar toda la pantalla.

Sin saber cómo, me hallé de pronto en medio del tumulto que salía de la sala, empujando, atropellando, abriéndome paso con violencia. Alguien me cogió de un brazo y trató de sujetarme. Con gran energía me solté, y pronto salí a la calle.

Era de noche. Me puse a caminar de prisa, cada vez más de prisa, hasta que acabé por echar a correr. No volví la cabeza ni me detuve hasta que llegué a mi casa. Entré lo más tranquilamente que pude y cerré la puerta con cuidado.

Paulina me esperaba.

Echándome los brazos al cuello, me dijo:

-Pareces agitado.

-No, nada, es que...

-¿No te ha gustado la película?

-Sí, pero...

Yo me hallaba turbado. Me llevé las manos a los ojos. Paulina se quedó mirándome, y luego, sin poderse contener, comenzó a reír, a reír alegremente de mí, que deslumbrado y confuso me había quedado sin saber qué decir. En medio de su risa, exclamó con festivo reproche:

-¿Es posible que te hayas dormido?

Estas palabras me tranquilizaron. Me señalaron un rumbo. Como avergonzado, contesté:

-Es verdad, me he dormido.

Y luego, en son de disculpa, añadí:

-Tuve un sueño, y voy a contártelo.

Cuando acabé mi relato, Paulina me dijo que era la mejor película que yo podía haberle contado. Parecía contenta y se rió mucho.

Sin embargo, cuando yo me acostaba, pude ver cómo ella, sigilosamente, trazaba con un poco de ceniza la señal de la cruz sobre el umbral de nuestra casa.

UN SEÑOR MUY VIEJO CON UNAS ALAS ENORMES

Gabriel García Márquez

AL TERCER DIA de lluvia habían matado tantos cangrejos dentro de la casa, que Pelayo tuvo que atravesar su patio anegado para tirarlos al mar, pues el niño recién nacido había pasado la noche con calenturas y se pensaba que era causa de la pestilencia. El mundo estaba triste desde el martes. El cielo y el mar eran una misma cosa de ceniza, y las arenas de la playa, que en marzo fulguraban como polvo de lumbre, se habían convertido en un caldo de lodo y mariscos podridos. La luz era tan mansa al mediodía, que cuando Pelayo regresaba a la casa después de haber tirado los cangrejos, le costó trabajo ver qué era lo que se movía y se quejaba en el fondo del patio. Tuvo que acercarse mucho para descubrir que era un hombre viejo, que estaba tumbado boca abajo en el lodazal, y a pesar de sus grandes esfuerzos no podía levantarse, porque se lo impedían sus enormes alas.

Asustado por aquella pesadilla, Pelayo corrió en busca de Elisenda, su mujer, que estaba poniéndole compresas al niño enfermo, y la llevó hasta el fondo del patio. Ambos observaron el cuerpo caído con un callado estupor. Estaba vestido como un traperero. Le quedaban apenas unas hilachas descoloridas en el cráneo pelado y muy pocos dientes en la boca, y su lastimosa condición de bisabuelo ensopado lo había desprovisto de toda grandeza. Sus alas de gallinazo grande, sucias y medio desplumadas, estaban encalladas para siempre en el lodazal. Tanto lo observaron, y con tanta atención, que Pelayo y Elisenda se sobrepusieron muy pronto del asombro y acabaron por encontrarlo familiar. Entonces se atrevieron a hablarle, y él les contestó en un dialecto incomprensible pero con una buena voz de navegante. Fue así como pasaron por alto el inconveniente de las alas, y concluyeron con muy buen juicio que era un náufrago solitario de alguna nave extranjera abatida por el temporal. Sin embargo, llamaron para que lo viera a una vecina que sabía todas las cosas de la vida y la muerte, y a ella le bastó con una mirada para sacarlos del error.

— Es un ángel —les dijo—. Seguro que venía por el niño, pero el pobre está tan viejo que lo ha tumbado la lluvia.

Al día siguiente todo el mundo sabía que en casa de Pelayo tenían cautivo un ángel de carne y hueso. Contra el criterio de la vecina sabia, para quien los ángeles de estos tiempos eran sobrevivientes fugitivos de una conspiración celestial, no habían tenido corazón para matarlo a palos. Pelayo estuvo vigilándolo toda la tarde desde la cocina, armado con un garrote de alguacil, y antes de acostarse lo sacó a rastras del lodazal y lo encerró con las gallinas en el gallinero alumbrado. A media noche, cuando terminó la lluvia, Pelayo y Elisenda seguían matando cangrejos. Poco después el niño despertó sin fiebre y con deseos de comer. Entonces se sintieron magnánimos y decidieron poner al ángel en una balsa con agua dulce y provisiones para tres días, y abandonarlo a su suerte en altamar. Pero cuando salieron al patio con las primeras luces, encontraron a todo el vecindario frente al gallinero, retozando con el ángel sin la menor devoción y echándole cosas de comer por los huecos de las alambradas, como si no fuera una criatura sobrenatural sino un animal de circo.

El padre Gonzaga llegó antes de las siete alarmado por la desproporción de la noticia. A esa hora ya habían acudido curiosos menos frívolos que los del amanecer, y habían hecho toda clase de conjeturas sobre el porvenir del cautivo. Los más simples pensaban que sería nombrado alcalde del mundo. Otros, de espíritu más áspero, suponían que sería ascendido a general de cinco estrellas para que ganara todas las guerras. Algunos visionarios esperaban que fuera conservado como semental para implantar en la tierra una estirpe de hombres alados y sabios que se hicieran cargo del Universo. Pero el padre Gonzaga, antes de ser cura, había sido leñador macizo. Asomado a las alambradas repasó un instante su catecismo, y todavía pidió que le abrieran la puerta para examinar de cerca de aquel varón de lástima que más parecía una enorme gallina decrepita entre las gallinas absortas. Estaba echado en un rincón, secándose al sol las alas extendidas, entre las cáscaras de fruta y las sobras de desayunos que le habían tirado los madrugadores. Ajeno a las impertinencias del mundo, apenas si levantó sus ojos de anticuario y murmuró algo en su dialecto cuando el padre Gonzaga entró en el gallinero y le dio los buenos días en latín. El párroco tuvo la primera sospecha de impostura al comprobar que no entendía la lengua de Dios ni sabía saludar a sus ministros. Luego observó que visto de cerca resultaba demasiado humano: tenía un insoportable olor de intemperie, el revés de las alas sembrado de algas parasitarias y las plumas mayores maltratadas por vientos terrestres, y nada de su naturaleza miserable estaba de acuerdo con la egregia dignidad de los ángeles. Entonces abandonó el gallinero, y con un breve sermón previno a los curiosos contra los riesgos de la ingenuidad. Les recordó

que el demonio tenía la mala costumbre de recurrir a artificios de carnaval para confundir a los incautos. Argumentó que si las alas no eran el elemento esencial para determinar las diferencias entre un gavilán y un aeroplano, mucho menos podían serlo para reconocer a los ángeles. Sin embargo, prometió escribir una carta a su obispo, para que éste escribiera otra al Sumo Pontífice, de modo que el veredicto final viniera de los tribunales más altos.

Su prudencia cayó en corazones estériles. La noticia del ángel cautivo se divulgó con tanta rapidez, que al cabo de pocas horas había en el patio un alboroto de mercado, y tuvieron que llevar la tropa con bayonetas para espantar el tumulto que ya estaba a punto de tumbar la casa. Elisenda, con el espinazo torcido de tanto barrer basura de feria, tuvo entonces la buena idea de tapiar el patio y cobrar cinco centavos por la entrada para ver al ángel.

Vinieron curiosos hasta de la Martinica. Vino una feria ambulante con un acróbata volador, que pasó zumbando varias veces por encima de la muchedumbre, pero nadie le hizo caso porque sus alas no eran de ángel sino de murciélago sideral. Vinieron en busca de salud los enfermos más desdichados del Caribe: una pobre mujer que desde niña estaba contando los latidos de su corazón y ya no le alcanzaban los números, un jamaicano que no podía dormir porque lo atormentaba el ruido de las estrellas, un sonámbulo que se levantaba de noche a deshacer dormido las cosas que había hecho despierto, y muchos otros de menor gravedad. En medio de aquel desorden de naufragio que hacía temblar la tierra, Pelayo y Elisenda estaban felices de cansancio, porque en menos de una semana atiborraron de plata los dormitorios, y todavía la fila de peregrinos que esperaban su turno para entrar llegaba hasta el otro lado del horizonte.

El ángel era el único que no participaba de su propio acontecimiento. El tiempo se le iba buscando acomodo en su nido prestado, aturdido por el calor de infierno de las lámparas de aceite y las velas de sacrificio que le arrimaban a las alambradas. Al principio trataron de que comiera cristales de alcanfor, que, de acuerdo con la sabiduría de la vecina sabia, era el alimento específico de los ángeles. Pero él los despreciaba, como despreció sin probarlos los almuerzos papales que le llevaban los penitentes, y nunca se supo si fue por ángel o por viejo que terminó comiendo nada más que papillas de berenjena. Su única virtud sobrenatural parecía ser la paciencia. Sobre todo en los primeros tiempos, cuando le picoteaban las gallinas en busca de los parásitos estelares que proliferaban en sus alas, y los baldados le arrancaban plumas para tocarse con ellas sus defectos, y hasta los más piadosos le tiraban piedras tratando de que se levantara para verlo de cuerpo entero. La única vez que consiguieron alterarlo fue cuando le abrasaron el costado con un hierro de

marcar novillos, porque llevaba tantas horas de estar inmóvil que lo creyeron muerto. Despertó sobresaltado, despoticando en lengua hermética y con los ojos en lágrimas, y dio un par de aletazos que provocaron un remolino de estiércol de gallinero y polvo lunar, y un ventarrón de pánico que no parecía de este mundo. Aunque muchos creyeron que su reacción no había sido de rabia sino de dolor, desde entonces se cuidaron de no molestarlo, porque la mayoría entendió que su pasividad no era la de un héroe en uso de buen retiro sino la de un cataclismo en reposo.

El padre Gonzaga se enfrentó a la frivolidad de la muchedumbre con fórmulas de inspiración doméstica, mientras le llegaba un juicio terminante sobre la naturaleza del cautivo. Pero el correo de Roma había perdido la noción de la urgencia. El tiempo se les iba en averiguar si el convicto tenía ombligo, si su dialecto tenía algo que ver con el arameo, si podía caber muchas veces en la punta de un alfiler, o si no sería simplemente un noruego con alas. Aquellas cartas de parsimonia habrían ido y venido hasta el fin de los siglos, si un acontecimiento providencial no hubiera puesto término a las tribulaciones del párroco.

Sucedió que por esos días, entre muchas otras atracciones de las ferias errantes del Caribe, llevaron al pueblo el espectáculo triste de la mujer que se había convertido en araña por desobedecer a sus padres. La entrada para verla no sólo costaba menos que la entrada para ver al ángel, sino que permitían hacerle toda clase de preguntas sobre su absurda condición, y examinarla al derecho y al revés, de modo que nadie pusiera en duda la verdad del horror. Era una tarántula espantosa del tamaño de un carnero y con la cabeza de una doncella triste. Pero lo más desgarrador no era su figura de disparate, sino la sincera aflicción con que contaba los pormenores de su desgracia: siendo casi una niña se había escapado de la casa de sus padres para ir a un baile, y cuando regresaba por el bosque después de haber bailado toda la noche sin permiso, un trueno pavoroso abrió el cielo en dos mitades, y por aquella grieta salió el relámpago de azufre que la convirtió en araña. Su único alimento eran las bolitas de carne molida que las almas caritativas quisieran echarle en la boca. Semejante espectáculo, cargado de tanta verdad humana y de tan temible escarmiento, tenía que derrotar sin proponérselo al de un ángel despectivo que apenas si se dignaba mirar a los mortales. Además los escasos milagros que se le atribuían al ángel revelaban un cierto desorden mental, como el del ciego que no recobró la visión pero le salieron tres dientes nuevos, y el del paralítico que no pudo andar pero estuvo a punto de ganarse la lotería, y el del leproso a quien le nacieron girasoles en las heridas. Aquellos milagros de consolación que más bien parecían entretenimientos de burla, habían quebrantado ya la reputación del ángel cuando la mujer convertida en araña terminó de

aniquilarla. Fue así como el padre Gonzaga se curó para siempre del insomnio, y el patio de Pelayo volvió a quedar tan solitario como en los tiempos en que llovió tres días y los cangrejos caminaban por los dormitorios.

Los dueños de la casa no tuvieron nada que lamentar. Con el dinero recaudado construyeron una mansión de dos plantas, con balcones y jardines, y con sardineles muy altos para que no se metieran los cangrejos del invierno, y con barras de hierro en las ventanas para que no se metieran los ángeles. Pelayo estableció además un criadero de conejos muy cerca del pueblo y renunció para siempre a su mal empleo de alguacil, y Elisenda se compró unas zapatillas satinadas de tacones altos y muchos vestidos de seda tornasol, de los que usaban las señoras más codiciadas en los domingos de aquellos tiempos. El gallinero fue lo único que no mereció atención. Si alguna vez lo lavaron con creolina y quemaron las lágrimas de mirra en su interior, no fue por hacerle honor al ángel, sino por conjurar la pestilencia de muladar que ya andaba como un fantasma por todas partes y estaba volviendo vieja la casa nueva. Al principio, cuando el niño aprendió a caminar, se cuidaron de que no estuviera cerca del gallinero. Pero luego se fueron olvidando del temor y acostumbándose a la peste, y antes de que el niño mudara los dientes se había metido a jugar dentro del gallinero, cuyas alambradas podridas se caían a pedazos. El ángel no fue menos displicente con él que con el resto de los mortales, pero soportaba las infamias más ingeniosas con una mansedumbre de perro sin ilusiones. Ambos contrajeron la varicela al mismo tiempo. El médico que atendió al niño no resistió la tentación de auscultar al ángel, y encontró tantos soplos en el corazón y tantos ruidos en los riñones, que no le pareció posible que estuviera vivo. Lo que más le asombró, sin embargo, fue la lógica de sus alas. Resultaban tan naturales en aquel organismo completamente humano, que no podía entender por qué no las tenían también los otros hombres.

Cuando el niño fue a la escuela, hacía mucho tiempo que el sol y la lluvia habían desbaratado el gallinero. El ángel andaba arrastrándose por acá y por allá como un moribundo sin dueño. Lo sacaban a escobazos de un dormitorio y un momento después lo encontraban en la cocina. Parecía estar en tantos lugares al mismo tiempo, que llegaron a pensar que se desdoblaba, que se repetía a sí mismo por toda la casa, y la exasperada Elisenda gritaba fuera de quicio que era una desgracia vivir en aquel infierno lleno de ángeles. Apenas si podía comer, sus ojos de anticuario se le habían vuelto tan turbios que andaba tropezando con los horcones, y ya no le quedaban sino las cánulas peladas de las últimas plumas. Pelayo le echó encima una manta y le hizo la caridad de dejarlo dormir en el cobertizo, y sólo entonces advirtieron que pasaba la noche con calenturas delirantes en

trabalenguas de noruego viejo. Fue esa una de las pocas veces en que se alarmaron, porque pensaban que se iba a morir, y ni siquiera la vecina sabia había podido decirles qué se hacía con los ángeles muertos.

Sin embargo, no sólo sobrevivió a su peor invierno, sino que pareció mejor con los primeros soles. Se quedó inmóvil muchos días en el rincón más apartado del patio, donde nadie lo viera, y a principios de diciembre empezaron a nacerle en las alas unas plumas grandes y duras, plumas de pajarraco viejo, que más bien parecían un nuevo percance de la decrepitud. Pero él debía conocer la razón de estos cambios, porque se cuidaba muy bien de que nadie los notara, y de que nadie oyera las canciones de navegantes que a veces cantaba bajo las estrellas. Una mañana, Elisenda estaba cortando rebanadas de cebolla para el almuerzo, cuando un viento que parecía de alta mar se metió en la cocina. Entonces se asomó por la ventana, y sorprendió al ángel en las primeras tentativas del vuelo. Eran tan torpes, que abrió con las uñas un surco de arado en las hortalizas y estuvo a punto de desbaratar el cobertizo con aquellos aletazos indignos que resbalaban en la luz y no encontraban asidero en el aire. Pero logró ganar altura. Elisenda exhaló un suspiro de descanso, por ella y por él, cuando lo vio pasar por encima de las últimas casas, sustentándose de cualquier modo con un azaroso aleteo de buitre senil. Siguió viéndolo hasta cuando acabó de cortar la cebolla, y siguió viéndolo hasta cuando ya no era posible que lo pudiera ver, porque entonces ya no era un estorbo en su vida, sino un punto imaginario en el horizonte del mar.

EL AHOGADO MAS HERMOSO DEL MUNDO

GABRIEL GARCÍA MÁRQUEZ

LOS PRIMEROS NIÑOS que vieron el promontorio oscuro y sigiloso que se acercaba por el mar, se hicieron la ilusión de que era un barco enemigo. Después vieron que no llevaba banderas ni arboladura, y pensaron que fuera una ballena. Pero cuando quedó varado en la playa le quitaron los matorrales de sargazos, los filamentos de medusas y los restos de cardúmenes y naufragios que llevaba encima, y sólo entonces descubrieron que era un ahogado.

Habían jugado con él toda la tarde, enterrándolo y desenterrándolo en la arena, cuando alguien los vio por casualidad y dio la voz de alarma en el pueblo. Los hombres que lo cargaron hasta la casa más próxima notaron que pesaba más que todos los muertos conocidos, casi tanto como un caballo, y se dijeron que tal vez había estado demasiado tiempo a la deriva y el agua se le había metido dentro de los huesos. Cuando lo tendieron en

el suelo vieron que había sido mucho más grande que todos los hombres, pues apenas si cabía en la casa, pero pensaron que tal vez la facultad de seguir creciendo después de la muerte estaba en la naturaleza de ciertos ahogados. Tenía el olor del mar, y sólo la forma permitía suponer que era el cadáver de un ser humano, porque su piel estaba revestida de una coraza de rémora y de lodo.

No tuvieron que limpiarle la cara para saber que era un muerto ajeno. El pueblo tenía apenas unas veinte casas de tablas, con patios de piedras sin flores, desperdigadas en el extremo de un cabo desértico. La tierra era tan escasa, que las madres andaban siempre con el temor de que el viento se llevara a los niños, y a los muertos que les iban causando los años tenían que tirarlos en los acantilados. Pero el mar era manso y pródigo, y todos los hombres cabían en siete botes. Así que cuando se encontraron el ahogado les bastó con mirarse los unos a los otros para darse cuenta de que estaban completos.

Aquella noche no salieron a trabajar en el mar. Mientras los hombres averiguaban si no faltaba alguien en los pueblos vecinos, las mujeres se quedaron cuidando al ahogado. Le quitaron el lodo con tapones de esparto, le desenredaron del cabello los abrojos submarinos y le rasparon la rémora con fierros de desescamar pescados. A medida que lo hacían, notaron que su vegetación era de océanos remotos y de aguas profundas, y que sus ropas estaban en piritafas, como si hubiera navegado por entre laberintos de corales. Notaron también que sobrellevaba la muerte con altivez, pues no tenía el semblante solitario de los otros ahogados del mar, ni tampoco la catadura sórdida y menesteroso de los ahogados fluviales. Pero solamente cuando acabaron de limpiarlo tuvieron conciencia de la clase de hombre que era, y entonces se quedaron sin aliento. No sólo era el más alto, el más fuerte, el más viril y el mejor armado que habían visto jamás, sino que todavía cuando lo estaban viendo no les cabía en la imaginación.

No encontraron en el pueblo una cama bastante grande para tenderlo ni una mesa bastante sólida para velarlo. No le vinieron los pantalones de fiesta de los hombres más altos, ni las camisas dominicales de los más corpulentos, ni los zapatos del mejor plantado. Fascinadas por su desproporción y su hermosura, las mujeres decidieron entonces hacerle unos pantalones con un pedazo de vela cangreja, y una camisa de bramante de novia, para que pudiera continuar su muerte con dignidad. Mientras cosían sentadas en círculo, contemplando el cadáver entre puntada y puntada, les parecía que el viento no había sido nunca tan tenaz ni el Caribe había estado nunca tan ansioso como aquella noche, y suponían que esos cambios tenían algo que ver con el muerto. Pensaban que si aquel hombre magnífico hubiera vivido en el pueblo, su casa habría tenido las puertas más

anchas, el techo más alto y el piso más firme, y el bastidor de su cama habría sido de cuadernas maestras con pernos de hierro, y su mujer habría sido la más feliz. Pensaban que habría tenido tanta autoridad que hubiera sacado los peces del mar con sólo llamarlos por sus nombres, y habría puesto tanto empeño en el trabajo que hubiera hecho brotar manantiales de entre las piedras más áridas y hubiera podido sembrar flores en los acantilados. Lo compararon en secreto con sus propios hombres, pensando que no serían capaces de hacer en toda una vida lo que aquél era capaz de hacer en una noche, y terminaron por repudiarlos en el fondo de sus corazones como los seres más escuálidos y mezquinos de la tierra. Andaban extraviadas por esos dédalos de fantasía, cuando la más vieja de las mujeres, que por ser la más vieja había contemplado al ahogado con menos pasión

que compasión, suspiró:
—Tiene cara de llamarse Esteban.

Era verdad. A la mayoría le bastó con mirarlo otra vez para comprender que no podía tener otro nombre. Las más porfiadas, que eran las más jóvenes, se mantuvieron con la ilusión de que al ponerle la ropa, tendido entre flores y con unos zapatos de charol, pudiera llamarse Lautaro. Pero fue una ilusión vana. El lienzo resultó escaso, los pantalones mal cortados y peor cosidos le quedaron estrechos, y las fuerzas ocultas de su corazón hacían saltar los botones de la camisa. Después de la media noche se adelgazaron los silbidos del viento y el mar cayó en el sopor del miércoles. El silencio acabó con las últimas dudas: era Esteban. Las mujeres que lo habían vestido, las que lo habían peinado, las que le habían cortado las uñas y raspado la barba no pudieron reprimir un estremecimiento de compasión cuando tuvieron que resignarse a dejarlo tirado por los suelos. Fue entonces cuando comprendieron cuánto debió haber sido de infeliz con aquel cuerpo descomunal, si hasta después de muerto le estorbaba. Lo vieron condenado en vida a pasar de medio lado por las puertas, a descalabrarse con los travesaños, a permanecer de pie en las visitas sin saber qué hacer con sus tiernas y rosadas manos de buey de mar, mientras la dueña de casa buscaba la silla más resistente y le suplicaba muerta de miedo siéntese aquí Esteban, hágame el favor, y él recostado contra las paredes, sonriendo, no se preocupe señora, así estoy bien, con los talones en carne viva y las espaldas escaldadas de tanto repetir lo mismo en todas las visitas, no se preocupe señora, así estoy bien, sólo para no pasar vergüenza de desbaratar la silla, y acaso sin haber sabido nunca que quienes le decían no te vayas Esteban, espérate siquiera hasta que hierva el café, eran los mismos que después susurraban ya se fue el bobo grande, qué bueno, ya se fue el tonto hermoso. Esto pensaban las mujeres frente al cadáver un poco antes del amanecer. Más tarde, cuando le taparon la

cara con un pañuelo para que no le molestara la luz, lo vieron tan muerto para siempre, tan indefenso, tan parecido a sus hombres, que se les abrieron las primeras grietas de lágrimas en el corazón. Fue una de las más jóvenes la que empezó a sollozar. Las otras, asentándose entre sí, pasaron de los suspiros a los lamentos, y mientras más sollozaban más deseos sentían de llorar, porque el ahogado se les iba volviendo cada vez más Esteban, hasta que lo lloraron tanto que fue el hombre más desvalido de la tierra, el más manso y el más servicial, el pobre Esteban. Así que cuando los hombres volvieron con la noticia de que el ahogado no era tampoco de los pueblos vecinos, ellas sintieron un vacío de júbilo entre las lágrimas.

—¡Bendito sea Dios —suspiraron—: es nuestro!

Los hombres creyeron que aquellos aspavientos no eran más que frivolidades de mujer. Cansados de las tortuosas averiguaciones de la noche, lo único que querían era quitarse de una vez el estorbo del intruso antes de que prendiera el sol bravo de aquel día árido y sin viento. Improvisaron unas angarillas con restos de trinquetes y botavaras, y las amarraron con carlingas de altura, para que resistieran el peso del cuerpo hasta los acantilados. Quisieron encadenarle a los tobillos un ancla de buque mercante para que fondeara sin tropiezos en los mares más profundos donde los peces son ciegos y los buzos se mueren de nostalgia, de manera que las malas corrientes no fueran a devolverlo a la orilla, como había sucedido con otros cuerpos. Pero mientras más se apresuraban, más cosas se les ocurrían a las mujeres para perder el tiempo. Andaban como gallinas asustadas picoteando amuletos de mar en los arcones, unas estorbando aquí porque querían ponerle al ahogado los escapularios del buen viento, otras estorbando allá para abrocharse una pulsera de orientación, y al cabo de tanto quítate de ahí mujer, ponte donde no estorbes, mira que casi me haces caer sobre el difunto, a los hombres se les subieron al hígado las suspicacias y empezaron a rezongar que con qué objeto tanta ferretería de altar mayor para un forastero, si por muchos estoperoles y calderetas que llevara encima se lo iban a masticar los tiburones, pero ellas seguían tripotando sus reliquias de pacotilla, llevando y trayendo, tropezando, mientras se les iba en suspiros lo que no se les iba en lágrimas, así que los hombres terminaron por despotricar que de cuándo acá semejante alboroto por un muerto al garete, un ahogado de nadie, un fiambre de mierda. Una de las mujeres, mortificada por tanta insolencia, le quitó entonces al cadáver el pañuelo de la cara, y también los hombres se quedaron sin aliento.

Era Esteban. No hubo que repetirlo para que lo reconocieran. Si les hubieran dicho Sir Walter Raleigh, quizás, hasta ellos se habrían impresionado con su acento de gringo, con su

guacamayo en el hombro, con su arcabuz de matar caníbales, pero Esteban solamente podía ser uno en el mundo, y allí estaba tirado como un sábalo, sin botines, con unos pantalones de sietemesino y esas uñas rocallosas que sólo podían cortarse a cuchillo. Bastó con que le quitaran el pañuelo de la cara para darse cuenta de que estaba avergonzado, de que no tenía la culpa de ser tan grande, ni tan pesado ni tan hermoso, y si hubiera sabido que aquello iba a suceder habría buscado un lugar más discreto para ahogarse, en serio, me hubiera amarrado yo mismo un ánora de galón en el cuello y hubiera trastabillado como quien no quiere la cosa en los acantilados, para no andar ahora estorbando con este muerto de miércoles, como ustedes dicen, para no molestar a nadie con esta porquería de fiambre que no tiene nada que ver conmigo. Había tanta verdad en su modo de estar, que hasta los hombres más suspicaces, los que sentían amargas las minuciosas noches del mar temiendo que sus mujeres se cansaran de soñar con ellos para soñar con los ahogados, hasta éstos, y otros más duros, se estremecieron en los tuétanos con la sinceridad de Esteban.

Fue así como le hicieron los funerales más espléndidos que podían concebirse para un ahogado expósito. Algunas mujeres que habían ido a buscar flores en los pueblos vecinos regresaron con otras que no creían lo que les contaban, y éstas se fueron por más flores cuando vieron al muerto, y llevaron más y más, hasta que hubo tantas flores y tanta gente que apenas si se podía caminar. A última hora les dolió devolverlo huérfano a las aguas, y le eligieron un padre y una madre entre los mejores, y otros se le hicieron hermanos, tíos y primos, así que a través de él todos los habitantes del pueblo terminaron por ser parientes entre sí. Algunos marineros que oyeron el llanto a distancia perdieron la certeza del rumbo, y se supo de uno que se hizo amarrar al palo mayor, recordando antiguas fábulas de sirenas. Mientras se disputaban el privilegio de llevarlo en hombros por la pendiente escarpada de los acantilados, hombres y mujeres tuvieron conciencia por primera vez de la desolación de sus calles, la aridez de sus patios, la estrechez de sus sueños, frente al esplendor y la hermosura de su ahogado. Lo soltaron sin ancla, para que volviera si quería, y cuando lo quisiera, y todos retuvieron el aliento durante la fracción de siglos que demoró la caída del cuerpo hasta el abismo. No tuvieron necesidad de mirarse los unos a los otros para darse cuenta de que ya no estaban completos, ni volverían a estarlo jamás. Pero también sabían que todo sería diferente desde entonces, que sus casas iban a tener las puertas más anchas, los techos más altos, los pisos más firmes, para que el recuerdo de Esteban pudiera andar por todas partes sin tropezar con los travesaños, y que nadie se atreviera a susurrar en el futuro ya murió el bobo grande, qué lástima, ya murió el tonto hermoso, porque ellos iban a pintar las fachadas de colores alegres para eternizar la memoria de Esteban, y se

iban a romper el espinazo excavando manantiales en las piedras y sembrando flores en los acantilados, para que los amaneceres de los años venturos los pasajeros de los grandes barcos despertaran sofocados por un olor de jardines en altamar, y el capitán tuviera que bajar de su alcázar con su uniforme de gala, con su astrolabio, su estrella polar y su ristra de medallas de guerra, y señalando el promontorio de rosas en el horizonte del Caribe dijera en catorce idiomas: miren allá, donde el viento es ahora tan manso que se queda a dormir debajo de las camas, allá, donde el sol brilla tanto que no saben hacia dónde girar los girasoles, sí, allá, es el pueblo de Esteban.

LA SANTA

Gabriel García Márquez

Veintidós años después volví a ver a Margarito Duarte. Apareció de pronto en una de las callecitas secretas del Trastévere, y me costó trabajo reconocerlo a primera vista por su castellano difícil y su buen talante de romano antiguo. Tenía el cabello blanco y escaso, y no le quedaban rastros de la conducta lúgubre y las ropas funerarias de letrado andino con que había venido a Roma por primera vez, pero en el curso de la conversación fui rescatándolo poco a poco de las perfidias de sus años y volvía a verlo como era: sigiloso, imprevisible, y de una tenacidad de picapedrero. Antes de la segunda taza de café en uno de nuestros bares de otros tiempos, me atreví a hacerle la pregunta que me carcomía por dentro.

i. ¿Qué pasó con la santa?

- Ahí está la santa –me contestó-. Esperando.

Sólo el tenor Rafael Ribero Silva y yo podíamos entender la tremenda carga humana de su respuesta. Conocíamos tanto su drama, que durante años pensé que Margarito Duarte era el personaje en busca de autor que los novelistas esperamos durante toda una vida, y si nunca dejé que me encontrara fue porque el final de su historia me parecía inimaginable.

Había venido a Roma en aquella primavera radiante en que Pío XII padecía una crisis de hipo que ni las buenas ni las malas artes de médicos y hechiceros habían logrado remediar. Salía por primera vez de su escarpada aldea de Tolima, en los Andes colombianos, y se le notaba hasta en el modo de dormir. Se presentó una mañana en nuestro consulado con la maleta de pino lustrado que por la forma y el tamaño parecía el estuche de un violonchelo, y

le planteó al cónsul el motivo sorprendente de su viaje. El cónsul llamó entonces por teléfono al tenor Rafael Ribero Silva, su compatriota, para que le consiguiera un cuarto en la pensión donde ambos vivíamos. Así lo conocí.

Margarito Duarte no había pasado de la escuela primaria, pero su vocación por las bellas letras le había permitido una formación más amplia con la lectura apasionada de cuanto material impreso encontraba a su alcance. A los dieciocho años, siendo el escribano del municipio, se casó con una bella muchacha que murió poco después en el parto de la primera hija. Ésta, más bella aún que la madre, murió de fiebre esencial a los siete años. Pero la verdadera historia de Margarito Duarte había empezado seis meses antes de su llegada a Roma, cuando hubo de mudar el cementerio de su pueblo para construir una represa. Como todos los habitantes de la región, Margarito desenterró los huesos de sus muertos para llevarlos al cementerio nuevo. La esposa era polvo. En la tumba contigua, por el contrario, la niña seguía intacta después de once años. Tanto, que cuando destaparon la caja se sintió el vaho de las rosas frescas con que la habían enterrado. Lo más asombroso, sin embargo, era que el cuerpo carecía de peso.

Centenares de curiosos atraídos por el clamor del milagro desbordaron la aldea. No había duda. La incorruptibilidad del cuerpo era un síntoma inequívoco de la santidad, y hasta el obispo de la diócesis estuvo de acuerdo en que semejante prodigio debía someterse al veredicto del Vaticano. De modo que se hizo una colecta pública para que Margarito Duarte viajara a Roma, a batallar por una causa que ya no era sólo suya ni del ámbito estrecho de su aldea, sino un asunto de la nación.

Mientras nos contaba su historia en la pensión del apacible barrio de Parioli, Margarito Duarte quitó el candado y abrió la tapa del baúl primoroso. Fue así como el tenor Ribero Silva y yo participamos del milagro. No parecía una momia marchita como las que se ven en tantos museos del mundo, sino una niña vestida de novia que siguiera dormida al cabo de una larga estancia bajo la tierra. La piel era tersa y tibia, y los ojos abiertos eran diáfanos, y causaban la impresión insoportable de que nos veían desde la muerte. El raso y los azahares falsos de la corona no habían resistido al rigor del tiempo con tan buena salud como la piel, pero las rosas que le habían puesto en las manos permanecían vivas. El peso del estuche de pino, en efecto, siguió siendo igual cuando sacamos el cuerpo.

Margarito Duarte empezó sus gestiones al día siguiente de la llegada. Al principio con una ayuda diplomática más compasiva que eficaz, y luego con cuantas artimañas se le ocurrieron para sortear los incontables obstáculos del Vaticano. Fue siempre muy reservado sobre sus diligencias, pero se sabía que eran numerosas e inútiles. Hacía contacto con cuantas congregaciones religiosas y fundaciones humanitarias encontraba a su paso, donde lo escuchaban con atención pero sin asombro, y le prometían gestiones inmediatas que nunca culminaron. La verdad es que la época no era la más propicia. Todo lo que tuviera que ver con la Santa Sede había sido postergado hasta que el Papa superara la crisis de hipo, resistente no sólo a los más refinados recursos de la medicina académica, sino a toda clase de remedios mágicos que le mandaban del mundo entero.

Por fin, en el mes de julio, Pío XII se repuso y fue a sus vacaciones de verano en Castelgandolfo. Margarito llevó la santa a la primera audiencia semanal con la esperanza de mostrársela. El Papa apareció en el patio interior, en un balcón tan bajo que Margarito pudo ver sus uñas bien pulidas y alcanzó a percibir su hálito de lavanda. Pero no circuló por entre los turistas que llegaban de todo el mundo para verlo, como Margarito esperaba, sino que pronunció el mismo discurso en seis idiomas y terminó con la bendición general.

Al cabo de tantos aplazamientos, Margarito decidió afrontar las cosas en persona, y llevó a la Secretaría de Estado una carta manuscrita de casi sesenta folios, de la cual no obtuvo respuesta. Él lo había previsto, pues el funcionario que la recibió con los formalismos de rigor apenas si se dignó darle una mirada oficial a la niña muerta, y los empleados que pasaban cerca la miraban sin ningún interés. Uno de ellos le contó que el año anterior había recibido más de ochocientas cartas que solicitaban la santificación de cadáveres intactos en distintos lugares del mundo. Margarito pidió por último que se comprobara la ingravidez del cuerpo. El funcionario la comprobó, pero se negó a admitirla.

- Debe ser un caso de sugestión colectiva –dijo.

En sus escasas horas libres y en los áridos domingos de verano, Margarito permanecía en su cuarto, encarnizado en la lectura de cualquier libro que le pareciera de interés para su causa. A fines de cada mes, por iniciativa propia, escribía en un cuaderno escolar una relación minuciosa de sus gastos con su caligrafía preciosista de amanuense mayor, para rendir cuentas estrictas y oportunas a los contribuyentes de su pueblo. Antes de terminar el año conocía los dédalos de Roma como si hubiera nacido en ellos, hablaba un italiano fácil y

de tan pocas palabras como su castellano andino, y sabía tanto como el que más sobre procesos de canonización. Pero pasó mucho más tiempo antes de que cambiara su vestido fúnebre, y el chaleco y el sombrero de magistrado que en la Roma de la época eran propios de algunas sociedades secretas con fines inconfesables. Salía desde muy sobre procesos de canonización. Pero pasó mucho más tiempo antes de que cambiara su vestido fúnebre, y el chaleco y el sombrero de magistrado que en la Roma de la época eran propios de algunas sociedades secretas con fines inconfesables. Salía desde muy temprano con el estuche de la santa, y a veces regresaba tarde en la noche, exhausto y triste, pero siempre con un rescoldo de luz que le infundía alientos nuevos para el día siguiente.

- Los santos viven en su tiempo propio –decía.

Yo estaba en Roma por primera vez, estudiando en el Centro Experimental de Cine, y viví su calvario con una intensidad inolvidable. La pensión donde dormíamos era en realidad un apartamento moderno a pocos pasos de la Villa Borghese, cuya dueña ocupaba dos alcobas y alquilaba cuartos a estudiantes extranjeros. La llamábamos María Bella, y era guapa y temperamental en la plenitud de su otoño, y siempre fiel a la norma sagrada de que cada quien es rey absoluto dentro de su cuarto. En realidad, la que llevaba el peso de la vida cotidiana era su hermana mayor, la tía Antonieta, un ángel sin alas que le trabajaba por horas durante el día, y andaba por todos lados con su balde y su escoba de jerga lustrando más allá de lo posible los mármoles del piso. Fue ella quien nos enseñó a comer los pajaritos cantores que cazaba Bartolino, su esposo, por el mal hábito que le quedó de la guerra, y quien terminaría por llevarse a Margarito a vivir en su casa cuando los recursos no le alcanzaron para los precios de María Bella.

Nada menos adecuado para el modo de ser de Margarito que aquella casa sin ley. Cada hora nos reservaba una novedad, hasta en la madrugada, cuando nos despertaba el rugido pavoroso del león en el zoológico de la Villa Borghese. El tenor Ribero Silva se había ganado el privilegio de que los romanos no se resintieran con sus ensayos tempraneros. Se levantaba a las seis, se daba su baño medicinal de agua helada y se arreglaba la barba y las cejas de Mefistófeles, y sólo cuando ya estaba listo con la bata de cuadros escoceses, la bufanda de seda china y su agua de colonia personal, se entregaba en cuerpo y alma a sus ejercicios de canto. Abría de par en par la ventana del cuarto, aún con las estrellas del invierno, y empezaba por calentar la voz con fraseos progresivos de grandes arias de amor,

hasta que se soltaba a cantar a plena voz. La expectativa diaria era que cuando daba el do de pecho le contestaba el león de la villa Borghese con un rugido de temblor de tierra.

-Eres San Marcos reencarnado, *figlio mio* -exclamaba la tía Antonieta asombrada de veras-. Sólo él podía hablar con los leones.

Una mañana no fue el león el que dio la réplica. El tenor inició el dueto de amor del *Otello*: *Già nella notte densa s'estingue ogni clamor*. De pronto, desde el fondo del patio, nos llegó la respuesta en una hermosa voz de soprano. El tenor prosiguió, y las dos voces cantaron el trozo completo, para solaz del vecindario que abrió las ventanas para santificar sus casas con el torrente de aquel amor irresistible. El tenor estuvo a punto de desmayarse cuando supo que su Desdémona invisible era nada menos que la gran María Caniglia.

Tengo la impresión de que fue aquel episodio el que le dio un motivo válido a Margarito Duarte para integrarse a la vida de la casa. A partir de entonces se sentó con todos en la mesa común y no en la cocina, como al principio, donde la tía Antonieta lo complacía casi a diario con su guiso maestro de pajaritos cantores. María Bella nos leía de sobremesa los periódicos del día para acostumbrarnos a la fonética italiana, y completaba las noticias con una arbitrariedad y una gracia que nos alegraban la vida. Uno de esos días contó, a propósito de la santa, que en la ciudad de Palermo había un enorme museo con los cadáveres incorruptos de hombres, mujeres y niños, e inclusive varios obispos, desenterrados de un mismo cementerio de padres capuchinos. La noticia inquietó tanto a Margarito, que no tuvo un instante de paz hasta que fuimos a Palermo. Pero le bastó una mirada de paso por las abrumadoras galerías de momias sin gloria para formularse un juicio de consolación.

- No son el mismo caso -dijo-. A estos se les nota enseguida que están muertos.

Después del almuerzo Roma sucumbía en el sopor de agosto. El sol de medio día se quedaba inmóvil en el centro del cielo, y en el silencio de las dos de la tarde sólo se oía el rumor del agua, que es la voz natural de Roma. Pero hacia las siete de la noche las ventanas se abrían de golpe para convocar el aire fresco que empezaba a moverse, y una muchedumbre jubilosa se echaba a las calles sin ningún propósito distinto que el de vivir, en medio de los petardos de las motocicletas, los gritos de los vendedores de sandía y las canciones de amor entre las flores de las terrazas.

El tenor y yo no hacíamos la siesta. Íbamos en su vespa, él conduciendo y yo en la parrilla, y les llevábamos helados y chocolates a las putitas de verano que mariposeaban bajo los laureles centenarios de la Villa Borghese, en busca de turistas desvelados a pleno sol. Eran bellas, pobres, cariñosas, como la mayoría de las italianas de aquel tiempo, vestidas de organza azul, de popelina rosada, de lino verde, y se protegían del sol con las sombrillas apollilladas por las lluvias de la guerra reciente. Era un placer humano estar con ellas, porque saltaban por encima de las leyes del oficio y se daban el lujo de perder un buen cliente para irse con nosotros a tomar un café bien conservado en el bar de la esquina, o a pasear en las carrozas de alquiler por los senderos del parque, o a dolernos de los reyes destronados y sus amantes trágicas que cabalgaban al atardecer en el *galoppatorio*. Más de una vez les servíamos de intérpretes con algún gringo descarriado.

No fue por ellas que llevamos a Margarito Duarte a la Villa Borghese, sino para que conociera el león. Vivía en libertad en un islote desértico circundado por un foso profundo, y tan pronto como nos divisó en la otra orilla empezó a rugir con un desasosiego que sorprendió a su guardián. Los visitantes del parque acudieron sorprendidos. El tenor trató de identificarse con su do de pecho matinal, pero el león no le prestó atención. Parecía rugir hacia todos nosotros sin distinción, pero el vigilante se dio cuenta al instante de que sólo rugía por Margarito. Así fue: para donde él se moviera se movía el león, y tan pronto como se escondía dejaba de rugir. El vigilante, que era doctor en letras clásicas de la universidad de Siena, pensó que Margarito debió estar ese día con otros leones que lo habían contaminado de su olor. Aparte de esa explicación, que era inválida, no se le ocurrió otra. - En todo caso –dijo- no son rugidos de guerra sino de compasión.

Sin embargo, lo que impresionó al tenor Ribera Silva no fue aquel episodio sobrenatural, sino la conmoción de Margarito cuando se detuvieron a conversar con las muchachas del parque. Lo comentó en la mesa, y unos por picardía, y otros por comprensión, estuvimos de acuerdo en que sería una buena obra ayudar a Margarito a resolver su soledad. Conmovida por la debilidad de nuestros corazones, María Bella se apretó la pechuga de madraza bíblica con sus manos empedradas de anillos de fantasía.

- Yo lo haría por caridad –dijo-, si no fuera porque nunca he podido con los hombres que usan chaleco.

Fue así como el tenor pasó por la Villa Borghese a las dos de la tarde, y se llevó en ancas de su vespa a la mariposita que le pareció más propicia para darle una hora de buena compañía a Margarito Duarte. La hizo desnudarse en su alcoba, la bañó con jabón de olor, la secó, la perfumó con su agua de colonia personal, y la empolvó de cuerpo entero con su talco alcanforado para después de afeitarse. Por último le pagó el tiempo que ya llevaban y una hora más, y le indicó letra por letra lo que debía hacer.

La bella desnuda atravesó en puntillas la casa en penumbras, como un sueño de la siesta, y dio dos golpecitos tiernos en la alcoba del fondo. Margarito Duarte, descalzo y sin camisa, abrió la puerta.

- *Buona sera giovanotto* –le dijo ella, con voz y modos de colegiala-. *Mi manda il tenore.*

Margarito asimiló el golpe con una gran dignidad. Acabó de abrir la puerta para darle paso, y ella se tendió en la cama mientras él se ponía a toda prisa la camisa y los zapatos para atenderla con el debido respeto. Luego se sentó a su lado en una silla, e inició la conversación. Sorprendida, la muchacha le dijo que se diera prisa, pues sólo disponían de una hora. Él no se dio por enterado.

La muchacha dijo después que de todos modos habría estado el tiempo que él hubiera querido sin cobrarle ni un céntimo, porque no podía haber en el mundo un hombre mejor comportado. Sin saber qué hacer mientras tanto, escudriñó el cuarto con la mirada, y descubrió el estuche de madera sobre la chimenea. Preguntó si era un saxofón. Margarito no le contestó, sino que entreabrió la persiana para que entrara un poco de luz, llevó el estuche a la cama y levantó la tapa. La muchacha trató de decir algo, pero se le desencajó la mandíbula. O como nos dijo después: *Mi si gelò il culo*. Escapó despavorida, pero se equivocó de sentido en el corredor, y se encontró con la tía Antonieta que iba a poner una bombilla nueva en la lámpara de mi cuarto. Fue tal el susto de ambas, que la muchacha no se atrevió a salir del cuarto del tenor hasta muy entrada la noche. La tía Antonieta no supo nunca qué pasó. Entró en mi cuarto tan asustada, que no conseguía atornillar la bombilla en la lámpara por el temblor de las manos. Le pregunté qué le sucedía. "Es que en esta casa espantan", me dijo. "Y ahora a pleno día". Me contó con una gran convicción que, durante la guerra, un oficial alemán degolló a su amante en el cuarto que ocupaba el tenor. Muchas veces, mientras andaba en sus oficios, la tía Antonieta había visto la aparición de la bella asesinada recogiendo sus pasos por los corredores.

- Acabo de verla caminando en pelota por el corredor –dijo-. Era idéntica.

La ciudad recobró su rutina de otoño. Las terrazas floridas del verano se cerraron con los primeros vientos, y el tenor y yo volvimos a la tractoría del Trastévere donde solíamos cenar con los alumnos de canto del conde Carlo Calcagni, y algunos compañeros míos de la escuela de cine. Entre estos últimos, el más asiduo era Lakis, un griego inteligente y simpático, cuyo único tropiezo eran sus discursos adormecedores sobre la injusticia social. Por fortuna, los tenores y las sopranos lograban casi siempre derrotarlo con trozos de ópera cantados a toda voz, que sin embargo no molestaban a nadie aun después de la media noche. Al contrario, algunos trasnochadores de paso se sumaban al coro, y en el vecindario se abrían ventanas para aplaudir.

Una noche, mientras cantábamos, Margarito entró en puntillas para no interrumpirnos. Llevaba el estuche de pino que no había tenido tiempo de dejar en la pensión después de mostrarle la santa al párroco de San Juan de Letrán, cuya influencia ante la Sagrada Congregación del Rito era de dominio público. Alcancé a ver de soslayo que lo puso debajo de una mesa apartada, y se sentó mientras terminábamos de cantar. Como siempre ocurría al filo de la media noche, reunimos varias mesas cuando la tractoría empezó a desocuparse, y quedamos juntos los que cantaban, los que hablábamos de cine, y los amigos de todos. Y entre ellos, Margarito Duarte, que ya era conocido allí como el colombiano silencioso y triste del cual nadie sabía nada. Lakis, intrigado, le preguntó si tocaba el violonchelo. Yo me sobrecogí con lo que me pareció una indiscreción difícil de sortear. El tenor, tan incómodo como yo, no logró remendar la situación. Margarito fue el único que tomó la pregunta con toda naturalidad.

- No es un violonchelo –dijo-. Es la santa.

Puso la caja sobre la mesa, abrió el candado y levantó la tapa. Una ráfaga de estupor estremeció el restaurante. Los otros clientes, los meseros, y por último la gente de la cocina con sus delantales ensangrentados, se congregaron atónitos a contemplar el prodigio. Algunos se persignaron. Una de las cocineras se arrodilló con las manos juntas, presa de un temblor de fiebre, y rezó en silencio.

Sin embargo, pasada la conmoción inicial, nos enredamos en una discusión sobre la insuficiencia de la santidad en nuestros tiempos. Lakis, por supuesto, fue el más radical. Lo

único que quedó claro al final fue su idea de hacer una película crítica con el tema de la santa.

- Estoy seguro –dijo- que el viejo Cesare no dejaría escapar este tema.

Se refería a Cesare Zavattini, nuestro maestro de argumento y guión, uno de los grandes de la historia del cine y el único que mantenía con nosotros una relación personal al margen de la escuela. Trataba de enseñarnos no sólo el oficio, sino una manera distinta de ver la vida. Era una máquina de pensar argumentos. Le salían a borbotones, casi contra su voluntad. Y con tanta prisa, que siempre le hacía falta la ayuda de alguien para pensarlos en voz alta y atraparlos al vuelo. Sólo que al terminarlos se le caían los ánimos. "Lástima que haya que filmarlo", decía. Pues pensaba que en la pantalla perdería mucho de su magia original. Conservaba las ideas en tarjetas ordenadas por temas y prendidas con alfileres en los muros, y tenía tantas que ocupaban una alcoba de su casa.

El sábado siguiente fuimos a verlo con Margarito Duarte. Era tan goloso de la vida, que lo encontramos en la puerta de su casa de la calle Angela Merici, ardiendo de ansiedad por la idea que le habíamos anunciado por teléfono. Ni siquiera nos saludó con la amabilidad de costumbre, sino que llevó a Margarito a una mesa preparada, y él mismo abrió el estuche. Entonces ocurrió lo que menos imaginábamos. En vez de enloquecerse, como era previsible, sufrió una especie de parálisis mental.

- *Ammazza!* –murmuró espantado.

Miró a la santa en silencio por dos o tres minutos, cerró la caja él mismo, y sin decir nada condujo a Margarito hacia la puerta, como a un niño que diera sus primeros pasos. Lo despidió con unas palmaditas en la espalda. "Gracias, hijo, muchas gracias", le dijo. "Y que Dios te acompañe en tu lucha". Cuando cerró la puerta se volvió hacia nosotros, y nos dio su veredicto.

- No sirve para el cine –dijo-. Nadie lo creería.

Esa lección sorprendente nos acompañó en el tranvía de regreso. Si él lo decía, no había ni que pensarlo: la historia no servía. Sin embargo, María Bella nos recibió con el recado urgente de que Zavattini nos esperaba esa misma noche, pero sin Margarito.

Lo encontramos en uno de sus momentos estelares. Lakis había llevado a dos o tres discípulos, pero él ni siquiera pareció verlos cuando abrió la puerta.

- Ya lo tengo -gritó-. La película será un cañonazo si Margarito hace el milagro de resucitar a la niña.

- ¿En la película o en la vida? -le pregunté.

Él reprimió la contrariedad. "No seas tonto", me dijo. Pero enseguida le vimos en los ojos el destello de una idea irresistible. "A no ser que sea capaz de resucitarla en la vida real", dijo, y reflexionó en serio:

- Debería probar.

Fue sólo una tentación instantánea, antes de retomar el hilo. Empezó a pasearse por la casa, como un loco feliz, gesticulando a manotadas y recitando la película a grandes voces. Lo escuchábamos deslumbrados, con la impresión de estar viendo las imágenes como pájaros fosforescentes que se le escapaban en tropel y volaban enloquecidos por toda la casa.

- Una noche -dijo- cuando ya han muerto como veinte Papas que no lo recibieron, Margarito entra en su casa, cansado y viejo, abre la caja, le acaricia la cara a la muertecita, y le dice con toda la ternura del mundo: "Por el amor de tu padre, hijita: levántate y anda".

Nos miró a todos, y remató con un gesto triunfal:

- ¡Y la niña se levanta!

Algo esperaba de nosotros. Pero estábamos tan perplejos, que no encontrábamos qué decir. Salvo Lakis, el griego, que levantó el dedo, como en la escuela, para pedir la palabra.

- Mi problema es que no lo creo -dijo, y ante nuestra sorpresa, se dirigió directo a Zavattini:-
Perdóneme, maestro, pero no lo creo.

Entonces fue Zavattini el que se quedó atónito.

- ¿Y por qué no?

- Qué sé yo -dijo Lakis, angustiado-. Es que no puede ser.

-*Ammazza!* -gritó entonces el maestro, con un estruendo que debió oírse en el barrio entero-. Eso es lo que más me jode de los estalinistas: que no creen en la realidad.

En los quince años siguientes, según él mismo me contó, Margarito llevó la santa a Castelgandolfo por si se daba la ocasión de mostrarla. En una audiencia de unos doscientos peregrinos de América Latina alcanzó a contar la historia, entre empujones y codazos, al benévolo Juan XXIII. Pero no pudo mostrarle la niña porque debió dejarla a la entrada, junto con los morrales de otros peregrinos, en previsión de un atentado. El Papa lo escuchó con tanta atención como le fue posible entre la muchedumbre, y le dio en la mejilla una palmadita de aliento.

- *Bravo, figlio mio* -le dijo-. Dios premiará tu perseverancia.

Sin embargo, cuando de veras se sintió en vísperas de realizar su sueño fue durante el reinado fugaz del sonriente Albino Luciani. Un pariente de éste, impresionado por la historia de Margarito, le prometió su mediación. Nadie le hizo caso. Pero dos días después, mientras almorzaban, alguien llamó a la pensión con un mensaje rápido y simple para Margarito: no debía moverse de Roma, pues antes del jueves sería llamado del Vaticano para una audiencia privada.

Nunca se supo si fue una broma. Margarito creía que no, y se mantuvo alerta. Nadie salió de la casa. Si tenía que ir al baño lo anunciaba en voz alta: "Voy al baño". María Bella, siempre graciosa en los primeros albores de la vejez, soltaba su carcajada de mujer libre.

- Ya lo sabemos, Margarito -gritaba-, por si te llama el Papa.

La semana siguiente, dos días antes del telefonema anunciado, Margarito se derrumbó ante el titular del periódico que deslizaron por debajo de la puerta: *Morto il Papa*. Por un instante lo sostuvo en vilo la ilusión de que era un periódico atrasado que habían llevado por equivocación, pues no era fácil creer que muriera un Papa cada mes. Pero así fue: el sonriente Albino Luciani, elegido treinta y tres días antes, había amanecido muerto en su cama.

Volví a Roma veintidós años después de conocer a Margarito Duarte, y tal vez no hubiera pensado en él si no lo hubiera encontrado por casualidad. Yo estaba demasiado oprimido por los estragos del tiempo para pensar en nadie. Caía sin cesar una llovizna boba como el caldo tibio, la luz de diamante de otros tiempos se había vuelto turbia, y los lugares que habían sido míos y sustentaban mis nostalgias eran otros y ajenos. La casa donde estuvo la pensión seguía siendo la misma, pero nadie dio razón de María Bella. Nadie contestaba en seis números de teléfono que el tenor Ribero Silva me había mandado a través de los años. En un almuerzo con la nueva gente de cine evoqué la memoria de mi maestro, y un silencio súbito aleteó sobre la mesa por un instante, hasta que alguien se atrevió a decir:

- *Zavattini? Mai sentito.*

Así era: nadie había oído hablar de él. Los árboles de la Villa Borghese estaban desgredados bajo la lluvia, el *galoppatoio* de las princesas tristes había sido devorado por una maleza sin flores, y las bellas de antaño habían sido sustituidas por atletas andróginos travestidos de manolas. El único sobreviviente de una fauna extinguida era el viejo león, sarnoso y acatarrado, en su isla de aguas marchitas. Nadie cantaba ni se moría de amor en las tractorías plastificadas de la Plaza de España. Pues la Roma de nuestras nostalgias era ya otra Roma antigua dentro de la antigua Roma de los Césares. De pronto, una voz que podía venir del más allá me paró en seco en una callecita del Trastévere:

- Hola, poeta.

Era él, viejo y cansado. Habían muerto cinco Papas, la Roma eterna mostraba los primeros síntomas de la decrepitud, y él seguía esperando. "He esperado tanto que ya no puede faltar mucho más", me dijo al despedirse, después de casi cuatro horas de añoranzas. "Puede ser cosa de meses". Se fue arrastrando los pies por el medio de la calle, con sus botas de guerra y su gorra descolorida de romano viejo, sin preocuparse de los charcos de lluvia donde la luz empezaba a pudrirse. Entonces no tuve ya ninguna duda, si es que alguna vez la tuve, de que el santo era él. Sin darse cuenta, a través del cuerpo incorrupto de su hija, llevaba ya veintidós años luchando en vida por la causa legítima de su propia canonización.

EL AVIÓN DE LA BELLA DURMIENTE

GABRIEL GARCIA MARQUEZ

ERA BELLA, ELÁSTICA, con una piel tierna del color del pan y los ojos de almendras verdes, y tenía el cabello liso y negro y largo hasta la espalda, y una aura de antigüedad que lo mismo podía ser de Indonesiá que de los Andes. Estaba vestida con un gusto sutil: chaqueta de lince, blusa de seda natural con flores muy tenues, pantalones de lino crudo, y unos zapatos lineales del color de las bugambilias. “Esta es la mujer más bella que he visto en mi vida”, pensé, cuando la vi pasar con sus sigilosos trancos de leona, mientras yo hacía la cola para abordar el avión de Nueva York en el aeropuerto Charles de Gaulle de París. Fue una aparición sobrenatural que existió sólo un instante y, desapareció en la muchedumbre del vestíbulo.

Eran las nueve de la mañana. Estaba nevando desde la noche anterior, y el tránsito era más denso que de costumbre en las calles de la ciudad, y más lento aún en la autopista, y había camiones de carga alineados a la orilla, y automóviles humeantes en la nieve. En el vestíbulo del aeropuerto, en cambio, la vida seguía en primavera.

Yo estaba en la fila de registro detrás de una anciana holandesa que demoró casi una hora discutiendo el peso de sus once maletas. Empezaba a aburrirme cuando vi la aparición instantánea que me dejó sin aliento, así que no supe cómo terminó el altercado, hasta que la empleada me bajó de las nubes con un reproche por mi distracción. A modo de disculpa le pregunté si creía en los amores a primera vista. “Claro que sí”, me dijo. “Los imposibles son los otros”. Siguió con la vista fija en la pantalla, de la computadora, y me preguntó qué asiento prefería: fumar o no fumar.

—Me da lo mismo —le dije con toda intención—, siempre que no sea al lado de las once maletas.

Ella lo agradeció con una sonrisa comercial sin apartar la vista de la pantalla fosforescente.

—Escoja un número —me dijo—: tres, cuatro o siete.

—Cuatro.

Su sonrisa tuvo un destello triunfal.

—En quince años que llevo aquí —dijo—, es el primero que no escoge el siete.

Marcó en la tarjeta de embarque el número del asiento y me la entregó con el resto de mis papeles, mirándome por primera vez con unos ojos color de uva que me sirvieron de consuelo mientras volvía a ver la bella. Sólo entonces me advirtió que el aeropuerto acababa de cerrarse y todos los vuelos estaban diferidos.

—¿Hasta cuándo?

—Hasta que Dios quiera —dijo con su sonrisa. La radio anunció esta mañana que será la nevada más grande del año.

Se equivocó: fue la más grande del siglo. Pero en la sala de espera de la primera clase la primavera era tan real que había rosas vivas en los floreros y hasta la música enlatada parecía tan sublime y sedante como lo pretendían sus creadores. De pronto se me ocurrió que aquel era un refugio adecuado para la bella, y la busqué en los otros salones, estremecido por mi propia audacia. Pero la mayoría eran hombres de la vida real que leían periódicos en inglés mientras sus mujeres pensaban en otros, contemplando los aviones muertos en la nieve a través de las vidrieras panorámicas, contemplando las fábricas glaciales, los vastos sembrados de Roissy devastados por los leones. Después del mediodía no había un espacio disponible, y el calor se había vuelto tan insoportable que escapé para respirar.

Afuera encontré un espectáculo sobrecogedor. Gentes de toda ley habían desbordado las salas de espera, y estaban acampadas en los corredores sofocantes, y aun en las escaleras, tendidas por los suelos con sus animales y sus niños, y sus enseres de viaje. Pues también la comunicación con la ciudad estaba interrumpida, y el palacio de plástico, transparente parecía una inmensa cápsula espacial varada en la tormenta. No pude evitar la idea de que también la bella debía estar en algún lugar en medio de aquellas hordas mansas, y esa fantasía me infundió nuevos ánimos para esperar.

A la hora del almuerzo habíamos asumido nuestra conciencia de naufragos. Las colas se hicieron interminables frente a los siete restaurantes, las cafeterías, los bares atestados, y en menos de tres horas tuvieron que cerrarlos porque no había nada qué comer ni beber. Los niños, que por un momento parecían ser todos los del mundo, se pusieron a llorar al mismo tiempo, y empezó a levantarse de la muchedumbre un olor de rebaño. Era el tiempo de los instintos. Lo único que alcancé a comer en medio de la rebatiña fueron los dos últimos vasos de helado de crema en una tienda infantil. Me los tomé poco a poco en el mostrador, mientras los camareros ponían las sillas sobre las mesas a medida que se desocupaban, y viéndome a mí mismo en el espejo del fondo, con el último vasito de cartón y la última cucharita de cartón, y pensando en la bella.

El vuelo de Nueva York, previsto para las once de la mañana, salió a las ocho de la noche. Cuando por fin logré embarcar, los pasajeros de la primera clase estaban ya en su sitio, y una azafata me condujo al mío. Me quedé sin aliento. En la poltrona vecina, junto a la ventanilla, la bella estaba tomando posesión de su espacio con el dominio de los viajeros

expertos. “Si alguna vez escribiera esto, nadie me lo creería”, pensé. Y apenas si intenté en mi media lengua un saludo indeciso que ella no percibió.

Se instaló como para vivir muchos años, poniendo cada cosa en su sitio y en su orden, hasta que el lugar quedó tan bien dispuesto como la casa ideal donde todo estaba al alcance de la mano. Mientras lo hacía, el sobrecargo nos llevó la champaña de bienvenida. Cogí una copa para ofrecérsela a ella, pero me arrepentí a tiempo. Pues sólo quiso un vaso de agua, y le pidió al sobrecargo, primero en un francés inaccesible y luego en un inglés apenas más fácil, que no la despertara por ningún motivo durante el vuelo. Su voz grave y tibia arrastraba una tristeza oriental.

Cuando le llevaron el agua, abrió sobre las rodillas un cofre de tocador con esquinas de cobre, como los baúles de las abuelas, y sacó dos pastillas doradas de un estuche donde llevaba otras de colores diversos. Hacía todo de un modo metódico y parsimonioso, como si no hubiera nada que no estuviera previsto para ella desde su nacimiento. Por último bajó la cortina de la ventana, extendió la poltrona al máximo, se cubrió con la manta hasta la cintura sin quitarse los zapatos, se puso el antifaz de dormir, se acostó de medio lado en la poltrona, de espaldas a mí, y durmió sin una sola pausa, sin un suspiro, sin un cambio mínimo de posición, durante las ocho horas eternas y los doce minutos de sobra que duró el vuelo a Nueva York.

Fue un viaje intenso. Siempre he creído que no hay nada más hermoso en la naturaleza que una mujer hermosa, de modo que me fue imposible escapar ni un instante al hechizo de aquella criatura de fábula que dormía a mi lado. El sobrecargo había desaparecido tan pronto como despegamos, y fue reemplazado por una azafata cartesiano que trató de despertar a la bella para darle el estuche de tocador y los auriculares para la música. Le repetí la advertencia que ella le había hecho al sobrecargo, pero la azafata insistió para oír de ella misma que tampoco quería cenar. Tuvo que confirmárselo el sobrecargo, y aun así me reprendió porque la bella no se hubiera colgado en el cuello el cartoncito con la orden de no despertarla.

Hice una cena solitaria, diciéndome en silencio lo que le hubiera dicho a ella si hubiera estado despierta. Su sueño era tan estable, que en cierto momento tuve la inquietud de que las pastillas que se había tomado no fueran para dormir sino para morir. Antes de cada trago, levantaba la copa y brindaba.

—A tu salud, bella.

Terminada la cena apagaron las luces, dieron la película para nadie, y los dos quedamos solos en la penumbra del mundo. La tormenta más grande del siglo había

pasado, y la noche del Atlántico era inmensa y límpida, y el avión parecía inmóvil entre las estrellas. Entonces la contemplé palmo a palmo durante varias horas, y la única señal de vida que pude percibir fueron las sombras de los sueños que pasaban por su frente como las nubes en el agua. Tenía en el cuello una cadena tan fina que era casi invisible sobre su piel de oro, las orejas perfectas sin puntadas para los aretes, las uñas rosadas de la buena salud, y un anillo liso en la mano izquierda. Como no parecía tener más de veinte años me consolé con la idea de que no fuera un anillo de bodas sino el de un noviazgo efímero. “Saber que duermes tú, cierta, segura, cauce fiel de abandono, línea pura, tan cerca de mis brazos maniatados”, pensé, repitiendo en la cresta de espumas, de champaña el soneto magistral de Gerardo Diego. Luego extendí la poltrona a la altura de la suya, y quedamos acostados más cerca que en una cama matrimonial. El clima de su respiración era el mismo de la voz, y su piel exhalaba un hálito tenue que sólo podía ser el olor propio de su belleza. Me parecía increíble: en la primavera anterior había leído una hermosa novela de Yasunari Kawabata sobre los ancianos burgueses de Kyoto que pagaban sumas enormes para pasar la noche contemplando a las muchachas más bellas de la ciudad, desnudas y narcotizadas, mientras ellos agonizaban de amor en la misma cama. No podían despertarlas, ni tocarlas, y ni siquiera lo intentaban, porque la esencia de placer era verlas dormir. Aquella noche, velando el sueño de la bella, no sólo entendí aquel refinamiento senil, sino que lo viví a plenitud.

—Quién iba a creerlo —me dije, con el amor propio exacerbado por la champaña—:
Yo, anciano japonés a estas alturas.

Creo que dormí varias horas, vencido por la champaña y los fogonazos mudos de la película, Y desperté con la cabeza agrietada. Fui al baño. Dos lugares detrás del mío yacía la anciana de las once maletas despatarrada de mala manera en la poltrona. Parecía un muerto olvidado en el campo de batalla. En el suelo, a mitad del pasillo, estaban sus lentes de leer con el collar de cuentas de colores, y por un instante disfruté de la dicha mezquina de no recogerlos.

Después de desahogarme de los excesos de champaña me sorprendí a mí mismo en el espejo, indigno y feo, y me asombré de que fueran tan terribles los estragos del amor. De pronto el avión se fue a pique, se enderezó como pudo, y prosiguió volando al galope. La orden de volver al asiento se encendió. Salí en estampida, con la ilusión de que sólo las turbulencias de Dios despertaran a la bella, y que tuviera que refugiarse en mis brazos huyendo del terror. En la prisa estuve a punto de pisar los lentes de la holandesa, y me hubiera alegrado. Pero volví sobre mis pasos, los recogí, y se los puse en el regazo,

agradecido de pronto de que no hubiera escogido antes que yo el asiento número cuatro.

El sueño de la bella era invencible. Cuando el avión se estabilizó, tuve que resistir la tentación de sacudirla con cualquier pretexto, porque lo único que deseaba en aquella última hora de vuelo era verla despierta, aunque fuera enfurecida, para que yo pudiera recobrar mi libertad, y tal vez mi juventud. Pero no fui capaz. "Carajo", me dije, con un gran desprecio. "¡Por qué no nací Tauro!".

Despertó sin ayuda en el instante en que se encendieron los anuncios del aterrizaje, y estaba tan bella y lozana como si hubiera dormido en un rosal. Sólo entonces caí en la cuenta de que los vecinos de asiento en los aviones, igual que los matrimonios viejos, no se dan los buenos días al despertar. Tampoco ella. Se quitó el antifaz, abrió los ojos radiantes, enderezó la poltrona, tiró a un lado la manta, se sacudió las crines que se peinaban solas con su propio peso, volvió a ponerse el cofre en las rodillas, y se hizo un maquillaje rápido y superfluo, que le alcanzó justo para no mirarme hasta que la puerta se abrió. Entonces se puso la chaqueta de lince, pasó casi por encima de mí con una disculpa convencional en castellano puro de las Américas, y se fue sin despedirse siquiera, sin agradecerme al menos lo mucho que hice por nuestra noche feliz, y desapareció hasta el sol de hoy en la amazonia de Nueva York.

ESPANTOS DE AGOSTO

Gabriel García Márquez

Llegamos a Arezzo un poco antes del medio día, y perdimos más de dos horas buscando el castillo renacentista que el escritor venezolano Miguel Otero Silva había comprado en aquel recodo idílico de la campiña toscana. Era un domingo de principios de agosto, ardiente y bullicioso, y no era fácil encontrar a alguien que supiera algo en las calles abarrotadas de turistas. Al cabo de muchas tentativas inútiles volvimos al automóvil, abandonamos la ciudad por un sendero de cipreses sin indicaciones viales, y una vieja pastora de gansos nos indicó con precisión dónde estaba el castillo. Antes de despedirse nos preguntó si pensábamos dormir allí, y le contestamos, como lo teníamos previsto, que sólo íbamos a almorzar.

-Menos mal -dijo ella- porque en esa casa espantan.

Mi esposa y yo, que no creemos en aparecidos del medio día, nos burlamos de su credulidad. Pero nuestros dos hijos, de nueve y siete años, se pusieron dichosos con la idea de conocer un fantasma de cuerpo presente.

Miguel Otero Silva, que además de buen escritor era un anfitrión espléndido y un comedor refinado, nos esperaba con un almuerzo de nunca olvidar. Como se nos había hecho tarde no tuvimos tiempo de conocer el interior del castillo antes de sentarnos a la mesa, pero su aspecto desde fuera no tenía nada de pavoroso, y cualquier inquietud se disipaba con la visión completa de la ciudad desde la terraza florida donde estábamos almorzando. Era difícil creer que en aquella colina de casas encaramadas, donde apenas cabían noventa mil personas, hubieran nacido tantos hombres de genio perdurable. Sin embargo, Miguel Otero Silva nos dijo con su humor caribe que ninguno de tantos era el más insigne de Arezzo.

-El más grande -sentenció- fue Ludovico.

Así, sin apellidos: Ludovico, el gran señor de las artes y de la guerra, que había construido aquel castillo de su desgracia, y de quien Miguel nos habló durante todo el almuerzo. Nos habló de su poder inmenso, de su amor contrariado y de su muerte espantosa. Nos contó cómo fue que en un instante de locura del corazón había apuñalado a su dama en el lecho donde acababan de amarse, y luego azuzó contra sí mismo a sus feroces perros de guerra que lo despedazaron a dentelladas. Nos aseguró, muy en serio, que a partir de la media noche el espectro de Ludovico deambulaba por la casa en tinieblas tratando de conseguir el sosiego en su purgatorio de amor.

El castillo, en realidad, era inmenso y sombrío. Pero a pleno día, con el estómago lleno y el corazón contento, el relato de Miguel no podía parecer sino una broma como tantas otras tuyas para entretener a sus invitados. Los ochenta y dos cuartos que recorrimos sin asombro después de la siesta, habían padecido toda clase de mudanzas de sus dueños sucesivos. Miguel había restaurado por completo la planta baja y se había hecho construir un dormitorio moderno con suelos de mármol e instalaciones para sauna y cultura física, y la terraza de flores intensas donde habíamos almorzado. La segunda planta, que había sido la más usada en el curso de los siglos, era una sucesión de cuartos sin ningún carácter, con muebles de diferentes épocas abandonados a su suerte. Pero en la última se conservaba una habitación intacta por donde el tiempo se había olvidado de pasar. Era el dormitorio de Ludovico.

Fue un instante mágico. Allí estaba la cama de cortinas bordadas con hilos de oro, y el sobrecama de prodigios de pasamanería todavía acartonado por la sangre seca de la amante sacrificada. Estaba la chimenea con las cenizas heladas y el último leño convertido

en piedra, el armario con sus armas bien cebadas, y el retrato al óleo del caballero pensativo en un marco de oro, pintado por alguno de los maestros florentinos que no tuvieron la fortuna de sobrevivir a su tiempo. Sin embargo, lo que más me impresionó fue el olor de fresas recientes que permanecía estancado sin explicación posible en el ámbito del dormitorio.

Los días del verano son largos y parsimoniosos en la Toscana, y el horizonte se mantiene en su sitio hasta las nueve de la noche. Cuando terminamos de conocer el castillo eran más de las cinco, pero Miguel insistió en llevarnos a ver los frescos de Piero della Francesca en la Iglesia de San Francisco, luego nos tomamos un café bien conversado bajo las pérgolas de la plaza, y cuando regresamos para recoger las maletas encontramos la cena servida. De modo que nos quedamos a cenar.

Mientras lo hacíamos, bajo un cielo malva con una sola estrella, los niños prendieron unas antorchas en la cocina, y se fueron a explorar las tinieblas en los pisos altos. Desde la mesa oíamos sus galopes de caballos cerreros por las escaleras, los lamentos de las puertas, los gritos felices llamando a Ludovico en los cuartos tenebrosos. Fue a ellos a quienes se les ocurrió la mala idea de quedarnos a dormir. Miguel Otero Silva los apoyó encantado, y nosotros no tuvimos el valor civil de decirles que no.

Al contrario de lo que yo temía, dormimos muy bien, mi esposa y yo en un dormitorio de la planta baja y mis hijos en el cuarto contiguo. Ambos habían sido modernizados y no tenían nada de tenebrosos. Mientras trataba de conseguir el sueño conté los doce toques insomnes del reloj de péndulo de la sala, y me acordé de la advertencia pavorosa de la pastora de gansos. Pero estábamos tan cansados que nos dormimos muy pronto, en un sueño denso y continuo, y desperté después de las siete con un sol espléndido entre las enredaderas de la ventana. A mi lado, mi esposa navegaba en el mar apacible de los inocentes. "Qué tontería - me dije-, que alguien siga creyendo en fantasmas por estos tiempos". Sólo entonces me estremeció el olor de fresas recién cortadas, y vi la chimenea con las cenizas frías y el último leño convertido en piedra, y el retrato del caballero triste que nos miraba desde tres siglos antes en el marco de oro. Pues no estábamos en la alcoba de la planta baja donde nos habíamos acostado la noche anterior, sino en el dormitorio de Ludovico, bajo la cornisa y las cortinas polvorientas y las sábanas empapadas de sangre todavía caliente de su cama maldita.

LA LUZ ES COMO EL AGUA

Gabriel García Márquez

En Navidad los niños volvieron a pedir un bote de remos.

-De acuerdo -dijo el papá, lo compraremos cuando volvamos a Cartagena.

Totó, de nueve años, y Joel, de siete, estaban más decididos de lo que sus padres creían.

-No -dijeron a coro-. Nos hace falta ahora y aquí.

-Para empezar -dijo la madre-, aquí no hay más aguas navegables que la que sale de la ducha.

Tanto ella como el esposo tenían razón. En la casa de Cartagena de Indias había un patio con un muelle sobre la bahía, y un refugio para dos yates grandes. En cambio aquí en Madrid vivían apretados en el piso quinto del número 47 del Paseo de la Castellana. Pero al final ni él ni ella pudieron negarse, porque les habían prometido un bote de remos con su sextante y su brújula si se ganaban el laurel del tercer año de primaria, y se lo habían ganado. Así que el papá compró todo sin decirle nada a su esposa, que era la más reacia a pagar deudas de juego. Era un precioso bote de aluminio con un hilo dorado en la línea de flotación.

-El bote está en el garaje -reveló el papá en el almuerzo-. El problema es que no hay cómo subirlo ni por el ascensor ni por la escalera, y en el garaje no hay más espacio disponible.

Sin embargo, la tarde del sábado siguiente los niños invitaron a sus condiscípulos para subir el bote por las escaleras, y lograron llevarlo hasta el cuarto de servicio.

-Felicitaciones -les dijo el papá ¿ahora qué?

-Ahora nada -dijeron los niños-. Lo único que queríamos era tener el bote en el cuarto, y ya está.

La noche del miércoles, como todos los miércoles, los padres se fueron al cine. Los niños, dueños y señores de la casa, cerraron puertas y ventanas, y rompieron la bombilla

encendida de una lámpara de la sala. Un chorro de luz dorada y fresca como el agua empezó a salir de la bombilla rota, y lo dejaron correr hasta que el nivel llegó a cuatro palmos. Entonces cortaron la corriente, sacaron el bote, y navegaron a placer por entre las islas de la casa.

Esta aventura fabulosa fue el resultado de una ligereza mía cuando participaba en un seminario sobre la poesía de los utensilios domésticos. Totó me preguntó cómo era que la luz se encendía con sólo apretar un botón, y yo no tuve el valor de pensarlo dos veces.

-La luz es como el agua -le contesté: uno abre el grifo, y sale.

De modo que siguieron navegando los miércoles en la noche, aprendiendo el manejo del sextante y la brújula, hasta que los padres regresaban del cine y los encontraban dormidos como ángeles de tierra firme. Meses después, ansiosos de ir más lejos, pidieron un equipo de pesca submarina. Con todo: máscaras, aletas, tanques y escopetas de aire comprimido.

-Está mal que tengan en el cuarto de servicio un bote de remos que no les sirve para nada -dijo el padre-. Pero está peor que quieran tener además equipos de buceo.

-¿Y si nos ganamos la gardenia de oro del primer semestre? -dijo Joel.

-No -dijo la madre, asustada-. Ya no más.

El padre le reprochó su intransigencia.

-Es que estos niños no se ganan ni un clavo por cumplir con su deber -dijo ella-, pero por un capricho son capaces de ganarse hasta la silla del maestro.

Los padres no dijeron al fin ni que sí ni que no. Pero Totó y Joel, que habían sido los últimos en los dos años anteriores, se ganaron en julio las dos gardenias de oro y el reconocimiento público del rector. Esa misma tarde, sin que hubieran vuelto a pedirlos, encontraron en el dormitorio los equipos de buzos en su empaque original. De modo que el miércoles siguiente, mientras los padres veían *El último tango en París*, llenaron el apartamento hasta la altura de dos brazas, bucearon como tiburones mansos por debajo de los muebles y las camas, y rescataron del fondo de la luz las cosas que durante años se habían perdido en la oscuridad.

En la premiación final los hermanos fueron aclamados como ejemplo para la escuela, y les dieron diplomas de excelencia. Esta vez no tuvieron que pedir nada, porque los padres les preguntaron qué querían. Ellos fueron tan razonables, que sólo quisieron una fiesta en casa para agasajar a los compañeros de curso.

El papá, a solas con su mujer, estaba radiante.

-Es una prueba de madurez -dijo.

-Dios te oiga -dijo la madre.

El miércoles siguiente, mientras los padres veían *La Batalla de Argel*, la gente que pasó por la Castellana vio una cascada de luz que caía de un viejo edificio escondido entre los árboles. Salía por los balcones, se derramaba a raudales por la fachada, y se encauzó por la gran avenida en un torrente dorado que iluminó la ciudad hasta el Guadarrama.

Llamados de urgencia, los bomberos forzaron la puerta del quinto piso, y encontraron la casa rebosada de luz hasta el techo. El sofá y los sillones forrados en piel de leopardo flotaban en la sala a distintos niveles, entre las botellas del bar y el piano de cola y su mantón de Manila que aleteaba a media agua como una mantarraya de oro. Los utensilios domésticos, en la plenitud de su poesía, volaban con sus propias alas por el cielo de la cocina. Los instrumentos de la banda de guerra, que los niños usaban para bailar, flotaban al garette entre los peces de colores liberados de la pecera de mamá, que eran los únicos que flotaban vivos y felices en la vasta ciénaga iluminada. En el cuarto de baño flotaban los cepillos de dientes de todos, los preservativos de papá, los pomos de cremas y la dentadura de repuesto de mamá, y el televisor de la alcoba principal flotaba de costado, todavía encendido en el último episodio de la película de media noche prohibida para niños.

Al final del corredor, flotando entre dos aguas, Totó estaba sentado en la popa del bote, aferrado a los remos y con la máscara puesta, buscando el faro del puerto hasta donde le alcanzó el aire de los tanques, y Joel flotaba en la proa buscando todavía la altura de la estrella polar con el sextante, y flotaban por toda la casa sus treinta y siete compañeros de clase, eternizados en el instante de hacer pipí en la maceta de geranios, de cantar el himno de la escuela con la letra cambiada por versos de burla contra el rector, de beberse a escondidas un vaso de brandy de la botella de papá. Pues habían abierto tantas luces al

mismo tiempo que la casa se había rebotado, y todo el cuarto año elemental de la escuela de San Julián el Hospitalario se había ahogado en el piso quinto del número 47 del Paseo de la Castellana. En Madrid de España, una ciudad remota de veranos ardientes y vientos helados, sin mar ni río, y cuyos aborígenes de tierra firme nunca fueron maestros en la ciencia de navegar en la luz.

LA PRODIGIOSA TARDE DE BALTAZAR

(*Los funerales de la Mamá Grande*, 1962)

LA JAULA ESTABA terminada. Baltazar la colgó en el alero, por la fuerza de la costumbre, y cuando acabó de almorzar ya se decía por todos lados que era la jaula más bella del mundo. Tanta gente vino a verla, que se formó un tumulto frente a la casa, y Baltazar tuvo que descolgarla y cerrar la carpintería.

—Tienes que afeitarte —le dijo Úrsula, su mujer—. Pareces un capuchino.

—Es malo afeitarse después del almuerzo —dijo Baltazar.

Tenía una barba de dos semanas, un cabello corto, duro y parado como las crines de un mulo, y una expresión general de muchacho Pero era una expresión falsa. En febrero había cumplido 30 años, vivía con Úrsula desde hacía cuatro, sin casarse y sin tener hijos, y la vida le había dado muchos motivos para estar alerta, pero ninguno para estar asustado. Ni siquiera sabía que para algunas personas, la jaula que acababa de hacer era la más bella del mundo. Para él, acostumbrado a hacer jaulas desde niño, aquél había sido apenas un trabajo más arduo que los otros.

—Entonces repósate un rato —dijo la mujer—. Con esa barba no puedes presentarte en ninguna parte.

Mientras reposaba tuvo que abandonar la hamaca varias veces para mostrar la jaula a los vecinos. Úrsula no le había prestado atención hasta entonces. Estaba disgustada porque su marido había descuidado el trabajo de la carpintería para dedicarse por entero a la jaula, y durante dos semanas había dormido mal, dando tumbos y hablando disparates, y no había vuelto a pensar en afeitarse. Pero el disgusto se disipó ante la jaula terminada. Cuando Baltazar despertó de la siesta, ella le había planchado los pantalones y una camisa, los había puesto en un asiento junto a la hamaca, y había llevado la jaula a la mesa del comedor. La contemplaba en silencio.

—¿Cuánto vas a cobrar? —preguntó.

—No sé —contestó Baltazar—. Voy a pedir treinta pesos para ver si me dan veinte.

—Pide cincuenta —dijo Úrsula—. Te has trasnochado mucho en estos quince días. Además, es bien grande. Creo que es la jaula más grande que he visto en mi vida.

Baltazar empezó a afeitarse.

—¿Crees que me darán los cincuenta pesos?

—Eso no es nada para don Chepe Montiel, y la jaula los vale —dijo Úrsula—. Debías pedir sesenta.

La casa yacía en una penumbra sofocante. Era la primera semana de abril y el calor parecía menos soportable por el pito de las chicharras. Cuando acabó de vestirse, Baltazar abrió la puerta del patio para refrescar la casa, y un grupo de niños entró en el comedor.

La noticia se había extendido. El doctor Octavio Giraldo, un médico viejo, contento de la vida pero cansado de la profesión, pensaba en la jaula de Baltazar mientras almorzaba con su esposa inválida. En la terraza interior donde ponían la mesa en los días de calor, había muchas macetas con flores y dos jaulas con canarios. A su esposa le gustaban los pájaros, y le gustaban tanto que odiaba a los gatos porque eran capaces de corriérselos. Pensando en ella, el doctor Giraldo fue esa tarde a visitar a un enfermo, y al regreso pasó por la casa de Baltazar a conocer la jaula.

Había mucha gente en el comedor. Puesta en exhibición sobre la mesa, la enorme cúpula de alambre con tres pisos interiores, con pasadizos y compartimientos especiales para comer y dormir, y trapecios en el espacio reservado al recreo de los pájaros, parecía el modelo reducido de una gigantesca fábrica de hielo. El médico la examinó cuidadosamente, sin tocarla, pensando que en efecto aquella jaula era superior a su propio prestigio, y mucho más bella de lo que había soñado jamás para su mujer.

—Esto es una aventura de la imaginación —dijo. Buscó a Baltazar en el grupo, y agregó, fijos en él sus ojos maternales—: Hubieras sido un extraordinario arquitecto.

Baltazar se ruborizó.

—Gracias —dijo.

—Es verdad —dijo el médico. Tenía una gordura lisa y tierna como la de una mujer que fue hermosa en su juventud, y unas manos delicadas. Su voz parecía la de

un cura hablando en latín—. Ni siquiera será necesario ponerle pájaros —dijo, haciendo girar la jaula frente a los ojos del público, como si la estuviera vendiendo—. Bastará con colgarla entre los árboles para que cante sola. —Volvió a ponerla en la mesa, pensó un momento, mirando la jaula, y dijo:— Bueno, pues me la llevo.

—Está vendida —dijo Úrsula.

—Es del hijo de don Chopo Montiel —dijo Baltazar—. La mandó a hacer expresamente.

El médico asumió una actitud respetable.

—¿Te dio el modelo?

—No —dijo Baltazar—. Dijo que quería una jaula grande, como ésa, para una pareja de turpiales.

El médico miró la jaula.

—Pero ésta no es para turpiales.

—Claro que sí, doctor —dijo Baltazar, acercándose a la mesa. Los niños lo rodearon—. Las medidas están bien calculadas —dijo, señalando con el índice los diferentes compartimientos. Luego golpeó la cúpula con los nudillos, y la jaula se llenó de acordes profundos—. Es el alambre más resistente que se puede encontrar, y cada juntura está soldada por dentro y por fuera —dijo.

—Sirve hasta para un loro —intervino uno de los niños.

—Así es —dijo Baltazar.

El médico movió la cabeza.

—Bueno, pero no te dio el modelo —dijo—. No te hizo ningún encargo preciso, aparte de que fuera una jaula grande para turpiales. ¿No es así?

—Así es —dijo Baltazar.

—Entonces no hay problema —dijo el médico—. Una cosa es una jaula grande para turpiales y otra cosa es esta jaula. No hay pruebas de que sea ésta la que te mandaron hacer.

—Es esta misma —dijo Baltazar, ofuscado—. Por eso la hice.

El médico hizo un gesto de impaciencia.

—Podrías hacer otra —dijo Úrsula, mirando a su marido. Y después, hacia el médico—: Usted no tiene apuro.

—Se la prometí a mi mujer para esta tarde —dijo el médico.

—Lo siento mucho, doctor —dijo Baltazar—, pero no se puede vender una cosa que ya está vendida.

El médico se encogió de hombros. Secándose el sudor del cuello con un pañuelo, contempló la jaula en silencio, sin mover la mirada de un mismo punto indefinido, como se mira un barco que se va.

—¿Cuánto te dieron por ella?

Baltazar buscó a Úrsula sin responder.

—Sesenta pesos —dijo ella.

El médico siguió mirando la jaula.

—Es muy bonita —suspiró—. Sumamente bonita. —Luego, moviéndose hacia la puerta, empezó a abanicarse con energía, sonriente, y el recuerdo de aquel episodio desapareció para siempre de su memoria.

—Montiel es muy rico —dijo.

En verdad, José Montiel no era tan rico como parecía, pero había sido capaz de todo por llegar a serlo. A pocas cuadras de allí, en una casa atiborrada de arneses donde nunca se había sentido un olor que no se pudiera vender, permanecía indiferente a la novedad de la jaula. Su esposa, torturada por la obsesión de la muerte, cerró puertas y ventanas después del almuerzo y yació dos horas con los ojos abiertos en la penumbra del cuarto, mientras José Montiel hacía la siesta. Así la sorprendió un alboroto de muchas voces. Entonces abrió la puerta de la sala y vio un tumulto frente a la casa, y a Baltazar con la jaula en medio del tumulto, vestido de blanco y acabado de afeitar, con esa expresión de decoroso candor con que los pobres llegan a la casa de los ricos.

—Qué cosa tan maravillosa —exclamó la esposa de José Montiel, con una expresión radiante, conduciendo a Baltazar hacia el interior—. No había visto nada igual en mi vida —dijo, y agregó, indignada con la multitud que se agolpaba en la puerta—: Pero llévesela para adentro que nos van a convertir la sala en una gallera.

Baltazar no era un extraño en la casa de José Montiel. En distintas ocasiones, por su eficacia y buen cumplimiento, había sido llamado para hacer trabajos de carpintería menor. Pero nunca se sintió bien entre los ricos. Solía pensar en ellos, en sus mujeres feas y conflictivas, en sus tremendas operaciones quirúrgicas, y experimentaba siempre un sentimiento de piedad. Cuando entraba en sus casas no podía moverse sin arrastrar los pies.

—¿Está Pepe? —preguntó.

Había puesto la jaula en la mesa del comedir.

—Está en la escuela —dijo la mujer de José Montiel—. Pero ya no debe

demorar. —Y agregó:— Montiel se está bañando.

En realidad José Montiel no había tenido tiempo de bañarse. Se estaba dando una urgente fricción de alcohol alcanforado para salir a ver lo que pasaba. Era un hombre tan prevenido, que dormía sin ventilador eléctrico para vigilar durante el sueño los rumores de la casa.

—Adelaida —gritó—. ¿Qué es lo que pasa?

—Ven a ver qué cosa maravillosa —gritó su mujer.

José Montiel —corpulento y peludo, la toalla colgada en la nuca— se asomó por la ventana del dormitorio.

—¿Qué es eso?

—La jaula de Pepe —dijo Baltazar.

La mujer lo miró perpleja.

—¿De quién?

—De Pepe —confirmó Baltazar. Y después dirigiéndose a José Montiel—: Pepe me la mandó a hacer.

Nada ocurrió en aquel instante, pero Baltazar se sintió como si le hubieran abierto la puerta del baño. José Montiel salió en calzoncillos del dormitorio.

—Pepe —gritó.

—No ha llegado —murmuró su esposa, inmóvil.

Pepe apareció en el vano de la puerta. Tenía unos doce años y las mismas pestañas rizadas y el quieto patetismo de su madre.

—Ven acá —le dijo José Montiel—. ¿Tú mandaste a hacer esto?

El niño bajó la cabeza. Agarrándolo por el cabello, José Montiel lo obligó a mirarlo a los ojos.

—Contesta.

El niño se mordió los labios sin responder.

—Montiel —susurró la esposa.

José Montiel soltó al niño y se volvió hacia Baltazar con una expresión exaltada.

—Lo siento mucho, Baltazar —dijo—. Pero has debido consultarlo conmigo antes de proceder. Sólo a ti se te ocurre contratar con un menor. —A medida que hablaba, su rostro fue recobrando la serenidad. Levantó la jaula sin mirarla y se la dio a Baltazar—. Llévatela en seguida y trata de vendérsela a quien puedas —dijo—. Sobre todo, te ruego que no me discutas. —Le dio una palmadita en la espalda, y explicó:— El médico me ha prohibido coger rabia.

El niño había permanecido inmóvil, sin parpadear, hasta que Baltazar lo miró perplejo con la jaula en la mano. Entonces emitió un sonido gutural, como el ronquido de un perro, y se lanzó al suelo dando gritos.

José Montiel lo miraba impasible, mientras la madre trataba de apaciguarlo.

—No lo levantes —dijo—. Déjalo que se rompa la cabeza contra el suelo y después le echas sal y limón para que rabie con gusto.

El niño chillaba sin lágrimas, mientras su madre lo sostenía por las muñecas.

—Déjalo —insistió José Montiel.

Baltazar observó al niño como hubiera observado la agonía de un animal contagioso. Eran casi las cuatro. A esa hora, en su casa, Úrsula cantaba una canción muy antigua, mientras cortaba rebanadas de cebolla.

—Pepe —dijo Baltazar.

Se acercó al niño, sonriendo, y le tendió la jaula. El niño se incorporó de un salto, abrazó la jaula, que era casi tan grande como él, y se quedó mirando a Baltazar a través del tejido metálico, sin saber qué decir. No había derramado una lágrima.

—Baltazar —dijo Montiel, suavemente—. Ya te dije que te la lleves.

—Devuélvela —ordenó la mujer al niño.

—Quédate con ella —dijo Baltazar. Y luego, a José Montiel—: Al fin y al cabo, para eso la hice.

José Montiel lo persiguió hasta la sala.

—No seas tonto, Baltazar —decía, cerrándole el paso—. Llévate tu trasto para la casa y no hagas más tonterías. No pienso pagarte ni un centavo.

—No importa —dijo Baltazar—. La hice expresamente para regalársela a Pepe. No pensaba cobrar nada.

Cuando Baltazar se abrió paso a través de los curiosos que bloqueaban la puerta, José Montiel daba gritos en el centro de la sala. Estaba muy pálido y sus ojos empezaban a enrojecer.

—Estúpido —gritaba—. Llévate tu cacharro. Lo último que faltaba es que un cualquiera venga a dar órdenes en mi casa. ¡Carajo!

En el salón de billar recibieron a Baltazar con una ovación. Hasta ese momento, pensaba que había hecho una jaula mejor que las otras, que había tenido que regalársela al hijo de José Montiel para que no siguiera llorando, y que ninguna de esas cosas tenía nada de particular. Pero luego se dio cuenta de que todo eso tenía una cierta importancia para muchas personas, y se sintió un poco excitado.

—De manera que te dieron cincuenta pesos por la jaula.

—Sesenta —dijo Baltazar.

—Hay que hacer una raya en el cielo —dijo alguien—. Eres el único que ha logrado sacarle ese montón de plata a don Chepe Montiel. Esto hay que celebrarlo.

Le ofrecieron una cerveza, y Baltazar correspondió con una tanda para todos. Como era la primera vez que bebía, al anochecer es taba completamente borracho, y hablaba de un fabuloso proyecto de mil jaulas de a sesenta pesos, y después de un millón de jaulas hasta completar sesenta millones de pesos.

—Hay que hacer muchas cosas para vendérselas a los ricos antes que se mueran —decía, ciego de la borrachera—. Todos están enfermos y se van a morir. Cómo estarán de jodidos que ya ni siquiera pueden coger bien.

Durante dos horas el tocadiscos automático estuvo por su cuenta tocando sin parar. Todos brindaron por la salud de Baltazar, por su suerte y su fortuna, y por la muerte de los ricos, pero a la hora de la comida lo dejaron solo en el salón.

Úrsula lo había esperado hasta las ocho, con un plato de carne frita cubierto de rebanadas de cebolla. Alguien le dijo que su marido estaba en el salón de billar, loco de felicidad, brindando cerveza a todo el mundo, pero no lo creyó porque Baltazar no se había emborrachado jamás. Cuando se acostó, casi a la medianoche, Baltazar estaba en un salón iluminado, donde había mesitas de cuatro puestos con sillas alrededor, y una pista de baile al aire libre, por donde se paseaban los alcaravanes. Tenía la cara embadurnada de colorete, y como no podía dar un paso más, pensaba que quería acostarse con dos mujeres en la misma cama. Había gastado tanto, que tuvo que dejar el reloj como garantía, con el compromiso de pagar al día siguiente. Un momento después, despatarrado por la calle, se dio cuenta de que le estaban quitando los zapatos, pero no quiso abandonar el sueño más feliz de su vida. Las mujeres que pasaron para la misa de cinco no se atrevieron a mirarlo, creyendo que estaba muerto.

ACUERDATE

Juan Rulfo

Acuérdate de Urbano Gómez, hijo de don Urbano, nieto de Dimas, aquél que dirigía las pastorelas y que murió recitando el "rezonga ángel maldito" cuando la época de la gripe. De esto hace ya años, quizá quince. Pero te debes acordar de él. Acuérdate que le decíamos "el Abuelo" por aquello de que su otro hijo, Fidencio Gómez, tenía dos hijas muy juguetonas:

una prieta y chaparrita, que por mal nombre le decían *la Arremangada*, y la otra que era rete alta y que tenía los ojos zarcos y que hasta se decía que ni era suya y que por más señas estaba enferma del hipo. Acuérdate del relajo que armaba cuando estábamos en misa y que a la mera hora de la Elevación soltaba un ataque de hipo, que parecía como si estuviera riendo y llorando a la vez, hasta que la sacaban fuera y le daban tantita agua con azúcar y entonces se calmaba. Esa acabó casándose con Lucio Chico, dueño de la mezcalera que antes fue de Librado, río arriba, por donde está el molino de linaza de los Teódulos.

Acuérdate que a su madre le decían *la Berenjena* porque siempre andaba metida en líos y de cada lío salía con un muchacho. Se dice que tuvo su dinerito, pero se lo acabó en los entierros, pues todos los hijos se le morían recién nacidos y siempre les mandaba cantar alabanzas, llevándolos al panteón entre música y coros de monaguillos que cantaban "hosannas" y "glorias" y la canción esa de "ahí te mando, Señor, otro angelito". De eso se quedó pobre, porque le resultaba caro cada funeral, por eso de las canelas que les daba a los invitados del velorio. Sólo le vivieron dos, el Urbano y la Natalia, que ya nacieron pobres y a los que ella no vio crecer, porque se murió en el último parto que tuvo, ya de grande, pegada a los cincuenta años.

La debes haber conocido, pues era muy discutidora y cada rato andaba en pleito con las vendedoras en la plaza del mercado porque le querían dar muy caros los jitomates, pegaba gritos y decía que la estaban robando. Después, ya pobre, se le veía rondando entre la basura, juntando rabos de cebolla, ejotes ya sancochados y alguno que otro cañuto de caña "para que se les endulzara la boca a sus hijos". Tenía dos, como ya te digo, que fueron los únicos que se le lograron. Después no se supo ya de ella.

Ese Urbano Gómez era más o menos de nuestra edad, apenas unos meses más grande, muy bueno para jugar a la rayuela y para las trácalas. Acuérdate que nos vendía clavellinas y nosotros se las comprábamos, cuando lo más fácil era ir a cortarlas al cerro. Nos vendía mangos verdes que se robaba del mango que estaba en el patio de la escuela y naranjas con chile que compraba en la portería a dos centavos y que luego nos las revendía a cinco. Rifaba cuanta porquería y media traía en el bolso: canicas ágata, trompos y zumbadores y hasta mayates verdes, de esos a los que se les amarra un hilo en una pata para que no vuelen muy lejos. Nos traficaba a todos, acuérdate.

Era cuñado de Nachito Rivero, aquel que se volvió tonto a los pocos días de casado y que Inés, su mujer, para mantenerse tuvo que poner un puesto de tepeche en la garita del camino real, mientras Nachito se vivía tocando canciones todas refinadas en una mandolina que le prestaban en la peluquería de don Refugio.

Y nosotros íbamos con Urbano a ver a su hermana, a bebernos el tepeche que siempre le quedábamos a deber y que nunca le pagábamos, porque nunca teníamos dinero. Después hasta se quedó sin amigos, porque todos al verlo, le sacábamos la vuelta para que no fuera a cobrarnos.

Quizá entonces se vio malo, o quizá ya era de nacimiento.

Lo expulsaron de la escuela antes del quinto año, porque lo encontraron con su prima *la Arremangada* jugando a marido y mujer detrás de los lavaderos, metidos en un aljibe seco. Lo sacaron de las orejas por la puerta grande entre el risón de todos, pasándolo por una fila de muchachos y muchachas para avergonzarlo. Y él pasó por allí, con la cara levantada, amenazándolos a todos con la mano y como diciendo: "Ya me las pagarán caro".

Y después a ella, que salió haciendo pucheros y con la mirada raspando los ladrillos, hasta que ya en la puerta soltó el llanto; un chillido que se estuvo oyendo toda la tarde como si fuera un aullido de coyote.

Sólo que te falle mucho la memoria, no te has de acordar de eso.

Dicen que su tío Fidencio, el del molino, le arrimó una paliza que por poco y lo deja parálisis, y que él, de coraje, se fue del pueblo.

Lo cierto es que no lo volvimos a ver sino cuando apareció de vuelta aquí convertido en policía. Siempre estaba en la plaza de armas, sentado en la banca con la carabina entre las piernas y mirando con mucho odio a todos. No hablaba con nadie. No saludaba a nadie. Y si uno lo miraba, él se hacía el desentendido como si no conociera a la gente.

Fue entonces cuando mató a su cuñado, el de la mandolina. Al Nachito se le ocurrió ir a darle una serenata, ya de noche, poquito después de las ocho y cuando las campanas todavía estaban tocando el toque de Ánimas. Entonces se oyeron los gritos y la gente que estaba en la Iglesia rezando el rosario salió a la carrera y allí los vieron: al Nachito

defendiéndose patas arriba con la mandolina y al Urbano mandándole un culatazo tras otro con el máuser, sin oír lo que le gritaba la gente, rabioso, como perro del mal. Hasta que un fulano que no era ni de por aquí se desprendió de la muchedumbre y fue y le quitó la carabina y le dio con ella en la espalda, doblándolo sobre la banca del jardín donde se estuvo tendido.

Allí lo dejaron pasar la noche. Cuando amaneció se fue. Dicen que antes estuvo en el curato y que hasta le pidió la bendición al padre cura, pero que él no se la dio.

Lo detuvieron en el camino. Iba cojeando, y mientras se sentó a descansar llegaron a él. No se opuso. Dicen que él mismo se amarró la soga en el pescuezo y que hasta escogió el árbol que más le gustaba para que lo ahorcaran.

Tú te debes acordar de él, pues fuimos compañeros de escuela y lo conociste como yo

Diles que no me maten!

Juan Rulfo

-¡Diles que no me maten, Justino! Anda, vete a decirles eso. Que por caridad. Así diles. Diles que lo hagan por caridad.

-No puedo. Hay allí un sargento que no quiere oír hablar nada de ti.

-Haz que te oiga. Date tus mañas y dile que para sustos ya ha estado bueno. Dile que lo haga por caridad de Dios.

-No se trata de sustos. Parece que te van a matar de a de veras. Y yo ya no quiero volver allá.

-Anda otra vez. Solamente otra vez, a ver qué consigues.

-No. No tengo ganas de eso, yo soy tu hijo. Y si voy mucho con ellos, acabarán por saber quién soy y les dará por afusilarme a mí también. Es mejor dejar las cosas de este tamaño.

-Anda, Justino. Diles que tengan tantita lástima de mí. Nomás eso diles.

Justino apretó los dientes y movió la cabeza diciendo:

-No.

Y siguió sacudiendo la cabeza durante mucho rato.

Justino se levantó de la pila de piedras en que estaba sentado y caminó hasta la puerta del corral. Luego se dio vuelta para decir:

-Voy, pues. Pero si de perdida me afusilan a mí también, ¿quién cuidará de mi mujer y de los hijos?

-La Providencia, Justino. Ella se encargará de ellos. Ocúpate de ir allá y ver qué cosas haces por mí. Eso es lo que urge.

Lo habían traído de madrugada. Y ahora era ya entrada la mañana y él seguía todavía allí, amarrado a un horcón, esperando. No se podía estar quieto. Había hecho el intento de dormir un rato para apaciguarse, pero el sueño se le había ido. También se le había ido el hambre. No tenía ganas de nada. Sólo de vivir. Ahora que sabía bien a bien que lo iban a matar, le habían entrado unas ganas tan grandes de vivir como sólo las puede sentir un recién resucitado. Quién le iba a decir que volvería aquel asunto tan viejo, tan rancio, tan enterrado como creía que estaba. Aquel asunto de cuando tuvo que matar a don Lupe. No nada más por nomás, como quisieron hacerle ver los de Alima, sino porque tuvo sus razones. Él se acordaba:

Don Lupe Terreros, el dueño de la Puerta de Piedra, por más señas su compadre. Al que él, Juvencio Nava, tuvo que matar por eso; por ser el dueño de la Puerta de Piedra y que, siendo también su compadre, le negó el pasto para sus animales.

Primero se aguantó por puro compromiso. Pero después, cuando la sequía, en que vio cómo se le morían uno tras otro sus animales hostigados por el hambre y que su compadre don Lupe seguía negándole la yerba de sus potreros, entonces fue cuando se puso a romper la cerca y a arrear la bola de animales flacos hasta las paraneras para que se hartaran de comer. Y eso no le había gustado a don Lupe, que mandó tapar otra vez la cerca para que él, Juvencio Nava, le volviera a abrir otra vez el agujero. Así, de día se tapaba el agujero y de noche se volvía a abrir, mientras el ganado estaba allí, siempre pegado a la cerca,

siempre esperando; aquel ganado suyo que antes nomás se vivía oliendo el pasto sin poder probarlo.

Y él y don Lupe alegaban y volvían a alegar sin llegar a ponerse de acuerdo. Hasta que una vez don Lupe le dijo:

-Mira, Juvencio, otro animal más que metas al potrero y te lo mato.

Y él contestó:

-Mire, don Lupe, yo no tengo la culpa de que los animales busquen su acomodo. Ellos son inocentes. Ahí se lo haiga si me los mata.

"Y me mató un novillo.

"Esto pasó hace treinta y cinco años, por marzo, porque ya en abril andaba yo en el monte, corriendo del exhorto. No me valieron ni las diez vacas que le di al juez, ni el embargo de mi casa para pagarle la salida de la cárcel. Todavía después, se pagaron con lo que quedaba nomás por no perseguirme, aunque de todos modos me perseguían. Por eso me vine a vivir junto con mi hijo a este otro terrenito que yo tenía y que se nombra Palo de Venado. Y mi hijo creció y se casó con la nuera Ignacia y tuvo ya ocho hijos. Así que la cosa ya va para viejo, y según eso debería estar olvidada. Pero, según eso, no lo está.

"Yo entonces calculé que con unos cien pesos quedaba arreglado todo. El difunto don Lupe era solo, solamente con su mujer y los dos muchachitos todavía de a gatas. Y la viuda pronto murió también dizque de pena. Y a los muchachitos se los llevaron lejos, donde unos parientes. Así que, por parte de ellos, no había que tener miedo.

"Pero los demás se atuvieron a que yo andaba exhortado y enjuiciado para asustarme y seguir robándome. Cada vez que llegaba alguien al pueblo me avisaban:

"-Por ahí andan unos fureños, Juvencio.

"Y yo echaba pal monte, entreverándome entre los madroños y pasándome los días comiendo verdolagas. A veces tenía que salir a la media noche, como si me fueran correteando los perros. Eso duró toda la vida . No fue un año ni dos. Fue toda la vida."

Y ahora habían ido por él, cuando no esperaba ya a nadie, confiado en el olvido en que lo tenía la gente; creyendo que al menos sus últimos días los pasaría tranquilos. "Al menos esto -pensó- conseguiré con estar viejo. Me dejarán en paz".

Se había dado a esta esperanza por entero. Por eso era que le costaba trabajo imaginar morir así, de repente, a estas alturas de su vida, después de tanto pelear para librarse de la muerte; de haberse pasado su mejor tiempo tirando de un lado para otro arrastrado por los sobresaltos y cuando su cuerpo había acabado por ser un puro pellejo correoso curtido por los malos días en que tuvo que andar escondiéndose de todos.

Por si acaso, ¿no había dejado hasta que se le fuera su mujer? Aquel día en que amaneció con la nueva de que su mujer se le había ido, ni siquiera le pasó por la cabeza la intención de salir a buscarla. Dejó que se fuera sin indagar para nada ni con quién ni para dónde, con tal de no bajar al pueblo. Dejó que se le fuera como se le había ido todo lo demás, sin meter las manos. Ya lo único que le quedaba para cuidar era la vida, y ésta la conservaría a como diera lugar. No podía dejar que lo mataran. No podía. Mucho menos ahora.

Pero para eso lo habían traído de allá, de Palo de Venado. No necesitaron amarrarlo para que los siguiera. Él anduvo solo, únicamente maniatado por el miedo. Ellos se dieron cuenta de que no podía correr con aquel cuerpo viejo, con aquellas piernas flacas como sicuas secas, acalambradas por el miedo de morir. Porque a eso iba. A morir. Se lo dijeron.

Desde entonces lo supo. Comenzó a sentir esa comezón en el estómago que le llegaba de pronto siempre que veía de cerca la muerte y que le sacaba el ansia por los ojos, y que le hinchaba la boca con aquellos buches de agua agria que tenía que tragarse sin querer. Y esa cosa que le hacía los pies pesados mientras su cabeza se le ablandaba y el corazón le pegaba con todas sus fuerzas en las costillas. No, no podía acostumbrarse a la idea de que lo mataran.

Tenía que haber alguna esperanza. En algún lugar podría aún quedar alguna esperanza. Tal vez ellos se hubieran equivocado. Quizá buscaban a otro Juvencio Nava y no al Juvencio Nava que era él.

Caminó entre aquellos hombres en silencio, con los brazos caídos. La madrugada era oscura, sin estrellas. El viento soplaba despacio, se llevaba la tierra seca y traía más, llena de ese olor como de orines que tiene el polvo de los caminos.

Sus ojos, que se habían apenuscado con los años, venían viendo la tierra, aquí, debajo de sus pies, a pesar de la oscuridad. Allí en la tierra estaba toda su vida. Sesenta años de vivir sobre de ella, de encerrarla entre sus manos, de haberla probado como se prueba el sabor de la carne. Se vino largo rato desmenuzándola con los ojos, saboreando cada pedazo como si fuera el último, sabiendo casi que sería el último.

Luego, como queriendo decir algo, miraba a los hombres que iban junto a él. Iba a decirles que lo soltaran, que lo dejaran que se fuera: "Yo no le he hecho daño a nadie, muchachos", iba a decirles, pero se quedaba callado. "Más adelantito se los diré", pensaba. Y sólo los veía. Podía hasta imaginar que eran sus amigos; pero no quería hacerlo. No lo eran. No sabía quiénes eran. Los veía a su lado ladeándose y agachándose de vez en cuando para ver por dónde seguía el camino.

Los había visto por primera vez al pardear de la tarde, en esa hora desteñida en que todo parece chamuscado. Habían atravesado los surcos pisando la milpa tierna. Y él había bajado a eso: a decirles que allí estaba comenzando a crecer la milpa. Pero ellos no se detuvieron.

Los había visto con tiempo. Siempre tuvo la suerte de ver con tiempo todo. Pudo haberse escondido, caminar unas cuantas horas por el cerro mientras ellos se iban y después volver a bajar. Al fin y al cabo la milpa no se lograría de ningún modo. Ya era tiempo de que hubieran venido las aguas y las aguas no aparecían y la milpa comenzaba a marchitarse. No tardaría en estar seca del todo.

Así que ni valía la pena de haber bajado; haberse metido entre aquellos hombres como en un agujero, para ya no volver a salir.

Y ahora seguía junto a ellos, aguantándose las ganas de decirles que lo soltaran. No les veía la cara; sólo veía los bultos que se repegaban o se separaban de él. De manera que cuando se puso a hablar, no supo si lo habían oído. Dijo:

-Yo nunca le he hecho daño a nadie -eso dijo. Pero nada cambió. Ninguno de los bultos pareció darse cuenta. Las caras no se volvieron a verlo. Siguieron igual, como si hubieran venido dormidos.

Entonces pensó que no tenía nada más que decir, que tendría que buscar la esperanza en algún otro lado. Dejó caer otra vez los brazos y entró en las primeras casas del pueblo en medio de aquellos cuatro hombres oscurecidos por el color negro de la noche.

-Mi coronel, aquí está el hombre.

Se habían detenido delante del boquete de la puerta. Él, con el sombrero en la mano, por respeto, esperando ver salir a alguien. Pero sólo salió la voz:

-¿Cuál hombre? -preguntaron.

-El de Palo de Venado, mi coronel. El que usted nos mandó a traer.

-Pregúntale que si ha vivido alguna vez en Alima -volvió a decir la voz de allá adentro.

-¡Ey, tú! ¿Que si has habitado en Alima? -repitió la pregunta el sargento que estaba frente a él.

-Sí. Dile al coronel que de allá mismo soy. Y que allí he vivido hasta hace poco.

-Pregúntale que si conoció a Guadalupe Terreros.

-Que dizque si conociste a Guadalupe Terreros.

-¿A don Lupe? Sí. Dile que sí lo conocí. Ya murió

Entonces la voz de allá adentro cambió de tono:

-Ya sé que murió -dijo-. Y siguió hablando como si platicara con alguien allá, al otro lado de la pared de carrizos:

-Guadalupe Terreros era mi padre. Cuando crecí y lo busqué me dijeron que estaba muerto. Es algo difícil crecer sabiendo que la cosa de donde podemos agarrarnos para enraizar está muerta. Con nosotros, eso pasó.

"Luego supe que lo habían matado a machetazos, clavándole después una pica de buey en el estómago. Me contaron que duró más de dos días perdido y que, cuando lo encontraron tirado en un arroyo, todavía estaba agonizando y pidiendo el encargo de que le cuidaran a su familia.

"Esto, con el tiempo, parece olvidarse. Uno trata de olvidarlo. Lo que no se olvida es llegar a saber que el que hizo aquello está aún vivo, alimentando su alma podrida con la ilusión de la vida eterna. No podría perdonar a ése, aunque no lo conozco; pero el hecho de que se haya puesto en el lugar donde yo sé que está, me da ánimos para acabar con él. No puedo perdonarle que siga viviendo. No debía haber nacido nunca".

Desde acá, desde fuera, se oyó bien claro cuando dijo. Después ordenó:

-¡Llévenselo y amárrenlo un rato, para que padezca, y luego fusílenlo!

-¡Mírame, coronel! -pidió él-. Ya no valgo nada. No tardaré en morirme solito, derregado de viejo. ¡No me mates...!

-¡Llévenselo! -volvió a decir la voz de adentro.

-...Ya he pagado, coronel. He pagado muchas veces. Todo me lo quitaron. Me castigaron de muchos modos. Me he pasado cosa de cuarenta años escondido como unapestado, siempre con el pálpito de que en cualquier rato me matarían. No merezco morir así, coronel. Déjame que, al menos, el Señor me perdone. ¡No me mates! ¡Diles que no me maten!.

Estaba allí, como si lo hubieran golpeado, sacudiendo su sombrero contra la tierra.

Gritando.

En seguida la voz de allá adentro dijo:

-Amárrenlo y denle algo de beber hasta que se emborrache para que no le duelan los tiros.

Ahora, por fin, se había apaciguado. Estaba allí arrinconado al pie del horcón. Había venido su hijo Justino y su hijo Justino se había ido y había vuelto y ahora otra vez venía.

Lo echó encima del burro. Lo apretaló bien apretado al aparejo para que no se fuese a caer por el camino. Le metió su cabeza dentro de un costal para que no diera mala impresión. Y luego le hizo pelos al burro y se fueron, arrebiatados, de prisa, para llegar a Palo de Venado todavía con tiempo para arreglar el velorio del difunto.

-Tu nuera y los nietos te extrañarán -iba diciéndole-. Te mirarán a la cara y creerán que no eres tú. Se les afigurará que te ha comido el coyote cuando te vean con esa cara tan llena de boquetes por tanto tiro de gracia como te dieron.

Luvina

Juan Rulfo

De los cerros altos del sur, el de Luvina es el más alto y el más pedregoso. Está plagado de esa piedra gris con la que hacen la cal, pero en Luvina no hacen cal con ella ni le sacan ningún provecho. Allí la llaman piedra cruda, y la loma que sube hacia Luvina la nombran Cuesta de la Piedra Cruda. El aire y el sol se han encargado de desmenuzarla, de modo que la tierra de por allí es blanca y brillante como si estuviera rociada siempre por el rocío del amanecer; aunque esto es un puro decir, porque en Luvina los días son tan fríos como las noches y el rocío se cuaja en el cielo antes que llegue a caer sobre la tierra.

...Y la tierra es empinada. Se desgaja por todos lados en barrancas hondas, de un fondo que se pierde de tan lejano. Dicen los de Luvina que de aquellas barrancas suben los sueños; pero yo lo único que vi subir fue el viento, en tremolina, como si allá abajo lo hubieran encañonado en tubos de carrizo. Un viento que no deja crecer ni a las dulcamaras: esas plantitas tristes que apenas si pueden vivir un poco untadas en la tierra, agarradas con todas sus manos al despeñadero de los montes. Sólo a veces, allí donde hay un poco de sombra, escondido entre las piedras, florece el chicalote con sus amapolas blancas. Pero el chicalote pronto se marchita. Entonces uno lo oye rasguñando el aire con sus ramas espinosas, haciendo un ruido como el de un cuchillo sobre una piedra de afilar.

-Ya mirará usted ese viento que sopla sobre Luvina. Es pardo. Dicen que porque arrastra arena de volcán; pero lo cierto es que es un aire negro. Ya lo verá usted. Se planta en Luvina prendiéndose de las cosas como si las mordiera. Y sobran días en que se lleva el techo de las casas como si se llevara un sombrero de petate, dejando los paredones lisos, descubijados. Luego rasca como si tuviera uñas: uno lo oye mañana y tarde, hora tras hora, sin descanso, raspando las paredes, arrancando tecatas de tierra, escarbando con su pala picuda por debajo de las puertas, hasta sentirlo bullir dentro de uno como si se pusiera a remover los goznes de nuestros mismos huesos. Ya lo verá usted.

El hombre aquel que hablaba se quedó callado un rato, mirando hacia afuera.

Hasta ellos llegaba el sonido del río pasando sus crecidas aguas por las ramas de los camichines, el rumor del aire moviendo suavemente las hojas de los almendros, y los gritos de los niños jugando en el pequeño espacio iluminado por la luz que salía de la tienda.

Los comejenes entraban y rebotaban contra la lámpara de petróleo, cayendo al suelo con las alas chamuscadas. Y afuera seguía avanzando la noche.

-¡Oye, Camilo, mándanos otras dos cervezas más! -volvió a decir el hombre. Después añadió:

-Otra cosa, señor. Nunca verá usted un cielo azul en Luvina. Allí todo el horizonte está desteñido; nublado siempre por una mancha caliginosa que no se borra nunca. Todo el lomerío pelón, sin un árbol, sin una cosa verde para descansar los ojos; todo envuelto en el calín ceniciento. Usted verá eso: aquellos cerros apagados como si estuvieran muertos y a Luvina en el más alto, coronándolo con su blanco caserío como si fuera una corona de muerto...

Los gritos de los niños se acercaron hasta meterse dentro de la tienda. Eso hizo que el hombre se levantara, fuera hacia la puerta y les dijera: "¡Váyanse más lejos! ¡No interrumpen! Sigán jugando, pero sin armar alboroto."

Luego, dirigiéndose otra vez a la mesa, se sentó y dijo:

-Pues sí, como le estaba diciendo. Allá llueve poco. A mediados de año llegan unas cuantas tormentas que azotan la tierra y la desgarran, dejando nada más el pedregal flotando encima

del tepetate. Es bueno ver entonces cómo se arrastran las nubes, cómo andan de un cerro a otro dando tumbos como si fueran vejigas infladas; rebotando y pegando de truenos igual que si se quebraran en el filo de las barrancas. Pero después de diez o doce días se van y no regresan sino al año siguiente, y a veces se da el caso de que no regresen en varios años.

“...Sí, llueve poco. Tan poco o casi nada, tanto que la tierra, además de estar reseca y achicada como cuero viejo, se ha llenado de rajaduras y de esa cosa que allí llama ‘pasojos de agua’, que no son sino terrones endurecidos como piedras filosas que se clavan en los pies de uno al caminar, como si allí hasta a la tierra le hubieran crecido espinas. Como si así fuera.”

Bebió la cerveza hasta dejar sólo burbujas de espuma en la botella y siguió diciendo:

-Por cualquier lado que se le mire, Luvina es un lugar muy triste. Usted que va para allá se dará cuenta. Yo diría que es el lugar donde anida la tristeza. Donde no se conoce la sonrisa, como si a toda la gente le hubieran entablado la cara. Y usted, si quiere, puede ver esa tristeza a la hora que quiera. El aire que allí sopla la revuelve, pero no se la lleva nunca. Está allí como si allí hubiera nacido. Y hasta se puede probar y sentir, porque está siempre encima de uno, apretada contra de uno, y porque es oprimente como un gran cataplasma sobre la viva carne del corazón.

“...Dicen los de allí que cuando llena la luna, ven de bulto la figura del viento recorriendo las calles de Luvina, llevando a rastras una cobija negra; pero yo siempre lo que llegué a ver, cuando había luna en Luvina, fue la imagen del desconsuelo... siempre.

”Pero tómese su cerveza. Veo que no le ha dado ni siquiera una probadita. Tómesela. O tal vez no le guste así tibia como está. Y es que aquí no hay de otra. Yo sé que así sabe mal; que agarra un sabor como a meados de burro. Aquí uno se acostumbra. A fe que allá ni siquiera esto se consigue. Cuando vaya a Luvina la extrañará. Allí no podrá probar sino un mezcal que ellos hacen con una yerba llamada hojase, y que a los primeros tragos estará usted dando de volteretas como si lo chacamotearan. Mejor tómese su cerveza. Yo sé lo que le digo.”

Allá afuera seguía oyéndose el batallar del río. El rumor del aire. Los niños jugando. Parecía ser aún temprano, en la noche.

El hombre se había ido a asomar una vez más a la puerta y había vuelto. Ahora venía diciendo:

-Resulta fácil ver las cosas desde aquí, meramente traídas por el recuerdo, donde no tienen parecido ninguno. Pero a mí no me cuesta ningún trabajo seguir hablándole de lo que sé, tratándose de Luvina. Allá viví. Allá dejé la vida... Fui a ese lugar con mis ilusiones cabales y volví viejo y acabado. Y ahora usted va para allá... Está bien. Me parece recordar el principio. Me pongo en su lugar y pienso... Mire usted, cuando yo llegué por primera vez a Luvina... ¿Pero me permite antes que me tome su cerveza? Veo que usted no le hace caso. Y a mí me sirve de mucho. Me alivia. Siento como si me enjuagara la cabeza con aceite alcanforado... Bueno, le contaba que cuando llegué por primera vez a Luvina, el arriero que nos llevó no quiso dejar siquiera que descansaran las bestias. En cuanto nos puso en el suelo, se dio media vuelta:

"-Yo me vuelvo -nos dijo.

"Espera, ¿no vas a dejar sestear a tus animales? Están muy aporreados.

"-Aquí se fregarían más -nos dijo- mejor me vuelvo.

"Y se fue dejándose caer por la Cuesta de la Piedra Cruda, espoleando sus caballos como si se alejara de algún lugar endemoniado.

"Nosotros, mi mujer y mis tres hijos, nos quedamos allí, parados en la mitad de la plaza, con todos nuestros ajuares en nuestros brazos. En medio de aquel lugar en donde sólo se oía el viento...

"Una plaza sola, sin una sola yerba para detener el aire. Allí nos quedamos.

Entonces yo le pregunté a mi mujer:

"-¿En qué país estamos, Agripina?

“Y ella se alzó de hombros.

“-Bueno, si no te importa, ve a buscar dónde comer y dónde pasar la noche. Aquí te aguardamos -le dije.

“Ella agarró al más pequeño de sus hijos y se fue. Pero no regresó.

“Al atardecer, cuando el sol alumbraba sólo las puntas de los cerros, fuimos a buscarla. Anduvimos por los callejones de Luvina, hasta que la encontramos metida en la iglesia: sentada mero en medio de aquella iglesia solitaria, con el niño dormido entre sus piernas.

“-¿Qué haces aquí Agripina?

“-Entré a rezar -nos dijo.

“-¿Para qué? -le pregunté yo.

“Y ella se alzó de hombros.

“Allí no había a quién rezarle. Era un jacalón vacío, sin puertas, nada más con unos socavones abiertos y un techo resquebrajado por donde se colaba el aire como un cedazo.

“-¿Dónde está la fonda?

“-No hay ninguna fonda.

“-¿Y el mesón?

“-No hay ningún mesón

“-¿Viste a alguien? ¿Vive alguien aquí? -le pregunté.

“-Sí, allí enfrente... unas mujeres... Las sigo viendo. Mira, allí tras las rendijas de esa puerta veo brillar los ojos que nos miran... Han estado asomándose para acá... Míralas. Veo las bolas brillantes de sus ojos... Pero no tienen qué darnos de comer. Me dijeron sin sacar la cabeza que en este pueblo no había de comer... Entonces entré aquí a rezar, a pedirle a Dios por nosotros.

“-¿Porqué no regresaste allí? Te estuvimos esperando.

“-Entré aquí a rezar. No he terminado todavía.

“-¿Qué país éste, Agripina?

“ Y ella volvió a alzarse de hombros.

“Aquella noche nos acomodamos para dormir en un rincón de la iglesia, detrás del altar desmantelado. Hasta allí llegaba el viento, aunque un poco menos fuerte. Lo estuvimos oyendo pasar encima de nosotros, con sus largos aullidos; lo estuvimos oyendo entrar y salir de los huecos socavones de las puertas; golpeando con sus manos de aire las cruces del viacrucis: unas cruces grandes y duras hechas con palo de mezquite que colgaban de las paredes a todo lo largo de la iglesia, amarradas con alambres que rechinaban a cada sacudida del viento como si fuera un rechinar de dientes.

“Los niños lloraban porque no los dejaba dormir el miedo. Y mi mujer, tratando de retenerlos a todos entre sus brazos. Abrazando su manojito de hijos. Y yo allí, sin saber qué hacer.

“Poco después del amanecer se calmó el viento. Después regresó. Pero hubo un momento en esa madrugada en que todo se quedó tranquilo, como si el cielo se hubiera juntado con la tierra, aplastando los ruidos con su peso... Se oía la respiración de los niños ya descansada. Oía el resuello de mi mujer ahí a mi lado:

“-¿Qué es? -me dijo.

“-¿Qué es qué? -le pregunté.

“-Eso, el ruido ese.

“-Es el silencio. Duérmete. Descansa, aunque sea un poquito, que ya va a amanecer.

“Pero al rato oí yo también. Era como un aletear de murciélagos en la oscuridad, muy cerca de nosotros. De murciélagos de grandes alas que rozaban el suelo. Me levanté y se oyó el aletear más fuerte, como si la parvada de murciélagos se hubiera espantado y volara hacia los agujeros de las puertas. Entonces caminé de puntitas hacia allá, sintiendo delante de mí

aquel murmullo sordo. Me detuve en la puerta y las vi. Vi a todas las mujeres de Luvina con su cántaro al hombro, con el rebozo colgado de su cabeza y sus figuras negras sobre el negro fondo de la noche.

“-¿Qué quieren? -les pregunté- ¿Qué buscan a estas horas?

“ Una de ellas respondió:

“-Vamos por agua.

“Las vi paradas frente a mí, mirándome. Luego, como si fueran sombras, echaron a caminar calle abajo con sus negros cántaros.

“ No, no se me olvidará jamás esa primera noche que pasé en Luvina.

“...¿No cree que esto se merece otro trago? Aunque sea nomás para que se me quite el mal sabor del recuerdo.”

-Me parece que usted me preguntó cuántos años estuve en Luvina, ¿verdad...? La verdad es que no lo sé. Perdí la noción del tiempo desde que las fiebres me lo enrevesaron; pero debió haber sido una eternidad... Y es que allá el tiempo es muy largo. Nadie lleva la cuenta de las horas ni a nadie le preocupa cómo van amontonándose los años. Los días comienzan y se acaban. Luego viene la noche. Solamente el día y la noche hasta el día de la muerte, que para ellos es una esperanza.

“Usted ha de pensar que le estoy dando vueltas a una misma idea. Y así es, sí señor... Estar sentado en el umbral de la puerta, mirando la salida y la puesta del sol, subiendo y bajando la cabeza, hasta que acaban aflojándose los resortes y entonces todo se queda quieto, sin tiempo, como si viviera siempre en la eternidad. Esto hacen allí los viejos.

“Porque en Luvina sólo viven los puros viejos y los que todavía no han nacido, como quien dice... Y mujeres sin fuerzas, casi trabadas de tan flacas. Los niños que han nacido allí se han ido... Apenas les clarea el alba y ya son hombres. Como quien dice, pegan el brinco del pecho de la madre al azadón y desaparecen de Luvina. Así es allí la cosa.

“Sólo quedan los puros viejos y las mujeres solas, o con un marido que anda donde sólo Dios sabe dónde... Vienen de vez en cuando como las tormentas de que les hablaba; se oye un murmullo en todo el pueblo cuando regresan y un como gruñido cuando se van... Dejan el costal de bastimento para los viejos y plantan otro hijo en el vientre de sus mujeres, y ya nadie vuelve a saber de ellos hasta el año siguiente, y a veces nunca... Es la costumbre. Allí le dicen la ley, pero es lo mismo. Los hijos se pasan la vida trabajando para los padres como ellos trabajaron para los suyos y como quién sabe cuántos atrás de ellos cumplieron con su ley...

“Mientras tanto, los viejos aguardan por ellos y por el día de la muerte, sentados en sus puertas, con los brazos caídos, movidos sólo por esa gracia que es la gratitud del hijo... Solos, en aquella soledad de Luvina.

“Un día traté de convencerlos de que se fueran a otro lugar, donde la tierra fuera buena. ‘¡Vámonos de aquí! -les dije-. No faltará modo de acomodarnos en alguna parte. El Gobierno nos ayudará.’

“Ellos me oyeron, sin parpadear, mirándome desde el fondo de sus ojos, de los que sólo se asomaba una lucecita allá muy adentro.

“-¿Dices que el Gobierno nos ayudará, profesor? ¿Tú no conoces al Gobierno?

“Les dije que sí.

“-También nosotros lo conocemos. Da esa casualidad. De lo que no sabemos nada es de la madre de Gobierno.

“Yo les dije que era la Patria. Ellos movieron la cabeza diciendo que no. Y se rieron. Fue la única vez que he visto reír a la gente de Luvina. Pelaron los dientes molenques y me dijeron que no, que el Gobierno no tenía madre.

“Y tienen razón, ¿sabe usted? El señor ese sólo se acuerda de ellos cuando alguno de los muchachos ha hecho alguna fechoría acá abajo. Entonces manda por él hasta Luvina y se lo matan. De ahí en más no saben si existe.

“-Tú nos quieres decir que dejemos Luvina porque, según tú, ya estuvo bueno de aguantar hambres sin necesidad -me dijeron-. Pero si nosotros nos vamos, ¿quién se llevará a nuestros muertos? Ellos viven aquí y no podemos dejarlos solos.

“Y allá siguen. Usted los verá ahora que vaya. Mascando bagazos de mezquite seco y tragándose su propia saliva. Los mirará pasar como sombras, repegados al muro de las casas, casi arrastrados por el viento.

“-¿No oyen ese viento? -les acabé por decir-. Él acabará con ustedes.

“-Dura lo que debe de durar. Es el mandato de Dios -me contestaron-. Malo cuando deja de hacer aire. Cuando eso sucede, el sol se arrima mucho a Luvina y nos chupa la sangre y la poca agua que tenemos en el pellejo. El aire hace que el sol se esté allá arriba. Así es mejor.

“Ya no volví a decir nada. Me salí de Luvina y no he vuelto ni pienso regresar.

“...Pero mire las maromas que da el mundo. Usted va para allá ahora, dentro de pocas horas. Tal vez ya se cumplieron quince años que me dijeron a mí lo mismo: ‘Usted va a ir a San Juan Luvina.’

En esa época tenía yo mis fuerzas. Estaba cargado de ideas... Usted sabe que a todos nosotros nos infunden ideas. Y uno va con esa plata encima para plasmarla en todas partes. Pero en Luvina no cuajó eso. Hice el experimento y se deshizo...

“San Juan Luvina. Me sonaba a nombre de cielo aquel nombre. Pero aquello es el purgatorio. Un lugar moribundo donde se han muerto hasta los perros y ya no hay ni quien le ladre al silencio; pues en cuanto uno se acostumbra al vendaval que allí sopla, no se oye sino el silencio que hay en todas las soledades. Y eso acaba con uno. Míreme a mí. Conmigo acabó. Usted que va para allá comprenderá pronto lo que le digo.

“¿Qué opina usted si le pedimos a este señor que nos matice unos mezcalitos? Con la cerveza se levanta uno a cada rato y eso interrumpe mucho la plática. ¡Oye , Camilo, mándanos ahora unos mezcales!

“Pues sí, como le estaba yo diciendo...”

Pero no dijo nada. Se quedó mirando un punto fijo sobre la mesa donde los comejenes ya sin sus alas rondaban como gusanitos desnudos.

Afuera seguía oyéndose cómo avanzaba la noche. El chapoteo del río contra los troncos de los camichines. El griterío ya muy lejano de los niños. Por el pequeño cielo de la puerta se asomaban las estrellas.

El hombre que miraba a los comejenes se recostó sobre la mesa y se quedó dormido.

EL VERANO DE LA SEÑORA FORBES

Gabriel García Márquez

Por la tarde, de regreso a casa, encontramos una enorme serpiente de mar clavada por el cuello en el marco de la puerta, y era negra y fosforescente y parecía un maleficio de gitanos, con los ojos todavía vivos y los dientes de serrucho en las mandíbulas despernancadas. Yo andaba entonces por los nueve años, y sentí un terror tan intenso ante aquella aparición de delirio, que se me cerró la voz. Pero mi hermano, que era dos años menor que yo, soltó los tanques de oxígeno, las máscaras y las aletas de nadar y salió huyendo con un grito de espanto. La señora Forbes lo oyó desde la tortuosa escalera de piedras que trepaba por los arrecifes desde el embarcadero hasta la casa, y nos alcanzó, acezante y lívida, pero le bastó con ver al animal crucificado en la puerta para comprender la causa de nuestro horror. Ella solía decir que cuando dos niños están juntos ambos son culpables de lo que cada uno hace por separado, de modo que nos reprendió a ambos por los gritos de mi hermano, y nos siguió recriminando nuestra falta de dominio. Habló en alemán, y no en inglés, como lo establecía su contrato de institutriz, tal vez porque también ella estaba asustada y se resistía a admitirlo. Pero tan pronto como recobró el aliento volvió a su inglés pedregoso y a su obsesión pedagógica. -Es una murena helena -nos dijo-, así llamada porque fue un animal sagrado para los griegos antiguos. Oreste, el muchacho nativo que nos enseñaba a nadar en aguas profundas, apareció de pronto detrás de los arbustos de alcaparras. Llevaba la máscara de buzo en la frente, un pantalón de baño minúsculo y un cinturón de cuero con seis cuchillos, de formas y tamaños distintos, pues no concebía otra manera de cazar debajo del agua que peleando cuerpo a

cuerpo con los animales. Tenía unos veinte años, pasaba más tiempo en los fondos marinos que en la tierra firme y él mismo parecía un animal de mar con el cuerpo siempre embadurnado de grasa de motor. Cuando lo vio por primera vez, la señora Forbes había dicho a mis padres que era imposible concebir un ser humano más hermoso. Sin embargo, su belleza no lo ponía a salvo del rigor: también él tuvo que soportar una reprimenda en italiano por haber colgado la murena en la puerta, sin otra explicación posible que la de asustar a los niños. Luego, la señora Forbes ordenó que la desclavara con el respeto debido a una criatura mítica y nos mandó a vestirnos para la cena. Lo hicimos de inmediato y tratando de no cometer un solo error, porque al cabo de dos semanas bajo el régimen de la señora Forbes habíamos aprendido que nada era más difícil que vivir. Mientras nos duchábamos en el baño en penumbra, me di cuenta ¿c que mi hermano seguía pensando en la murena. «Tenía ojos de gente», me dijo. Yo estaba de acuerdo, pero le hice creer lo contrario, y conseguí cambiar de tema hasta que terminé de bañarme. Pero cuando salí de la ducha me pidió que me quedara para acompañarlo. -Todavía es de día -le dije. Abrí las cortinas. Era pleno agosto, y a través de la ventana se veía la ardiente llanura lunar hasta el otro lado de la isla, y el sol parado en el cielo. -No es por eso -dijo mi hermano-. Es que tengo miedo de tener miedo. Sin embargo, cuando llegamos a la mesa parecía tranquilo, y había hecho las cosas con tanto esmero que mereció una felicitación especial de la señora Forbes, y dos puntos más en su buena cuenta de la semana. A mí, en cambio, me descontó dos puntos de los cinco que ya tenía ganados, porque a última hora me dejé arrastrar por la prisa y llegué al comedor con la respiración alterada. Cada cincuenta puntos nos daban derecho a una doble ración de postre, pero ninguno de los dos había logrado pasar de los quince puntos. Era una lástima, de veras, porque nunca volvimos a encontrar unos budines más deliciosos que los de la señora Forbes. Antes de empezar la cena rezábamos de pie frente a los platos vacíos. La señora Forbes no era católica, pero su contrato estipulaba que nos hiciera rezar seis veces al día, y había aprendido nuestras oraciones para cumplirlo. Luego nos sentábamos los tres, reprimiendo la respiración mientras ella comprobaba hasta el detalle más ínfimo de nuestra conducta, y sólo cuando todo parecía perfecto hacía sonar la campanita. Entonces entraba Fulvia Flamínea, la cocinera, con la eterna sopa de fideos de aquel verano aborrecible. Al principio, cuando estábamos solos con nuestros padres, la comida era una fiesta. Fulvia Flamínea nos servía cacareando en torno a la mesa, con una vocación de desorden que

alegraba la vida, y al final se sentaba con nosotros y terminaba comiendo un poco de los platos de todos. Pero desde que la señora Forbes se hizo cargo de nuestro destino nos servía en un silencio tan oscuro, que podíamos oír el borboriteo de la sopa hirviendo en la marmita. Cenábamos con la espina dorsal apoyada en el espaldar de la silla, masticando diez veces con un carrillo y diez veces con el otro, sin apartar la vista de la férrea y lánguida mujer otoñal, que recitaba de memoria una lección de urbanidad. Era igual que la misa del domingo, pero sin el consuelo de la gente cantando. El día en que encontramos la murena colgada en la puerta, la señora Forbes nos habló de los deberes para con la patria. Fulvia Flamínea, casi flotando en el aire enrarecido por la voz, nos sirvió después de la sopa un filete al carbón de una carne nevada con un olor exquisito. A mí, que desde entonces prefería el pescado a cualquier otra cosa de comer de la tierra o del cielo, aquel recuerdo de nuestra casa de Guacamayal me alivió el corazón. Pero mi hermano rechazó el plato sin probarlo. -No me gusta -dijo-. La señora Forbes interrumpió la lección. -No puedes saberlo -le dijo-, ni siquiera lo has probado. Dirigió a la cocinera una mirada de alerta, pero ya era demasiado tarde. -La murena es el pescado más fino del mundo, figlio mío -le dijo Fulvia Flamínea-. Pruébalo y verás. La señora Forbes no se alteró. Nos contó, con su método inclemente, que la murena era un manjar de reyes en la antigüedad, y que los guerreros se disputaban su hiel porque infundía un coraje sobrenatural. Luego nos repitió, como tantas veces en tan poco tiempo, que el buen gusto no es una facultad congénita, pero que tampoco se enseña a ninguna edad, sino que se impone desde la infancia. De manera que no había ninguna razón válida para no comer. Yo, que había probado la murena antes de saber lo que era, me quedé para siempre con la contradicción: tenía un sabor terso, aunque un poco melancólico, pero la imagen de la serpiente clavada en el dintel era más apremiante que mi apetito. Mi hermano hizo un esfuerzo supremo con el primer bocado, pero no pudo soportarlo: vomitó. -Vas al baño -le dijo la señora Forbes sin alterarse-, te lavas bien y vuelves a comer. Sentí una gran angustia por él, pues sabía cuánto le costaba atravesar la casa entera con las primeras sombras y permanecer solo en el baño el tiempo necesario para lavarse. Pero volvió muy pronto, con otra camisa limpia, pálido y apenas sacudido por un temblor recóndito, y resistió muy bien el examen severo de su limpieza. Entonces la señora Forbes trinchó un pedazo de la murena, y dio la orden de seguir. Yo pasé un segundo bocado a duras penas. Mi hermano, en cambio, ni siquiera cogió los cubiertos.

-No lo voy a comer -dijo. Su determinación era tan evidente, que la señora Forbes la esquivó.

-Está bien -dijo-, pero no comerás postre.

El alivio de mi hermano me infundió su valor. Crucé los cubiertos sobre el plato, tal cómo la señora Forbes nos enseñó que debía hacerse al terminar, y dije:

-Yo tampoco comeré postre.

-Ni verán la televisión -replicó ella.

-Ni veremos la televisión -dije.

La señora Forbes puso la servilleta sobre la mesa, y los tres nos levantamos para rezar.

Luego nos mandó al dormitorio, con la advertencia de que debíamos dormirnos en el mismo tiempo que ella necesitaba para acabar de comer. Todos nuestros puntos buenos quedaron anulados, y sólo a partir de veinte volveríamos a disfrutar de sus pasteles de crema, sus tartas de vainilla, sus exquisitos bizcochos de ciruelas, como no habíamos de conocer otros en el resto de nuestras vidas.

Tarde o temprano teníamos que llegar a esa ruptura. Durante un año entero habíamos esperado con ansiedad aquel verano libre en la isla de Pantelana, en el extremo meridional de Sicilia, y lo había sido en realidad durante el primer mes, en que nuestros padres estuvieron con nosotros. Todavía recuerdo como un sueño la llanura solar de rocas volcánicas, el mar eterno, la casa pintada de cal viva hasta los sardineles, desde cuyas ventanas se veían en las noches sin viento las aspas luminosas de los faros de África. Explorando con mi padre los fondos dormidos alrededor de la isla habíamos descubierto una ristra de torpedos amarillos, encallados desde la última guerra; habíamos rescatado un ánfora griega de casi un metro de altura, con guirnaldas petrificadas, en cuyo fondo yacían los rescoldos de un vino inmemorial y venenoso, y nos habíamos bañado en un remanso humeante, cuyas aguas eran tan densas que casi se podía caminar sobre ellas. Pero la revelación más deslumbrante para nosotros había sido Fulvia Flamínea. Parecía un obispo feliz, y siempre andaba con una ronda de gatos soñolientos que le estorbaban para caminar, pero ella decía que no los soportaba por amor, sino para impedir que se la comieran las ratas. De noche, mientras nuestros padres veían en la televisión los programas para adultos, Fulvia Flamínea nos llevaba con ella a su casa, a menos de cien metros de la nuestra, y nos enseñaba a distinguir las algarabías remotas, las canciones, las ráfagas de llanto de los vientos de Túnez. Su marido era un nombre demasiado joven para ella, que trabajaba durante el verano en los hoteles de turismo, al otro extremo de la isla, y sólo volvía a casa para dormir. Oreste vivía con sus padres un poco más lejos, y aparecía siempre por la noche con

ristras de pescados y canastas de langostas acabadas de pescar, y las colgaba en la cocina para que el marido de Fulvia Flamínea las vendiera al día siguiente en los hoteles. Después se ponía otra vez la linterna de buzo en la frente y nos llevaba a cazar las ratas de monte, grandes como conejos, que acechaban los residuos de las cocinas. A veces volvíamos a casa cuando nuestros padres se habían acostado, y apenas si podíamos dormir con el estruendo de las ratas disputándose las sobras en los patios. Pero aun aquel estorbo era un ingrediente mágico de nuestro verano feliz. La decisión de contratar una institutriz alemana sólo podía ocurrírsele a mi padre, que era un escritor del Caribe con más ínfulas que talento. Deslumbrado por las cenizas de las glorias de Europa, siempre pareció demasiado ansioso por hacerse perdonar su origen, tanto en los libros como en la vida real, y se había impuesto la fantasía de que no quedara en sus hijos ningún vestigio de su propio pasado. Mi madre siguió siendo siempre tan humilde como lo había sido de maestra errante en la alta Guajira, y nunca se imaginó que su marido pudiera concebir una idea que no fuera providencial. De modo que ninguno de los dos debió preguntarse con el corazón cómo iba a ser nuestra vida con una sargenta de Dortmund, empeñada en inculcarnos a la fuerza los hábitos más rancios de la sociedad europea, mientras ellos participaban con cuarenta escritores de moda en un crucero cultural de cinco semanas por las islas del mar Egeo. La señora Forbes llegó el último sábado de julio en el barquito regular de Palermo, y desde que la vimos por primera vez nos dimos cuenta de que la fiesta había terminado. Llegó con unas botas de miliciano y un vestido de solapas cruzadas en aquel calor meridional, y con el pelo cortado como el de un hombre bajo el sombrero de fieltro. Olía a orines de mico. «Así huelen todos los europeos, sobre todo en verano», nos dijo mi padre. «Es el olor de la civilización». Pero, a despecho de su atuendo marcial, la señora Forbes era una criatura escuálida, que tal vez nos habría suscitado una cierta compasión si hubiéramos sido mayores o si ella hubiera tenido algún vestigio de ternura. El mundo se volvió distinto. Las seis horas de mar, que desde el principio del verano habían sido un continuo ejercicio de imaginación, se convirtieron en una sola hora igual, muchas veces repetida. Cuando estábamos con nuestros padres disponíamos de todo el tiempo para nadar con Oreste, asombrados del arte y la audacia con que se enfrentaba a los pulpos en su propio ámbito turbio de tinta y de sangre, sin más armas que sus cuchillos de pelea. Después siguió llegando a las once en el botecito de motor fuera borda, como lo hacía siempre, pero la señora Forbes no le permitía quedarse con nosotros ni un minuto más del indispensable para la clase de natación submarina. Nos prohibió volver de noche a la casa de Fulvia

Flamínea, porque lo consideraba como una familiaridad excesiva con la servidumbre, y tuvimos que dedicar a la lectura analítica de Shakespeare el tiempo de que antes disfrutábamos cazando ratas. Acostumbrados a robar mangos en los patios y a matar perros a ladrillazos en las calles ardientes de Guacamayal, Para nosotros era imposible concebir un tormento cruel que aquella vida de príncipes. Sin embargo, muy pronto nos dimos cuenta de que la señora Forbes no era tan estricta consigo misma como lo era con nosotros, y esa fue la primera grieta de su autoridad. Al principio se quedaba en la playa bajo el parasol de colores, vestida de guerra, leyendo baladas de Schiller mientras Oreste nos enseñaba a bucear, y luego nos daba clases teóricas de buen comportamiento en sociedad, horas tras horas, hasta la pausa del almuerzo.

Un día pidió a Oreste que la llevara en el botecito de motor a las tiendas de turistas de los hoteles, y regresó con un vestido de baño enterizo, negro y tornasolado, como un pellejo de foca, pero nunca se metió en el agua. Se asoleaba en la playa mientras nosotros nadábamos, y se secaba el sudor con la toalla, sin pasar por la regadera, de modo que a los tres días parecía una langosta en carne viva y el olor de su civilización se había vuelto irrespirable.

Sus noches eran de desahogo. Desde el principio de su mandato sentíamos que alguien caminaba por la oscuridad de la casa, braceando en la oscuridad, y mi hermano llegó a inquietarse con la idea de que fueran los ahogados errantes de que tanto nos había hablado Fulvia Flamínea. Muy pronto descubrimos que era la señora Forbes, que se pasaba la noche viviendo la vida real de mujer solitaria que ella misma se hubiera reprobado durante el día. Una madrugada la sorprendimos en la cocina, con el camisón de dormir de colegiala, preparando sus postres espléndidos, con todo el cuerpo embadurnado de harina hasta la cara y tomándose un vaso de oporto con un desorden mental que habría causado el escándalo de la otra señora Forbes. Ya para entonces sabíamos que después de acostarnos no se iba a su dormitorio, sino que bajaba a nadar a escondidas, o se quedaba hasta muy tarde en la sala, viendo sin sonido en la televisión las películas prohibidas para menores, mientras comía tartas enteras y se bebía hasta una botella del vino especial que mi padre guardaba con tanto celo para las ocasiones memorables. Contra sus propias prédicas de austeridad y compostura, se atragantaba sin sosiego, con una especie de pasión desmandada. Después la oíamos hablando sola en su cuarto, la oíamos recitando en su alemán melodioso fragmentos completos de Die Jungfrau von Orleans, la oíamos cantar, la oíamos sollozando en la cama hasta el amanecer, y luego aparecía en el desayuno con los

ojos hinchados de lágrimas, cada vez más lúgubre y autoritaria. Ni mi hermano ni yo volvimos a ser tan desdichados como entonces, pero yo estaba dispuesto a soportarla hasta el final, pues sabía que de todos modos su razón había de prevalecer contra la nuestra. Mi hermano, en cambio, se le enfrentó con todo el ímpetu de su carácter, y el verano feliz se nos volvió infernal. El episodio de la murena fue el último límite. Aquella misma noche, mientras oíamos desde la cama el trajín incesante de la señora Forbes en la casa dormida, mi hermano soltó de golpe toda la carga del rencor que se le estaba pudriendo en el alma. - La voy a matar -dijo. Me sorprendió, no tanto por su decisión, como por la casualidad de que yo estuviera pensando lo mismo desde la cena. No obstante, traté de disuadirlo. -Te cortarán la cabeza -le dije. -En Sicilia no hay guillotina -dijo él-. Además, nadie va a saber quién fue. Pensaba en el ánfora rescatada de las aguas, donde estaba todavía el sedimento del vino mortal. Mi padre lo guardaba porque quería hacerlo someter a un análisis más profundo para averiguar la naturaleza de su veneno, pues no podía ser el resultado del simple transcurso del tiempo. Usarlo contra la señora Forbes era algo tan fácil, que nadie iba a pensar que no fuera accidente o suicidio. De modo que al amanecer, cuando la sentimos caer extenuada por la fragorosa vigilia, echamos vino del ánfora en la botella del vino especial de mi padre. Según habíamos oído decir, aquella dosis era bastante para matar un caballo. El desayuno lo tomábamos en la cocina a las nueve en punto, servido por la propia señora Forbes con los panecillos de dulce que Fulvia Flamínea dejaba muy temprano sobre la hornilla. Dos días después de la sustitución del vino, mientras desayunábamos, mi hermano me hizo caer en la cuenta con una mirada de desencanto que la botella envenenada estaba intacta en el aparador. Eso fue un viernes, y la botella siguió intacta durante el fin de semana. Pero la noche del martes, la señora Forbes se bebió la mitad mientras veía las películas libertinas de la televisión. Sin embargo, llegó tan puntual como siempre al desayuno del miércoles. Tenía su cara habitual de mala noche, y los ojos estaban tan ansiosos como siempre detrás de los vidrios macizos, y se le volvieron aún más ansiosos cuando encontró en la canasta de los panecillos una carta con sellos de Alemania. La leyó mientras tomaba el café, como tantas veces nos había dicho que no se debía hacer, y en el curso de la lectura le pasaban por la cara las ráfagas de claridad que irradiaban las palabras escritas. Luego arrancó las estampillas del sobre y las puso en la canasta con los panecillos sobrantes para la colección del marido de Fulvia Flamínea. A pesar de su mala experiencia inicial, aquel día nos acompañó en la

exploración de los fondos marinos, y estuvimos divagando por un mar de aguas delgadas hasta que se nos empezó a agotar el aire de los tanques y volvimos a casa sin tomar la lección de buenas costumbres. La señora Forbes no sólo estuvo de un ánimo floral durante todo el día, sino que a la hora de la cena parecía más viva que nunca. Mi hermano, por su parte, no podía soportar el desaliento. Tan pronto como recibimos la orden de empezar apartó el plato de sopa de fideos con un gesto provocador. -Estoy hasta los cojones de esta agua de lombrices -dijo. Fue como si hubiera tirado en la mesa una granada de guerra. La señora Forbes se puso pálida, sus labios se endurecieron hasta que empezó a disiparse el humo de la explosión, y los vidrios de sus lentes se empañaron de lágrimas. Luego se los quitó, los secó con la servilleta, y antes de levantarse la puso sobre la mesa con la amargura de una capitulación sin gloria.

-Hagan lo que les dé la gana -dijo-. Yo no existo. Se encerró en su cuarto desde las siete. Pero antes de la media noche, cuando ya nos suponía dormidos, la vimos pasar con el camisón de colegiala y llevando para el dormitorio medio pastel de chocolate y la botella con más de cuatro dedos del vino envenenado. Sentí un temblor de lástima.

-Pobre señora Forbes -dije. Mi hermano no respiraba en paz. -Pobres nosotros si no se muere esta noche -dijo. Aquella madrugada volvió a hablar sola por un largo rato, declamó a Schiller a grandes voces, inspirada por una locura frenética, y culminó con un grito final que ocupó todo el ámbito de la casa. Luego suspiró muchas veces hasta el fondo del alma y sucumbió con un silbido triste y continuo como el de una barca a la deriva. Cuando despertamos, todavía agotados por la tensión de la vigilia, el sol se metía a cuchilladas por las persianas, pero la casa parecía sumergida en un estanque. Entonces caímos en la cuenta de que iban a ser las diez y no habíamos sido despertados por la rutina matinal de la señora Forbes. No oímos el desagüe del retrete a las ocho, ni el grifo del lavabo, ni el ruido de las persianas, ni las herraduras de las botas y los tres golpes mortales en la puerta con la palma de su mano de negrero. Mi hermano puso la oreja contra el muro, retuvo el aliento para percibir la mínima señal de vida en el cuarto contiguo, y al final exhaló un suspiro de liberación. -¡Ya está! -dijo-. Lo único que se oye es el mar. Preparamos nuestro desayuno poco antes de las once, y luego bajamos a la playa con dos cilindros para cada uno y otros dos de repuesto, antes de que Fulvia Flamínea llegara con su ronda de gatos a hacer la limpieza de la casa. Oreste estaba ya en el embarcadero

destripando una dorada de seis libras que acababa de cazar. Le dijimos que habíamos esperado a la señora Forbes hasta las once, y en vista de que continuaba dormida decidimos bajar solos al mar. Le contamos además que la noche anterior había sufrido una crisis de llanto en la mesa, y tal vez había dormido mal y prefirió quedarse en la cama. A Oreste no le interesó demasiado la explicación, tal como nosotros lo esperábamos, y nos acompañó a merodear poco más de una hora por los fondos marinos. Después nos indicó que subiéramos a almorzar, y se fue en el botecito de motor a vender la dorada en los hoteles de los turistas. Desde la escalera de piedra le dijimos adiós con la mano, haciéndole creer que nos disponíamos a subir a la casa, hasta que desapareció en la vuelta de los acantilados. Entonces nos pusimos los tanques de oxígeno y seguimos nadando sin permiso de nadie. El día estaba nublado y había un clamor de truenos oscuros en el horizonte, pero el mar era liso y diáfano y se bastaba de su propia luz. Nadamos en la superficie hasta la línea del faro de Pantelaria, doblamos luego unos cien metros a la derecha y nos sumergimos donde calculábamos que habíamos visto los torpedos de guerra en el principio del verano. Allí estaban: eran seis, pintados de amarillo solar y con sus números de serie intactos, y acostados en el fondo volcánico en un orden perfecto que no podía ser casual. Luego seguimos girando alrededor del faro, en busca de la ciudad sumergida de que tanto y con tanto asombro nos había hablado Fulvia Flamínea, pero no pudimos encontrarla. Al cabo de dos horas, convencidos de que no había nuevos misterios por descubrir, salimos a la superficie con el último sorbo de oxígeno. Se había precipitado una tormenta de verano mientras nadábamos, el mar estaba revuelto, y una muchedumbre de pájaros carnívoros revoloteaba con chillidos feroces sobre el reguero de pescados moribundos en la playa. Pero la luz de la tarde parecía acabada de hacer, y la vida era buena sin la señora Forbes. Sin embargo, cuando acabamos de subir a duras penas por la escalera de los acantilados, vimos mucha gente en la casa y dos automóviles de la policía frente a la puerta, y entonces tuvimos conciencia por primera vez de lo que habíamos hecho. Mi hermano se puso trémulo y trató de regresar. -Yo no entro-dijo. Yo, en cambio, tuve la inspiración confusa de que con sólo ver el cadáver estaríamos a salvo de toda sospecha. -Tate tranquilo-le dije-. Respira hondo, y piensa sólo una cosa: nosotros no sabemos nada. Nadie nos puso atención. Dejamos los tanques, las máscaras y las aletas en el portal, y entramos por la galería lateral, donde estaban dos hombres fumando sentados en el suelo junto a una camilla de campaña. Entonces nos dimos cuenta de que había una ambulancia

en la puerta posterior y varios militares armados de rifles. En la sala, las mujeres del vecindario rezaban en dialecto sentadas en las sillas que habían sido puestas contra la pared, y sus hombres estaban amontonados en el patio hablando de cualquier cosa que no tenía nada que ver con la muerte. Apreté con más fuerza la mano de mi hermano, que estaba dura y helada, y entramos en la casa por la puerta posterior. Nuestro dormitorio estaba abierto y en el mismo estado en que lo dejamos por la mañana. En el de la señora Forbes, que era el siguiente, había un carabiniero armado controlando la entrada, pero la puerta estaba abierta. Nos asomamos al interior con el corazón oprimido, y apenas tuvimos tiempo de hacerlo cuando Fulvia Flamínea salió de la cocina como una ráfaga y cerró la puerta con un grito de espanto:

-¡Por el amor de Dios, figlioli, no la vean! Ya era tarde. Nunca, en el resto de nuestras vidas, habíamos de olvidar lo que vimos en aquel instante fugaz. Dos hombres de civil estaban midiendo la distancia de la cama a la pared con una cinta métrica, mientras otro tomaba fotografías con una cámara de manta negra como las de los fotógrafos de los parques. La señora Forbes no estaba sobre la cama revuelta. Estaba tirada de medio lado en el suelo, desnuda en un charco de sangre seca que había teñido por completo el piso de la habitación, y tenía el cuerpo cribado a puñaladas. Eran veintisiete heridas de muerte, y por la cantidad y la sevicia se notaba que habían sido asestadas con la furia de un amor sin sosiego, y que la señora Forbes las había recibido con la misma pasión, sin gritar siquiera, sin llorar, recitando a Schiller con su hermosa voz de soldado, consciente de que era el precio inexorable de su verano feliz.

LOS FUNERALES DE MAMA GRANDE

Este es, incrédulos del mundo entero la verídica historia de la mama grande, soberana absoluta del reino de Mocondo, que vivió en función de dominio durante 92 años y murió en olor de santidad un martes del septiembre pasado, y a cuyos funerales vino el sumo pontífice.

Ahora con la nación sacudida en sus entrañas ha recobrado el equilibrio; ahora que los gaiteros de San Jacinto, los contrabandistas de la Guajira, los arroceros del Sinù, las prostitutas de Guacamayal, los hechiceros de la Sierpe y los bananeros de Aracataca han colgado los toldos para restablecerse de la extenuante vigilia, y que han recuperado la serenidad y vuelto a tomar posesión de sus estados el presidente de la república y sus

ministros y todos aquellos que representaron al poder público y a las potencias sobrenaturales en la más espléndida ocasión funeraria que registren los anales históricos; ahora el sumo pontífice ha subido a los cielos en cuerpo y alma, y que es imposible transitar en Mocondo a causa de las botellas vacías, las colillas de cigarrillo, los huesos roídos, las latas y trapos y excremento que dejó a la muchedumbre que vino al entierro, ahora es la hora de recostar un taburete a la puerta de la calle y empezar a contar desde el principio los pormenores de esta conmoción nacional, antes de que tengan tiempo de llegar a los historiadores.

Hace catorce semanas, después de interminables noches de cataplasmas, sinapismos y ventosas, demolida por la delirante agonía, la Mamá Grande ordenó que la sentaran en su viejo mecedor de bejuco para expresar su última voluntad. Era el único requisito que le hacía falta para morir. Aquella mañana, por intermedio del padre Antonio Isabel, había arreglado los negocios de su alma, y solo le faltaba arreglar los de sus arcas con los nueve sobrinos, sus herederos universales, que velaban en torno al lecho. El párroco, hablando solo y a punto de cumplir cien años, pertenecía al cuarto. Se habían necesitado diez hombres para subirlo hasta la alcoba de la Mamá Grande, y se había decidido que allí permanecería para no tener que bajarlo y volverlo a subir en el minuto final.

Nicanor, el sobrino mayor, titánico y montaraz, vestido de caqui, botas con espuelas y un revolver calibre 38, cañón largo, ajustado bajo la camisa, fue en busca del notario. La enorme mansión de dos plantas, olorosas a melaza y a orégano, con sus oscuros aposentos atiborrados de arcones y cachivaches de cuatro generaciones convertidas en polvo, se había paralizado desde la semana anterior a la expectativa de aquel momento. En el profundo corredor central, con garfios en las paredes donde en otro tiempo se colgaron cerdos degollados y se desangraban venados en los soñolientos domingos de agosto, los peones dormían amontonados sobre sacos de sal y útiles de labranza, esperando la orden de ensillar las bestias para divulgar la mal noticia en el ámbito de la hacienda desmedida. El resto de la familia estaba en la sala. Las mujeres lívidas, desangradas por la herencia y la vigilia, guardaban un luto cerrado que era la suma de incontables lutos superpuestos. La rigidez matriarcal de la Mamá Grande había cercado su fortuna y su apellido con una alambrada sacramental, dentro de la cual los tíos se casaban con las hijas de las sobrinas, y los primos con las tías, y los hermanos con las cuñadas, hasta formar una intrincada maraña de consanguinidad que convirtió la procreación en un círculo vicioso. Solo Magdalena, la menor de las sobrinas, logro escapar al cerco; aterrorizada por las alucinaciones se hizo exorcizar con el padre Antonio Isabel, se rapó la cabeza y renunció a las glorias y vanidades

del mundo en el noviciado de la Prefectura Apostólica. Al margen de la familia oficial, y en ejercicio del derecho de pernada, los varones habían fecundado hatos, veredas y caseríos con toda una descendencia bastarda, que circulaba entre la servidumbre sin apellido a título de ahijados, dependientes, favoritos y protegidos de la Mamá Grande.

La inminencia de la muerte removió la extenuante expectativa. La voz de la moribunda, acostumbrada al homenaje y a la obediencia, no fue más sonora que un bajo de órgano en la pieza cerrada, pero resonó en los más apartados rincones de la hacienda. Nadie era indiferente a esa muerte. Durante el presente siglo, la Mamá Grande había sido el centro de gravedad de Macondo, como sus hermanos sus padres y los padres de sus padres, lo fueron en el pasado, en una hegemonía que colmaba dos siglos. La aldea se fundó en alrededor de su apellido. Nadie conocía el origen, ni los límites ni el valor real del patrimonio, pero todo el mundo se había acostumbrado a creer que la Mamá Grande era dueña de las aguas corrientes y estancadas, llovidas y por llover, y de los caminos vecinales, los postes del telégrafo, los años bisiestos y el calor, y que tenía además un derecho heredado sobre vida y haciendas. Cuando se sentaba a tomar el fresco de la tarde en el balcón de su casa, con todo el peso de sus vísceras y su autoridad aplastado en su viejo mecedor de bejuco, parecía en verdad infinitamente rica y poderosa, la matrona más rica y poderosa del mundo.

A nadie se le había ocurrido pensar que la Mama Grande fuera mortal, salvo a los miembros de su tribu, y a ella misma, aguijoneada por las premoniciones seniles del padre Antonio Isabel. Pero ella confiaba en que viviría más de 100 años, como su abuela materna que en la guerra de 1875 se enfrentó a una patrulla del coronel Aureliano Buendía, atrincherada en la cocina de la hacienda. Solo en Abril de este año comprendió la Mamá Grande que Dios no le concedería el privilegio de liquidar personalmente, en franca refriega, a una horda de masones federalistas.

En la primera semana de dolores el médico de la familia la entretuvo con cataplasmas de mostaza y calcetines de lana. Era un médico hereditario, laureado en Montpellier, contrario por convicción filosófica a los progresos de su ciencia, a quien la Mamá Grande había concedido la prebenda de que se impidiera en Macondo el establecimiento de otros médicos. En un tiempo recorría el pueblo a caballo, visitando los lúgubres enfermos del atardecer, y la naturaleza le concedió el privilegio de ser el padre de numerosos hijos ajenos. Pero la artritis le anquilosó en un chinchorro, y terminó por atender a sus pacientes sin visitarlos, por medio de suposiciones, correveidiles y recados. Requerido por la Mamá Grande atravesó la plaza en pijama, apoyado en dos bastones, y se instaló en la alcoba de la enferma. Solo cuando comprendió que la Mamá Grande agonizaba, hizo llevar una arca con pomos de porcelana

marcados en latín y durante tres semanas embadurnó a la moribunda por dentro y por fuera con toda suerte de emplastos académicos, julepes magníficos y supositorios magistrales. Después le aplico sapos ahumados en el sitio del dolor y sanguijuelas en los riñones, hasta la madrugada de ese día que tuvo que enfrentarse a la disyuntiva de hacerla sangrar por el barbero o exorcizar por el padre Antonio Isabel.

Nicanor mandó a buscar al párroco. Sus diez hombres mejores lo llevaron desde la casa cural hasta el dormitorio de Mamá Grande, sentado en su crujiente mecedor de mimbre bajo el mohoso palio de las grandes ocasiones. La campanilla del Viático en el tibio amanecer de septiembre fue la primera notificación a los habitantes de Macondo. Cuando salió el sol, la placita frente a la casa de la Mamá Grande parecía una feria rural.

Era como el recuerdo de otra época. Hasta cuando cumplió los 70, la Mamá Grande celebró su cumpleaños con las ferias más prolongadas y tumultuosas de que se tenga memoria. Se ponían damajuanas de agurdiente a disposición del pueblo, se sacrificaban reses en la plaza pública, y una banda de músicos instalada sobre la mesa tocaba sin tregua durante tres días. Bajo los almendros polvorientos durante la primera semana del siglo acamparon las legiones del Coronel Aureliano Buendía, se ponían ventas de masato, bollos, morcillas, chicharrones, empanadas, butifarras, carribañolas, pan de yuca, almojábanas, buñuelos, arepuelas, hojaldres, longanizas, mondongos, cocadas, guarapo, entre todo género de menudencias, chucherías, baratijas y cacharros y peleas de gallos y juegos de lotería. En medio de la confesión de la muchedumbre alborotada, se vendían estampas y escapularios con la imagen de la Mamá Grande.

Las festividades comenzaban la antevíspera y terminaban el día del cumpleaños, con un estruendo de juegos artificiales y un baile familiar en la casa de la Mamá Grande. Los selectos invitados y los miembros legítimos de la familia, generosamente servidos por la bastardía, bailaban al compás de la vieja pianola equipada con rollos de moda. La Mamá Grande presidía la fiesta desde el fondo del salón, en una poltrona con almohadas de lino, impartiendo discretas instrucciones con su diestra adornada de anillos en todos los dedos. A veces en complicidad con los enamorados, pero casi siempre aconsejada por su propia inspiración, aquella noche concertaban los matrimonios del año entrante. Para clausurar el jubileo, la Mamá Grande salía al balcón adornada con diademas y faroles de papel, y arrojaba monedas a la muchedumbre.

Aquella tradición se había interrumpido, en parte por los duelos sucesivos de la familia, y en parte por la incertidumbre política de los últimos tiempos. Las nuevas generaciones no asistieron sino de oídas a aquellas manifestaciones de esplendor. No alcanzaron a ver a la

Mamá Grande en la misa, abanicada por algún miembro de la autoridad civil, disfrutando del privilegio de no arrodillarse ni en el instante de la elevación para no atropear su saya de volantes holandeses y sus almidonados pollerines de olán.

Los ancianos recordaban como una alucinación de la juventud los doscientos metros de esteras que se tendieron desde la casa solariega hasta el altar mayor., la tarde en que María del Rosario Castañeda y Montero asistió a los funerales de su padre, y regresó por la calle esterada investida de su nueva e irradiante dignidad, a los veintidós años convertida en la Mamá Grande. Aquella visión medieval pertenecía entonces no solo al pasado de la familia sino al pasado de la nación. Cada vez más imprecisa y remota, visible apenas en su balcón sofocado entonces por los geranios en las tardes de calor. La Mamá Grande se esfumaba en su propia leyenda. Su autoridad se ejercía a través de Nicanor. Existía la promesa tácita, formulada por la tradición, de que el día en que la Mamá Grande lacrara su testamento, los herederos decretarían tres noches de jolgorios públicos. Pero se sabía asimismo que ella había decidido no expresar su voluntad última hasta pocas horas antes de morir, y nadie pensaba seriamente en la posibilidad de que la Mamá Grande fuera mortal. Solo esa madrugada, despertados por los encerros del Viático, los habitantes de Macondo, se convencieron de que la Mamá Grande no solo era mortal sino que se estaba muriendo.

Su hora era llegada. En su cama de lienzo, embadurnada de áloes hasta las orejas, bajo la marquesina de polvorienta espumilla, apenas se adivinaba la vida en la tenue respiración de sus tetas matriarcales. La Mamá Grande que hasta los cincuenta años rechazó a los más apasionados pretendientes, y que fue dotada por la naturaleza para amamantar ella sola a toda su especie, agonizaba virgen y sin hijos, en el momento de la extremaunción, el padre Antonio Isabel tuvo que pedir ayuda para aplicarle los óleos en la palma de las manos, pues desde el principio de su agonía la Mamá Grande tenía los puños cerrados. De nada valió el concurso de las sobrinas. En el forcejeo, por primera vez en una semana, la moribunda apretó contra su pecho la mano constelada de piedras preciosas y fijó en las sobrinas su mirada sin color, diciendo: "Salteadoras ", luego vio al Padre Antonio Isabel en indumentaria litúrgica y al monaguillo con los instrumentos sacramentales, y murmuró con una convicción apasible: "Me estoy muriendo", entonces se quitó el anillo con el diamante mayor y se lo dio a Magdalena, la novicia, a quien correspondía por ser la heredera mayor, aquel era el final de una tradición: Magdalena había renunciado a su herencia a favor de la Iglesia.

Al amanecer, la Mamá Grande pidió que la dejaran a solas con Nicanor para impartir sus últimas instrucciones. Durante media hora con perfecto dominio de sus facultades, se informó de la marcha de los negocios. Hizo formulaciones especiales sobre el destino de su

cadáver, y se ocupó por último de las velaciones. “Tienes que estar con los ojos abiertos – dijo -. Guarda bajo llaves todas las cosas de valor, pues mucha gente no viene a los velorios sino a robar.”. Un momento después a solas con el párroco, hizo una confesión dispendiosa, sincera y detallada y comulgó más tarde en presencia de los sobrinos. Entonces fue cuando pidió que la sentaran en el mecedor de bejuco para expresar su última voluntad.

Nicanor había preparado, en veinticuatro folios escritos con letra muy clara, una escrupulosa relación de sus bienes. Respirando apaciblemente con el médico y el padre Antonio Isabel, por testigos, la Mamá Grande dictó al notario la lista de sus propiedades, fuente suprema y única de su grandeza y autoridad. Reducido a sus proporciones reales, el patrimonio físico se reducía a tres encomiendas adjudicadas por cédula real durante la colonia, y que con el transcurso del tiempo, en virtud de intrincados matrimonios de conveniencia, se había acumulado bajo el dominio de la Mamá Grande. En ese territorio ocioso, sin límites definidos, que abarcaban cinco municipios y en el cual no se sembró nunca un solo grano por cuenta de los propietarios, vivían a título de arrendatarias 352 familias. Todos los años, en vísperas de su onomástico, la Mamá Grande ejercía el único acto de dominio que había impedido el regreso de las tierras al estado: el cobro de los arrendamientos. Sentada en el corredor interior de su casa, ella recibía personalmente el pago del derecho de habitar en sus tierras, como durante más de un siglo que recibieron sus antepasados de los antepasados de los arrendatarios. Pasados los tres días de la recolección, el patio estaba atiborrado de cerdos, pavos y gallinas, y de los diezmos y primicias sobre los frutos de la tierra que se depositaban allí en calidad de regalo. En realidad, esa era la única cosecha que jamás recogió la familia de un territorio muerto desde sus orígenes, calculado a primera vista en 100.000 hectáreas. Pero las circunstancias históricas habían dispuesto que dentro de esos límites crecieran y prosperarían las seis poblaciones del distrito de Macondo, incluso la cabecera del municipio, de manera que todo el que habitara una casa no tenía más derecho de propiedad del que le correspondía sobre los materiales, pues la tierra permanecía a Mamá Grande y a ella se pagaba el alquiler, como tenía que pagarlo el gobierno por el uso que los ciudadanos hacían de las calles.

En los alrededores de los caseríos, merodeaba un número nunca contado y menos atendido de animales herrados en los cuartos traseros con la forma de un candado. Ese hierro hereditario que más por el desorden que por la cantidad se había hecho familiar en remotos departamentos donde llegaban en verano, muertas de sed. Las reses desperdigadas, era uno de los más sólidos soportes de la leyenda. Por razones que nadie se había detenido a explicar, las extensas caballerizas de la casa se habían vaciado

progresivamente desde la última guerra civil, y en los últimos tiempos se había instalado en ellas trapiches de caña, corrales de ordeño y una piladora de arroz.

Aparte de lo enumerado, se hacía constar en el testamento la existencia de tres vasijas de mocorrotas enterradas en algún lugar de la casa durante la guerra de Independencia, que no habían sido halladas en periódicas y laboriosas excavaciones. Con el derecho de continuar la explotación de la tierra arrendada y a percibir los diezmos y primicias y toda clase de dádivas extraordinarias, los herederos recibían un plano levantado de generación en generación, y por cada generación perfeccionado que facilitaba el hallazgo del tesoro enterrado.

La Mamá Grande necesitó tres horas para enumerar sus asuntos terrenales. En la sofocación de la alcoba, la voz moribunda parecía dignificar en su sitio cada cosa enumerada. Cuando estampó su firma balbuciente, y debajo estamparon la suya los testigos, un temblor secreto sacudió el corazón de las muchedumbres que empezaban a concentrarse frente a la casa, a la sombra de los almendros polvorientos.

Sólo faltaba entonces la enumeración minuciosa de los bienes morales. Haciendo un esfuerzo supremo – el mismo que hicieron sus antepasados antes de morir para asegurar el predominio de su especie – la Mamá Grande se irgío sobre sus nalgas monumentales, y con voz dominante y sincera, abandonada a su memoria, dictó al notario la lista de su patrimonio invisible:

La riqueza del subsuelo, las aguas territoriales, los colores de la bandera, la soberanía nacional, los partidos tradicionales, los derechos del hombre, las libertades ciudadanas, el primer magistrado, la segunda instancia, el tercer debate, las cartas de recomendación, las constancias históricas, las elecciones libres, las reinas de la belleza, los discursos trascendentales, las grandiosas manifestaciones, las distinguidas señoritas, los correctos caballeros, los pundonorosos militares, su señoría ilustrísima, la corte suprema de justicia, los artículos de prohibida importación, las damas liberales, el problema de la carne, la pureza del lenguaje, los ejemplos para el mundo, el orden jurídico, la prensa libre pero responsable, la Atenas sudamericana, la opinión pública, las lecciones democráticas, la moral cristiana, la escasez de divisas, el derecho de asilo, el peligro comunista, la nave del estado, la carestía de la vida, las tradiciones republicanas, las clases desfavorecidas, los mensajes de adhesión.

No alcanzó a terminar. La laboriosa enumeración tronchó su último vahaje. Ahogándose en el mare magnum de formulas abstractas que durante dos siglos

constituyeron la justificación moral del poderío de la familia, la Mamá Grande emitió un sonoro eructo, y expiró.

Los habitantes de la capital remota y sombría vieron esa tarde el retrato de una mujer de veinte años en la primera página de las ediciones extraordinarias, y pensaron que era una nueva reina de belleza. La Mamá Grande vivía otra vez la momentánea juventud de su fotografía, ampliada cuatro columnas y con retoques urgentes, su abundante cabellera recogida a lo alto del cráneo con un peine de marfil y una diadema sobre la gola de encajes. Aquella imagen, captada por un fotógrafo ambulante que pasó por Macondo a principios de siglo y archivada por los periodos durante muchos años en la división de los personajes desconocidos, estaba destinada a perdurar en la memoria de las generaciones futuras. En los autobuses decrepitos, en los ascensores de los ministerios, en los lúgubres salones de tè forrados de palidas colgaduras, se susurro con veneración y respeto a la autoridad muerta de su distrito de calor y malaria, cuyo nombre se ignoraba en el resto del país hacia pocas horas, antes de ser consagrada por la palabra impresa. Una llivizna menuda cubria de reselo y de verdín a los transeúntes. Las campanas de todas las iglesias tocaban a muerto. El presidente de la Republica, sorprendido por la noticia cuando se dirigía al acto de graduación de los nuevos cadetes, sugirió al ministerio de la guerra, en una nota escrita de su puño y letra en el revés del telegrama que concluyera su discurso con un minuto de silencio en homenaje a la Mama Grande.

El orden social había sido rozado por la muerte. El propio presidente de la república a quien los sentimientos urbanos llevaban como a través de un filtro de purificación, alcanzó a percibir desde su automóvil en una visión instantánea pero hasta un cierto punto brutal, la silenciosa consternación de la ciudad. Solo permanecía abierto algunos cafetines de mala muerte, y la Catedral metropolitana, dispuesta para nueve días de honras funerales. En el capitolio nacional donde los mendigos envueltos en papeles dormían al amparo de las columnas dóricas y taciturnas estatuas de presidentes muertos, las luces del congreso estaban encendidas. Cuando el primer mandatario entro a su despacho conmovido por la visión de la capital enlutada, sus ministros lo esperaban vestidos de tafetán funerario, de pie, mas solemnes y pálidos que de costumbre.

Los acontecimientos de aquella noche y las siguientes serian mas tarde definidos como una lección histórica. No solo por el espíritu cristiano que inspiro a los mas elevados personeros del poder publico, sino por la abnegación con que se conciliaron intereses disimiles y criterios contrapuestos, en el propósito común de enterrar un cadáver ilustre. Durante muchos años la Mamá Grande había garantizado la paz social y la concordia

política de su imperio, en su virtud de tres baúles de cédulas electorales falsas que formaban parte de su patrimonio secreto . los varones de servidumbre, sus protegidos y arrendatarios, mayores y menores de edad, ejercitaban no solo su propio derecho de sufragio , sino también el de los electores muertos en un siglo. Ella era la prioridad del poder tradicional sobre la autoridad transitoria, el predominio de la clase sobre la plebe, las trascendencias de la sabiduría divina sobre la improvisación mortal. En los tiempos pacíficos, su voluntad hegemónica acordaba y desacordaba canonjías, prevendas y sinecuras, y velaba por el bienestar de los asociados así tuviera para lograrlo que recurriera a la trapisonda o al fraude electoral. En tiempos tormentosos, la Mamá Grande contribuyó en secreto para armar a sus partidarios, y socorrió en público a sus víctimas. Aquel celo patriótico la acreditaba para los más altos honores.

El presidente de la república no tenía necesidad de recurrir a sus concejeros para medir el peso de su responsabilidad. Entre la sala de audiencia de palacio y el patiecito adoquinado que sirvió de cochera a los virreyes, mediaban un jardín interior de cipréses oscuros donde un fraile portugués se ahorcó por amor en las postrimerías de la colonia. A pesar de su ruidoso aparato de oficiales condecorados, el presidente no podía reprimir un ligero temor de incertidumbre cuando pasaba por ese lugar después del crepúsculo. Pero aquella noche, el estremecimiento tuvo la fuerza de su premonición. Entonces adquirió plena conciencia de su destino histórico, y decretó nueve días de duelo nacional y honores póstumos a la Mamá Grande en la categoría de heroína muerta por la patria en el campo de batalla. Como lo expuso en la dramática alocución que aquella madrugada dirigió a sus compatriotas a través de una cadena nacional de radio y televisión, el primer magistrado de la nación confiaba en que los funerales de la Mamá Grande constituyera un nuevo ejemplo para el mundo.

Tan grandes propósitos debían tropezar sin embargo con graves inconvenientes. La estructura jurídica del país, constituida por remotos ascendientes de la Mamá Grande, no estaba preparada para acontecimientos como los que empezaban a producirse. Sabios doctores de la ley, probados alquimistas del derecho ahondaron en hermenéuticas y silogismos, en busca de la fórmula que permitiera al presidente de la república asistir a los funerales. Se vivieron días de sobresalto en las altas esferas de la política, el clero y las finanzas. En el vasto hemiciclo del congreso, enrarecido por un siglo de legislación abstracta, entre oleos de próceres nacionales y bustos de pensadores griegos, la evocación de la Mamá Grande alcanzó proporciones insospechables, mientras su cadáver se llenaba de burbujas en el duro septiembre de Macondo. Por primera vez se habló de ella y se la

conció sin su mecedor de bejuco, su supores a las dos de la tarde y sus cataplasmas de mostaza y se la vio pura y sin edad, destilada por la leyenda.

Horas interminables se llenaron de palabras, palabras, palabras que repercutían en el ámbito de la república, aprestigeadas por los altavoces de la letra impresa. Hasta que alguien dotado de sentido de la realidad en aquella asamblea de jurisconsultos asépticos, interrumpió bla, bla, blá histórico para recordar el cadáver de la Mamá Grande esperaba la decisión a cuarenta grados a la sombra. Nadie se inmuto frente a aquella irrupción del sentido común en la atmosfera pura de la ley escrita. Se impartieron ordenes para que fuera embalsamado el cadáver mientras se encontraban formulas, se conciliaban pareceres o se hacían enmiendas constitucionales que permitieron al presidente de la república asistir al entierro.

Tanto se había hablado, que parloteos transpusieron las fronteras, traspasaron el océano y atravesaron como un presentimiento por las habitaciones pontificias de Castelgandolfo. Repuesto de la modorra el ferragosto reciente, el Sumo Pontífice estaba en la ventana, viendo en el lago sumergirse los buzos que buscaban la cabeza de la doncella decapitada. En las ultimas semanas los periódicos de la tarde no se habían ocupado de otra cosa, y el Sumo Pontífice no podía ser indiferente a un enigma planteado a tan corta distancia de su residencia de verano, pero aquella tarde, en una sustitución imprevista, los periódicos cambiaron las fotografías de las posibles victimas, por las de una sola mujer de veinte años, señalada por una blonda de luto, "la Mamá Grande", exclamó el Sumo Pontífice, reconociendo al instante el borroso daguerrotipo que muchos años antes le había sido ofrendado con ocasión de su ascenso a la Silla de San Pedro. "la Mamá Grande", exclamaron a coro en sus habitaciones privadas los miembros del colegio Cardenalicio, y por tercera vez en veinte siglos hubo una hora de desconciertos, sofoquines y correndillas en el imperio sin limites de la cristiandad, hasta que el Sumo Pontífice estuvo instalado en su larga góndola negra, rumbo a los fantásticos y remotos funerales de la Mamá Grande.

Detrás quedaron los luminosos sembrados de melocotones, la Vía Apia Antica con tibias actrices de cine dorándose en las terrazas sin todavía tener noticias de la conmoción, y después el sombrío promontorio del castelsantangelo en el horizonte del Tiber. Al crepúsculo, los profundos dobles en la Basílica de San Pedro se entreveraron con los broncees cuarteados de Macondo. Desde su toldo sofocante, a través de los caños intrincados y las ciénagas sigilosas que marcaban el limite del Imperio Romano y los hatos de la Mamá Grande, el Sumo Pontífice oyó toda la noche la bullaranga de los monos alborotados por el paso de las muchedumbres. En su itinerario nocturno la canoa pontificia

se había ido llenando de costales de yuca, racimos de plátano verde y huacales de gallina, y de hombres y mujeres que abandonaban sus ocupaciones habituales para tentar fortuna con cosas de vender en los funerales de la Mamá Grande. Su Santidad padeció esa noche, por primera vez en la historia de la Iglesia, la fiebre de la vigilia y el tormento de los zancudos. Pero el prodigioso amanecer sobre los dominios sobre la Gran vieja, la visión primigenia del reino de la balsamina y la iguana, borraron de su memoria los padecimientos del viaje y lo compensaron del sacrificio.

Nicanor había sido despertado por tres golpes en la puerta que anunciaba el arribo inminente de su Santidad la muerte había tomado posesión de la casa. Inspirados por su sucesivas y apremiantes alocuciones presidenciales, por las febriles controversias de los parlamentarios que habían perdido la voz y continuaban entendiéndose por medio de signos convencionales hombres y conragaciones de todo el mundo se desentendieron de sus asuntos y colmaron con su presencia los oscuros corredores, los atiborrados pasadizos, los asfixiantes buharadas, y quienes llegaron con retardo se treparon y acomodaron del mejor modo en barbacanas, palenques y atalayas, maderamenes y matacanes. En el salón central momificándose en espera de las grandes dediciones, yacía el cadáver de la Mamá Grande, bajo estremecido promontorio de telegramas. Extenuados por las lagrimas los nueve sobrinos velaban el cuerpo en un éxtasis de vigilancia reciproca.

Aun debió el universo prolongar el asecho durante muchos días. En el salón del concejo municipal acondicionaron con cuatro taburetes de cuero, una tinaja de agua filtrada y una hamaca de lampazo, el Sumo Pontífice padeció un insomnio sudoroso entreteniéndose con la lectura de memoriales y exposiciones administrativas en las dilatadas noches sofocantes. Durante el día, repartían caramelos italianos a los niños que se acercaban a verlo por la ventana, y almorzaba bajo la pérgola de astromelias con el padre Antonio Isabel, y ocasionalmente con Nicanor. Así vivió semanas interminables y meses alargados por la expectativa y el calor, hasta que Pastor Pastrana se planto con su redoblante en el centro de la plaza y leyó el bando de la decisión. Se declaraba turbado del orden público, tarratapan, y el presidente de la república, tarratapan, disponía de las facultades extraordinarias, tarratapan que permitía asistir a los funerales de la Mamá Grande, tarratapan, rataplán, plan, plan.

El gran día era venido. En las calles congestionadas de ruletas, fritangas y mesas de lotería, y el hombre con culebras enrolladas en el cuello que pregonaban el bálsamo definitivo para curar la erisipela y asegurar la vida eterna; en la placita abigarrada donde la muchedumbre había colgado sus toldos y desenrollado sus petates, apuestos ballesteros

despejaron el paso a la autoridad. Allí estaban, en espera del momento supremo, las lavanderas de san Jorge, los pescadores de la de perla del cabo de Vela, los atarrayeros de Ciénaga, y los caramoneros de Tasagera, los brujos de la Mojana, los salineros de Manaure, los acordeoneros de Valledupar, los chalane4s de Ayapel, los pateros de San Pelayo, los mamadores de gallo de la Cueva, los improvisadores de sabana de Bolívar, los camajanes de Rebolo, los bogas de Magdalenas, los tinterillos de Mompo, además de los que se enumeran al principio de esta crónica, y muchos. Hasta los veteranos del coronel Aureliano Buendía –el duque de Marborough a la cabeza, con su atuendo de pieles y uñas y dientes de tigre- se sobrepusieron a su rencor centenario de la Mamá Grande y los de su especie, y vinieron a los funerales, para solicitar del presidente de la república del pago de las pensiones de guerra que esperaban hacia sesenta años.

Poco antes de las once, la muchedumbre delirante que se asfixiaba al sol, contenida por una elite imperturbable de guerreros uniformados de dormanes guarnecidos y espumosos morriones, lanzó un poderoso rugido de júbilo. Dignos, solemnes en sus sacolevas y chisteras, el presidente de la república y sus ministros; las comisiones del parlamento, la corte suprema de justicia, el concejo de estado, los partidos tradicionales y el clero, y los representantes de la banca, el comercio y la industria, hicieron su aparición por la esquina de la telegrafía. Calvo y rechoncho, el anciano y enfermo presidente de la república desfiló frente a los ojos atónitos de la muchedumbre que lo habían investido sin conocerlo y que solo ahora podían dar un testimonio verídico de su existencia. Entre los arzobispos extenuados por la gravedad de su ministerio y los militares de robusto tórax acorazado de insignias, el primer magistrado de la nación transpiraba el halito inconfundible del poder.

En segundo término, en un sereno transcurso de crespones luctuosos, desfilaban las reinas nacionales de todas las cosas habidas y por haber. Por primera vez desprovistas del esplendor terrenal, allí pasaron, precedidas de la reina universal, la reina del mango de la hilacha, la reina de la auyama verde, la reina del guineo manzano, la reina de la yuca harinosa, la reina de la guayaba perulera, la reina del coco de agua, la reina del frijol de cabecita negra, la reina de 426 kilómetros de sartales de huevos de iguana, y todas las que se omiten por no hacer interminables estas crónicas.

En su féretro con vueltas de púrpura, separada de la realidad por ocho torniquetes de cobre, la Mama Grande estaba entonces demasiado embebida en su eternidad de formaldehído para darse cuenta de la magnitud de su grandeza. Todo el resplandor con que ella había soñado en el balcón de su casa durante las vigiliás del calor, se cumplió con aquellas cuarenta y ocho gloriosas en que todos los símbolos de la época rindieron

homenaje a su memoria. El propio Sumo Pontífice, a quien ella imaginó en sus delirios suspendido en una carroza resplandeciente sobre los jardines del Vaticano, se sobrepuso al calor con un abanico de palma trenzada y honró con su dignidad suprema los funerales más grandes del mundo.

Obnubilado por el espectáculo del poder, el populacho no determinó el ávido aleteo que ocurrió en el caballete de la casa cuando se impuso el acuerdo de la disputa de los ilustres, y se sacó el catafalco a la calle en hombros de los más ilustres, nadie vio la vigilante sombra de gallinazo que siguió el cortejo por las ardientes callecitas de Macondo, ni reparó que al paso de los ilustres, y se sacó el catafalco a la calle en hombros de los más ilustres. Nadie vio la vigilante sombra de gallinazos que siguió el cortejo por las ardientes callecitas de Macondo, ni reparó que al paso de los ilustres éstas se iban cubriendo de un pestilente rastro de desperdicios. Nadie advirtió que los sobrinos, ahijados, sirvientes y protegidos de la Mamá Grande cerraron las puertas tan pronto como sacaron el cadáver, y desmontaron las puertas, desenclavaron las tablas y desenterraron los cimientos para repartirse la casa. Lo único que para nadie pasó inadvertido en el fragor de aquel entierro, fue el estruendoso suspiro de descanso que exhalaban los muchedumbres cuando se cumplieron los catorce días de plegarias, exaltaciones y ditirambos, y la tumba fue sellada con una plataforma de plomo. Algunos de los allí presentes dispusieron de la suficiente clarividencia para comprender que estaban asistiendo al nacimiento de una nueva época. Ahora podía el Sumo Pontífice subir al cielo en cuerpo y alma, cumplida su misión en la tierra, y podría el presidente de la república sentarse a gobernar según su buen criterio, y podían las reinas de todo lo habido y por haber casarse y ser felices y engendrar y parir muchos hijos, y podían las muchedumbres colgar sus toldos según su leal modo de saber y entender en los desmesurados dominios de la Mamá Grande, porque la única que podía oponerse a ello tenía suficiente poder para hacerlo había empezado a pudrirse bajo una plataforma de plomo. Solo faltaba entonces que alguien recostara un taburete en la puerta para contar esta historia, lección y escarmiento de las generaciones futuras, y que ninguno de los incrédulos del mundo se quedara sin conocer la noticia de la Mamá Grande, que mañana miércoles vendrán los barrenderos y barrerán la basura de sus funerales, por todos los siglos de los siglos.

ANEXO 3**ACTIVIDAD No 1**

Con los cuentos el rinoceronte, un pacto con el diablo, la prodigiosa tarde de Baltazar, los estudiantes realizaron comentarios acerca de cómo enriquecen estos a su personalidad

NOMBRE: Carolina Guatimal Gelpud
CURSO: 8-2

* REFLEXIÓN *

- El primer cuento me gusta mucho ya que aporta para mi vida algo muy importante que fue el cariño, pues mediante él Pamela logró cambiar a Josue porque él era muy glotón y grosero pero Pamela lo trató de un buen modo y así logró que Josue sea más cariñoso y bueno.
- El segundo cuento también me pareció muy interesante ya que el joven campesino valoró todo lo que tenía y no le dio su alma al diablo. Yo pienso que en diversas ocasiones nosotros solo pensamos en ganarnos la vida muy fácilmente y así no debe ser nosotros debemos ganarnos las cosas ya sean materiales o sentimentales con esfuerzo. Y que apesar de las dificultades podemos salir adelante y lograr las metas que queremos pero con mucha fuerza de voluntad porque el joven campesino logró vencer la tentación del dinero y de vivir una vida de lujos y así valoró todo lo que tenía.

Nombre: Edwin Felipe Bravo López

~~Personaje~~ La hermosa tarde de Baltasar

Personas: Baltasar nos enseña a cumplir las promesas y entregarnos a lo que hacemos para hacer los mejores y no ser muy ambicioso porque eso daña

Emocional el cuento me causa

Responsabilidad en mis cosas y me causa alegría al ver tanta Honradez

Social en la sociedad nos enseña que hay que compartir entre nosotros los dolores, alegrías, lo que nos afecta puede ser familia, amigos, Barrio

ACTIVIDAD No 2

Del cuento siete (Eva luna) de Isabel Allende los estudiantes comentaron las semejanzas que este presenta con la vida familiar, escolar y social.

CUENTOS

CHRISTIAN MORA 827

EL MENSAJE QUE NOS DEJA?

Es que la plata no es todo en la vida y que cuando una persona tiene alguna clase de talento debería aprovecharlo y no dejarlo, hay que pase el tiempo.

PARA PRACTICAR ME DEJAN

- Ser responsable, ya que así podrás lograr tu objetivo.
- Ser paciente y con paciencia y no apresurándose lograras mejorar lo que quieres.

VIDA EMOCIONAL

Me deja, que no hay que malgastar lo que una persona logra, sea que no hagas lo que no quieres por alegría al gastar todo lo que consigues en bebidas alcoholicas ya que debes pensar en como seguir progresando.

VIDA SOCIAL

Me deja que una persona no solo son las personas adultas sino también los niños. Baltazar hizo la jaula por que papa el niño dijo que la hiciera y su papa después no tubo con que pagarla.

Esta es una fácil manera de vivir en paz.

BOHNE

ACTIVIDAD No 3

De los cuentos en verdad os digo, un señor muy viejo con las alas enormes y la santa, realizar una hipótesis fantástica ¿que pasaría si....?.

Alexandra del Pilar Guerrero V 8-1

En verdad os digo

Niclaus quiere lograr que un camello desintegrado pase vivo por el ojo de una aguja, para esto tiene un plan científico, y hasta el apoyo de la sociedad protectora de los animales y ya tiene elaborada la aguja por la que pasara el camello con un material que nadie lo conoce, para el desarrollo de este proyecto necesita el aporte de todas las millonarras que quieren salvar su alma el científico para convencer a todos los ricos le dice que en vez de prender tantas velas y dar plata a los pobres mejores que patrocinen a él y se irán al cielo con los sus familiares.

Casi todo el mundo está convencido lo que nadie sabe que este científico es un eximio loco que lo unico que quiere es sacarle plata a todos y despues dominar el mundo y tomar a todos los pobladores como sus subditos y servidores.

3

NOMBRE: JUAN PABLO RUANO M 8-2

UN SEÑOR MUY VIEJO CON LAS ALAS ENORMES.

PEIAYO AL VOLVER DE VOLAR MUCHOS CANGREJOS QUE HABIA MATADO, SE ENCONTRO EN EL PATIO DE SU CASA A UN SEÑOR VIEJO CON ALAS SUCIAS, EL QUE ESTABA EN EL LODO, PENSARON QUE ERA UN EXTRAÑO; PERO AL POCO TIEMPO YA LO SENTIAN FAMILIAR, LLAMARON A UNA VECINA QUIEN LES DIJO QUE ERA UN ANGEL Y TODOS LOS VECINOS FUERON A VERLO AL GALLINERO EN DONDE LO HABIA METIDO. HASTA EL CURA LO FUE A VER PERO DIJO QUE NO ERA ANGEL PORQUE TENIA UN ASPECTO MISERABLE, TODO EL MUNDO LO OFENDIA, LE TIPABAN COSAS, LO LASTIMABAN ARRANCANPOLE LAS ALAS Y LO TRATABAN MAL.

HASTA UNA NOCHE ESTRELLADA PEIAYO MIRO QUE EL PATIO DE SU CASA DE UN MOMENTO A OTRO SE ILLUMINO SALIO A VER Y ERA LA CORTE DE LOS ANGELES QUE ENES HABIA IDO A RESCATAR A SU AMIGO, QUIEN POR UN GOLPE EN LA CABEZA TENIA AMNECIA, Y NO RECORDABA SER EL MAYOR SABIO DE LOS ANGELES, PEIAYO QUEDO MUDO DE LA EMOCION, LOS ANGELES OBSEQUIARON A QUIEN DIO REGALOS AL ANGEL MILAGROS Y A QUIEN LO TRATO MAL MALEDICIONES

Marieta Delgado s-i

La Santa

Marieta se le murió la mujer teniendo a su hija y su hija murió a los 7 años. Un día lo llamaron porque tenía que desenterrar a sus familiares para enterrarlos en un cementario nuevo su esposa era polio pero su hija estaba intacta con las flores que estaban en sus manos vivas, porque el obispo hizo una colcha para mandarlo a Roma.

Marieta pasó muchos meses en Roma 2 años visitando a personas que le podrían ayudar a canonizar a su hija pasaron demasiados años y cuando alguien le iba a ayudar se moría, hasta que un día se dio por vencido y llorando abrazo a su hija pidiéndole perdón por no haber logrado su propósito y no hacerla dejar descansar en paz, le juró que la enterraría ese mismo día entonces la niña despertó y lo abrazo fuerte pidiéndole que jamás la vuelva dejar sola, que los once años sepultada fue un infierno y que por ella hacía que murieran cuando lo iban a ayudar a canonizarla.

ACTIVIDAD No 4

De la historia de Gabriel García Márquez La increíble y triste historia de la cándida Eréndira y su abuela desalmada, y de Juan Rulfo díles que no me maten, comentar que momentos de los personajes no compartes

Jenny Alejandra Gaitán B 8:1

yo pienso q' cada persona tiene un pensamiento distinto, pero el hecho de tener una pareja no es pretexto de dejarse manipular cada vez q' la persona con la q' uno esta quiere, solo q' cada cual tiene derecho a vivir su vida q' a sentirse libre q' hacerse respetar y no estar siempre atada a la pareja. También pienso q' nosotras las mujeres debemos tener nuestra propia libertad somos capaces de todo y por eso y mucho más debemos ser fuertes enfrentar todo lo q' venga y no dejarse manipular porq' esto hace de la persona q' se aleje de su familia q' ya no tenga amigos q' solo se acostumbre a estar con la persona q' dice que ella, amalla en fin. amar no solo es de besos, abrazos y decir te amo porq' también es respeto pero sobre todo libertad. dejar q' se relacione con las demás personas conocer gente distinta y sentirse feliz. y todo porq' cada quien tiene derecho a vivir su vida.

ACTIVIDAD No 5

En casa investigar, recortar... noticias o comentar sobre relatos que tengan similitud con la historia el ahogado más hermoso del mundo

Nombre: LAURA DAYANA ESCOBAR P.
 GRAO: 8-2

Reflexión

• El primer cuento me hace reflexionar mucho en todos los ámbitos, ya que aprendí que para mejorar en estos, se necesita todo el amor y sus derivados. Que para lograr ablandar el corazón de las personas, el amor es una medicina muy efectiva. Que si yo me doy amor, paciencia y comprensión, aprenderé a tomar las cosas con calma. Que el amor es uno de los principales sentimientos que despierta a los demás sentimientos dentro de nuestro corazón. Aprendí que si tengo ciegos mi corazón debo seguir los consejos de los que me enseñan, que todos pueden cambiar solo con un poquito de amor. Nuestros sentimientos se despiertan con ese amor y surgen a la mente ideas positivas que me ayudan a progresar a nivel social y de pareja y por ahora con la hermosa familia que tengo y que quiero mucho y voy a aplicar esta reflexión para fortalecer estos lazos familiares.

Sebastián Martínez

Similitud

En mi barrio pasó algo igual que en el cuento, porque una vecina se le dio un niño que se llama Andrés, él es muy lindo y tierno por eso todos lo queremos mucho. Al principio muchos no lo querían o lo rechazaban pero ahora no, el niño va a mi casa y a otras y le dan comida, ropa de hermanitos pequeños. Él le dice tío a unos vecinos, a los niños nos dice hermanos o primos, la única a quien no cambia es a su mamá.

ACTIVIDAD No 6

Los estudiantes escogieron entre los cuentos de Gabriel García Márquez el avión de la bella durmiente y Juan Rulfo Acuérdate, para después realizar una dramatización y un comentario por escrito.

Monica Pegendino ⁶ paz 802

En la dramatización al principio no me sentía muy bien, no me podía expresar ni soltar bien, porque tenía miedo que se burlen de mí pero me di cuenta que mis compañeros estaban respetando y admirando a quien daba todo sus esfuerzos en la dramatización. Además, yo no pusiera todo mi esfuerzo y dedicación. Mi grupo no parecía que por un momento olvide que había muchas personas presentes, y me sentí muy bien. Actualmente sentí felicidad y gratificación cuando mis compañeros nos aplaudieron.

ACTIVIDAD No 7

De los cuentos de Gabriel García Márquez espantos de agosto y Lubina de Juan Rulfo, los estudiantes realizaron una ensalada de cuentos

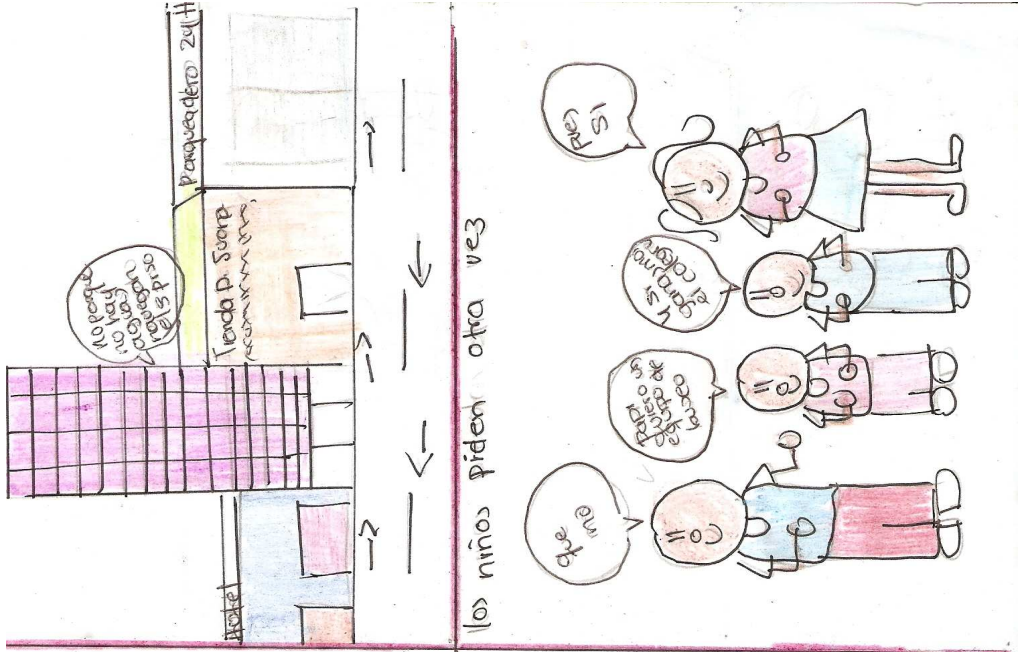
y como aperitivo su amigo Miguel
 Batazo le sirvió el único trago que
 se encontraba en Lubina un
 mescal hecho de hojas de hojase,
 al almorzar Miguel les contó que
 uno de los hombres de
 aquel lugar era Ludovico, el
 señor de las cuitas y de la guerra
 que había hecho el castillo
 donde había matado su mujer
 y luego se había hecho
 despedir con su perro Miguel
 les dijo que al sonar tan duro
 del viento era Ludovico y el
 sonar y la presencia de él
 era más por de noche al
 fin de almorzar concieron el
 castillo con sus 82 habitaciones
 con ninguna preocupación ni
 miedo hasta que llegaron a la
 habitación donde Ludovico había
 matado a su mujer, miraron la
 sobrecama llena de sangre,
 y en la chimenea el último
 palo quemado, la habitación
 olía a fresas.

Cuando se iban a ir de regreso
 a la casa miraron que la
 cena estaba servida y no
 podían ser con tales y rechazar
 salir así que se sentaron
 a comer mientras su hijo
 jugaban amañaron propusieron
 quedarse Miguel el anfitrión se
 puso muy contento.

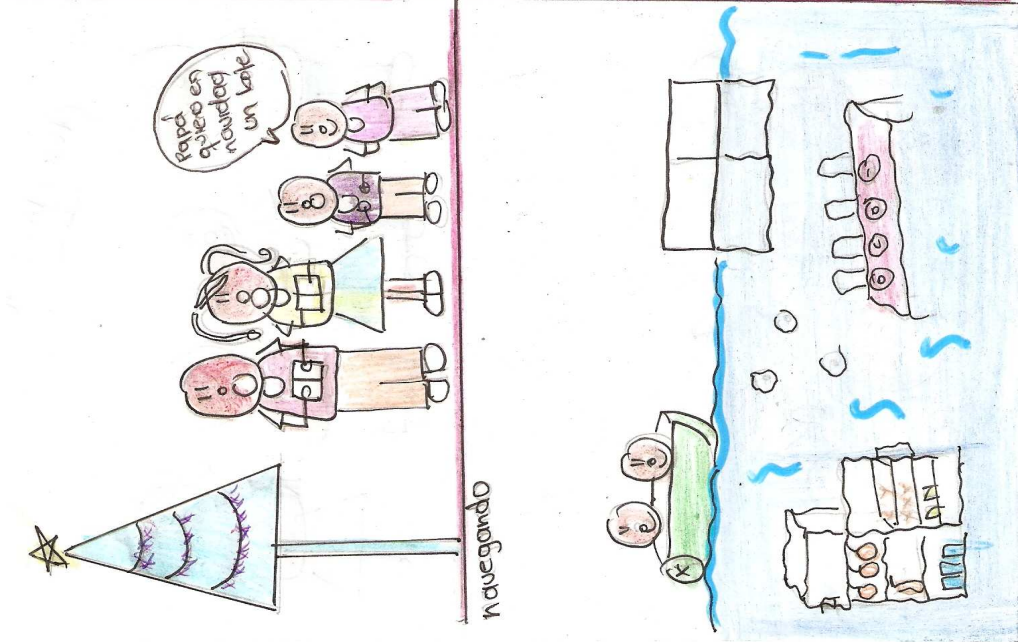
les dieron una habitación moderna
 y confortable, durmieron bien
 y placidamente sin ninguna molestia
 lo malo fue cuando se desper-
 taron el olor de fresa los
 inundaba y la sangre caliente
 de la sangre de Louinco
 recorría su cuerpo.

ACTIVIDAD No 8

Los estudiantes escogieron el cuento que mas les llamo la atención entre el verano feliz de la señora Forbes y La luz es como el agua de Gabriel García Márquez, y con este realizaron una historieta

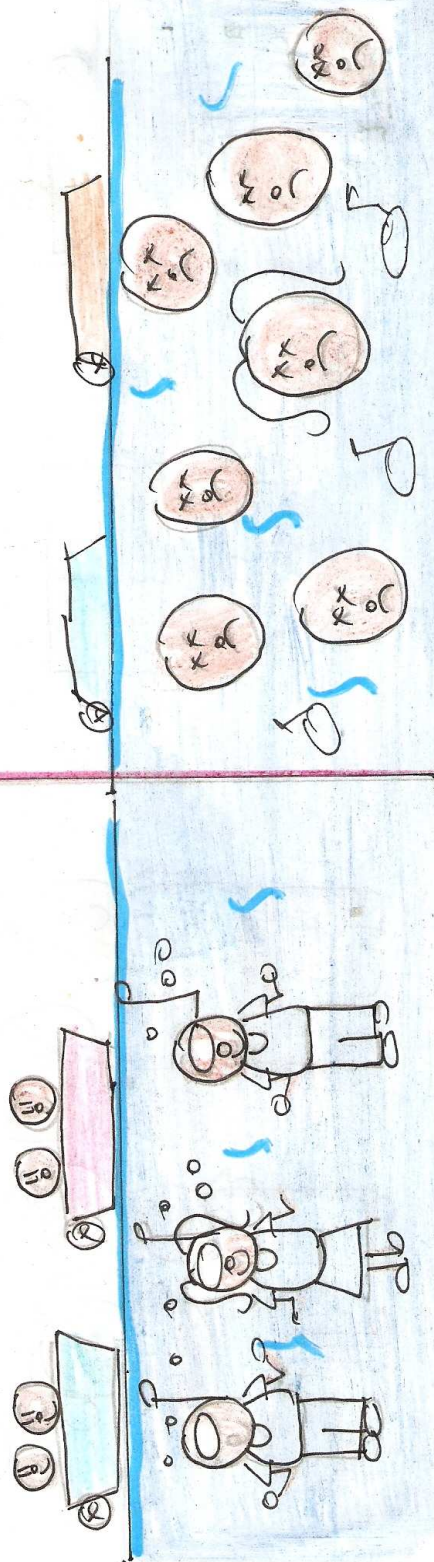
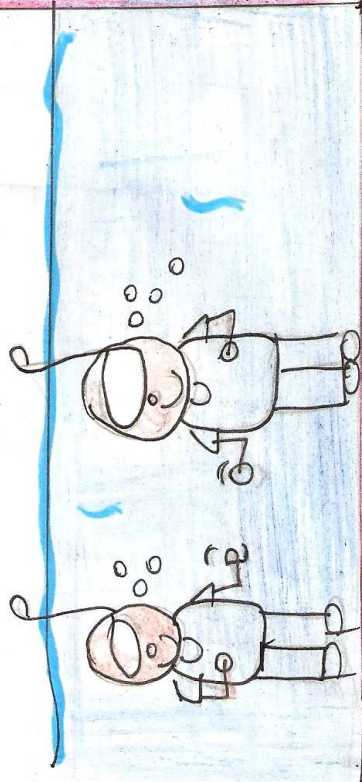
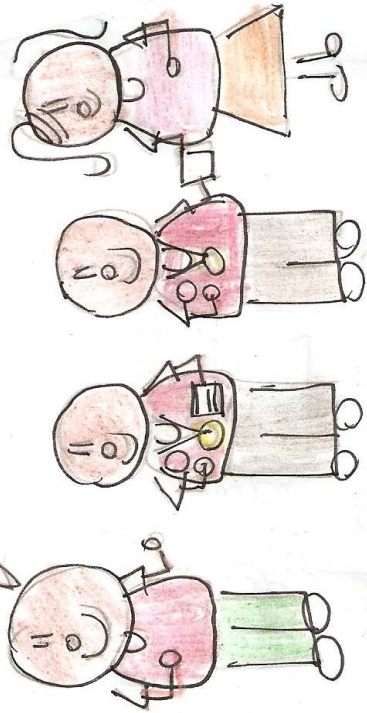


los niños piden otra vez



navegando

Buscando



ACTIVIDAD No 9

De la historia los funerales de Mama Grande de Gabriel García Márquez los estudiantes realizaron un análisis psicológico de los personajes, les cambiaron el nombre por uno mas sugestivo e hicieron juicios de valor critico

Kevin Portilla

8-2

Análisis de personajes.

Mama Grande → "dominio": es el personaje principal, su nombre es María del Rosario, es mandona, imponente, ambiciosa, su voz en Macondo es ley. desde los 72 años después de la muerte de su padre obtuvo el poder.

A lo largo de su vida atora e hizo que su familia viviera en concubinato con tal que del poder siempre mantenga en su familia lo hacia por interes, dejando a la luz hipocresia.

Antonio Isabel "Enuado de Dios" → hombre bueno piadoso, es el parroco de pueblo.

Medico "El escogido" → hombre entregado a su servicio, en un principio visita las casas que requieren su servicio como es normal pero después de una enfermedad, los atendia por razones.

Nicanor → "Lambon" → sobrina mayor todo lo que hace es por interes.

Magdalena → "buen corazón" es la ededera menor, rompe la tradicion de la familia, regalando en anillo que le da la mama grande.

Precidante y suma pontifice → personas que asisten al funeral de la mujer que respiraba poder.

Juicios de valor crítico.

No apruebo y pienso que está muy mal el hecho que las personas muestren cariño hipocritamente por interés.

La mamá grande solo es una más de tanto que sacrifican toda su vida trabajando, y al final no se llevan nada a la tumba, y otros son los que gozan de su esfuerzo.

